

2017-16

GUIA SOCIOLOGICA DE ASPIRANTES AL MATRIMONIO

CENTÓN ENCICLOPÉDICO DE FILOSOFÍA
CIENTÍFICA MATERIALISTA PE-
DANTÍSIMA: VOLUMEN PRIMERO.

PRIMERA SERIE
IDEORAMA FAMILIAR

CON UNA BREVE NOTICIA NECRO-
LÓGICA DEL AUTOR Y SU DIVAGA-
CIÓN SOBRE LA SOCIOLOGÍA
DEL HUMORISMO.

PUBLICADO
DON LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI



219K

Imprenta de "El Correo Español,"
Pizarro, 14.- Madrid
Teléfono 904



6067

GUIA SOCIOLOGICA
DE ASPIRANTES
AL MATRIMONIO

GUIA SOCIOLOGICA DE ASPIRANTES AL MATRIMONIO

CENTÓN ENCICLOPÉDICO DE FILOSOFÍA
CIENTÍFICA MATERIALISTA PE-
DANTÍSIMA: VOLUMEN PRIMERO.

PRIMERA SERIE
IDEORAMA FAMILIAR

CON UNA BREVE NOTICIA NECRO-
LÓGICA DEL AUTOR Y SU DIVAGA-
CIÓN SOBRE LA SOCIOLOGÍA
DEL HUMORISMO.

PUBLICALO
DON LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI



Imprenta de "El Correo Español"
Pizarro, 14. --- Madrid
Teléfono 294

Librería Antonio Vato

27. 12. 07

PROPIEDAD
Derechos reservados
para todos los países

Copyright 1920 by
Luis Hernando de Larrazandi

NOTICIAS PRELIMINARES

Comenzamos con este volumen a publicar el monumento ingente de un sociólogo desconocido que ha muerto inédito.

Ignoramos su patria y el año de su nacimiento, circunstancia sensible que privará al lector de conciliar el sueño mediante las cuarenta o cincuenta páginas que suelen invertirse en la relación de tan interesantes datos. No obstante, las personas de buena voluntad pueden subsanar esta lamentable deficiencia con la lectura de cualquier biografía que encuentren a mano. Hasta los recuerdos de la misma suya les serán útiles al efecto, teniendo en cuenta la inclinación humana a establecer comparaciones entre la propia personalidad y la de los grandes hombres cuando se lee la narración encomiástica de sus vidas.

Para consuelo de no pocos, diremos que el ilustre autor fué pobre y desventurado.

También servirá de satisfacción a muchas personas, especialmente las bien halladas con el éxito constante de su insignificancia, conocer que la inteligencia, la laboriosidad y la modestia de nuestro autor no le fueron de ningún provecho lucrativo, ni le medraron poco ni mucho en la

estimación general ni en la particular siquiera. Aún podemos añadir que, gracias a esas cualidades, pasó por tonto y por inútil con bastante frecuencia.

En la mocedad dirigió un diario de provincias muy cerca de dos semanas; pero al cabo de ese tiempo tuvo que dimitir porque el consejo de administración en pleno, compuesto por un importante almacenista de legumbres secas, un acaudalado terrateniente que firmaba con bastante soltura y un abogado ya de edad aspirante a diputado provincial durante toda su vida, dictaminaron que escribía demasiado bien para un periódico. De todos modos, es un suceso que no aparece suficientemente esclarecido. Acaso influyera para determinar su dimisión la señora del almacenista, auxiliar incomparable del consejo, en su labor de prensa, que medía todas las mañanas el número de centímetros dedicados a cada noticia en los diarios de la localidad, y observó una notable diferencia de menos, al dar cuenta de no sé qué suceso de su vecindad, en el periódico de que por derecho de matrimonio y hasta de carácter era consejera.

No tenemos noticia de ningún otro empleo y, desde luego, podemos asegurar que a partir de su obscura dimisión, lo único que escribió para los demás fueron cartas.

El número de las que hemos podido recoger es extraordinario, siendo tanto más de admirar cuando que apenas hay alguna en la cual pidiese dinero. Circunstancia insólita en un grande hombre que nos induce a pensar si acaso sea ese

el motivo de que no alcanzase la debida celebridad, aunque al propio tiempo nos hace temer que por no haber logrado celebridad se explique un hecho tan incomprensible.

Lejos de pedir, sus cartas son generosas donaciones; cartas de donación, dicho se está, de lo único que puede dar un sociólogo pobre: de dictámenes y consejos.

Y he aquí otro tema de meditación. Es curioso que a los grandes espíritus sólo acuden en los días de contrariedad o de tribulación las mismas gentes que en las horas felices les rehuyen y menosprecian. Con razón exclama nuestro autor en una de sus magníficas cartas: "El préstamo de buen sentido es el único que se hace sin interés, y a conciencia de que quien lo recibe siente la codicia de las usuras y dilapidará absurdamente el caudal que se le entrega." Todavía añade en otro pasaje: "Cuando todos nos vuelven la espalda, sin corresponder a nuestra amistad o sin auxiliarnos en nuestro derecho o en nuestra justa utilidad, dudamos de tener juicio y hasta figura humana; pero cuando en sus contradicciones y necesidades nos buscan llenos de confianza, confirmamos nuestra sensatez y comprendemos que sólo para nosotros mismos era un secreto la rectitud de nuestro corazón." Tal vez se completan de alguna manera semejantes reflexiones por estas otras que hemos encontrado en el margen de una cuartilla plagada de operaciones aritméticas: "Desde cierto punto de vista el entendimiento es una fuente que serviría para inundar muchas cabezas vacías, pero que no lo

gra engordar una bolsa; las cabezas vacías dicen que es achaque del entendimiento, pero el entendimiento falla que es culpa de las cabezas vacías." Y después: "Se está más seguro de tener inteligencia poseyendo un duro, que de tener un duro cuando se posee inteligencia."

Bastarán al lector las frases que preceden para considerar la enjundia y lucidez de las cartas de nuestro sociólogo.

Son de un mérito imponderable, de una profundidad estremecedora.

Digámoslo con franqueza: se trata de un verdadero pensador, que no vomita como serón de transporte, sino que pare como matriz fecunda; que no es hechura de papel y de artificio, sino potencia natural maravillosa.

No, no haya temor a los justos encomios; por fortuna, al aparecer este primer volumen nuestro autor yace, desde algún tiempo, convenientemente enterrado boca abajo en previsión de que intentase resurgir.

El no comprendió nunca por qué le faltaban los aplausos en vida. Y ¡hubiera sido tan cruel confesarle que todas sus cualidades hallarían justicia, cumplida cuanto cabe entre individuos de nuestra especie, pero a condición de que por anticipado estuviese bien muerto!... No obstante ser un expertísimo *físico social* parecía desconocer el *principio de Arquímedes* y las leyes de la *densidad* aplicadas a los valores y merecimientos sociales.

Y, sin embargo, lo sabía todo. No podemos precisar de momento cuántos volúmenes constituirá

la edición, que hoy comenzamos, solamente del centón epistolar de sus dictámenes sociológicos. No hay repliegue de la vida social que no haya penetrado nuestro autor. Hemos dejado las cartas con su fragancia original, sin privarlas siquiera de los nombres de las personas a quienes se dirigen; quizá deberíamos haber retocado detalles que denuncian fecha algo añeja, como, por ejemplo, en la que respondiendo a la *señorita Prudencia Segura*, acerca de la clasificación de pretendientes para el matrimonio, falta hasta la más ligera alusión al *nuevo rico*; pero nos hubiera parecido una irreverencia. Sólo nos hemos permitido, navegando en la abundancia, formar series de agrupación conformes a la variedad de fenómenos sociales, puesto que de todas ha tratado nuestro sociólogo.

La primera serie es un ideograma de la institución de la familia, observado desde los primeros fenómenos intencionales en orden a constituirla. A esta esfera inicial se limita el volumen presente.

Asombra lo que un sociólogo tan sesudo ha observado en la calle y en otros muchos sitios donde jamás hubiera podido suponérsele entretenido. Ello servirá para desvanecer pequeñas cahumnias que, respecto a su primera juventud, se habían propalado. Evidentemente, cuando se le haya visto declamando con vehemencia al oído de alguna muchacha, o midiendo con obstinación la longitud de las aceras, es que practicaba estudios sociológicos. No es, por cierto, el único sociólogo de quien cabe decir lo mismo, aun cuan-

do a otros se les haya visto con más frecuencia porque alcanzaron edades más avanzadas.

En cuanto a la doctrina es intachable científicamente, si bien por eso mismo no está al alcance de todas las inteligencias.

¿Quién comprenderá, por ejemplo, en un sociólogo materialista las recomendaciones que podrá encontrar el lector en este volumen, de ciertas prácticas piadosas y otros extraños semejantes?

A nosotros mismos no ha dejado de desconcertarnos el hallazgo entre sus numerosos papeles de documentos como éste:

“Profesión de intenciones

“Estoy harto de leer disparates hasta en los más venerables autores y de pensar tonterías hasta en mis mejores aciertos. Pero pensar, por fuerza es humanamente errar, aun con la suma deliberación y el anhelo raudal de hallar verdad, bien y belleza. ¡Seguridad sublime de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana! Si ella borrarse una parte o todos mis frutos de pensamiento, yo correspondería con alegría de gratitud, porque me suministraba un conocimiento verdadero: el de las propias necedades o insuficiencias que me corregía.”

Documentos como el que acabamos de transcribir descubren el motivo de que un sociólogo como el nuestro, no obstante ser materialista, no haya prosperado.

Y no es éste el único pasaje de interpretación difícil o inspirador de dudas.

Parece a veces que se ríe para hablar en serio o que habla en serio como el mejor modo de reírse.

No resistimos el impulso de terminar estas líneas entregando a la consideración del lector un ensayo tan amargo, tan contradictorio y tan extraño como la siguiente:

Divagación sobre la sociología
del humorismo

¿Acaso no es divertida la comedia? Riámonos, pues.

¿Opinas tú otra cosa, pillastre? ¿Por qué arrugas la cara? ¿Porque ayer enterrasteis a tu madre? ¿Porque la asesinaron correctamente entre los médicos y los parientes? ¿Porque te quitan la honra las personas favorecidas y te venden y te apuñalan hipócritamente los amigos?... Já, já, já. Riéte, tunante; ¡esa es la comedia!

A ver, señora; ¿usted no se ríe? ¿Ha perdido en la guerra a aquel mozón rubio y simpático? ¿La mala estrella de su marido, buonazo como desventurado, lo ha hecho víctima de una infamia, arrastrándole al hambre y al deshonor? ¿Tiene usted postrada en cama con difteria a su niñita blanca, tan delicada y linda, sin recursos para cuidarla? ¿Son los acreedores los que están otra vez en la puerta?... ¡Qué importa! Ría usted; sonría usted a aquella dama pintada, envuelta en pieles, que ante el carruaje mira al halcón, saludándola, y agi-

tando los finos dedos ensortijados. Es un mutis cómico de la farsa...

¿No reis vosotros? Sí, ya sé; luchan los hombres sobre toda la redondez de la tierra; el soplo instantáneo que es su vida le exprime en polémicas, matanzas, celadas y persecuciones. Mirad allí, diez cadáveres colgados de un mástil. Ved allá las obreras haraposas en torno del capataz orondo, congestivo y dicharachero. Y contemplad la turba innumerable de los humanos, dos tercios de los vivientes, sin guía para su fin, sin Dios en la conciencia, sin cultura en la mente, ni dignidad en el hábito, consuelo en el ignorado desamparo, ni pan en el vientre: hez zoológica, fango animal, negación viva y repugnante... Pero, reid, reid, ¿esa es la farsa!

Representemos en ella cada cual nuestro papel. ¡Riámonos de la injusticia y del contraste! ¡Hundamos a carcajadas el castillo de naipes!

¡Llor a tí, farol luminoso de la especie, imbécil por linaje y por propio derecho, miembro coreográfico de todos los escapartes científicos, reputación falsa y brillante, montada en oro financiero!

¡Venerable tú, abad joyante; suave sobre todo parangón, aunque quizás austero; que morirás en olor de "Floramyce"!

¡He aquí los títeres de la escalera! Já, já, já. Subid, subid; pero cuidado de no caer, no vaya a ser que ameguéis el mundo en serrín y en pipas... Cada peldaño es una honra que pisáis; una traición que hacéis; una indignidad que aceptáis. Já, já, já. ¡Vuestra altura es el rédito

de vuestra bajeza! Pero, ¿qué haréis en lo alto, luego que os hayáis encaramado?... Tú pedirás dinero; tú darás con los huesos en la cárcel; tú adoptarás la grave seriedad del asno; mas, ¿qué será de ti, tartamudo metido a pronunciar arengas? ¿Cómo saldrás airoso tú, si has prometido ante la fe pública del cosmos, fundar una religión nueva, y sólo eres capaz de ennegrecerte la boca mintiéndolo y fumando tabaco de contrabando!...

¡Riámonos, riámonos!



La medicina de los tiempos clásicos atribuía las enfermedades, y el mismo equilibrio saludable, a las humorales influencias. Huarte de San Juan, examinaba la diversidad de ingenios por la modificación de los humores, y Juan Luis Vives llegaba a advertir a las vírgenes, según los humores también, de las condiciones de los esposos. Al genio, al carácter, al estado de ánimo que las vicisitudes de la vida nos crean, les llamamos humor. ¡Humoricemos!

¿Qué más da la alegría que la tristeza? Las dos afecciones nos son propias e inalienables conjuntamente, bien que nos inclinemos a la jocundidad, o que resbalemos hacia la misantropía; el más feliz, llora; y el más triste, ríe.

¡Riámonos, pues! Es preferible.

Vistamos de risa nuestra tristeza; de ironía, nuestro anatema; de caricatura, nuestra filosofía; de agresión burlesca, nuestra caridad; de

descaro, nuestro idealismo; de locura, nuestro juicio.

De cualquier modo, el humor debe hacerse risa, mientras no se convierta en desesperación.

Cuando te pique viperina la calumnia, humoriza; cuando la catástrofe social te exalte de indignación, humoriza; cuando en el día trágico te hormiguee estultamente la alegría, humoriza; cuando tengas paz en medio del feroz combate de la vida, humoriza también.

Humorizar es reír por cálculo, y la risa de la reflexión y de la rectitud ante el espectáculo del mundo, siempre es la misma, compleja e irisada, inconfundible e indefinible, así cuando la llama "buen humor" nuestro poeta de las "Doloras", como considerada "mal humor" por Leveque. Riámonos, también, de los críticos y estéticos, observando su vacilación; ¡humoricemos a su costa, ya que no aciertan a ponerse de acuerdo sobre lo que es el humorismo! Burlémonos viendo a Schopenhauer convenir en definitiva con Taine, no obstante la distancia entre sus puntos de partida, y a Hegel y a Juan Pablo separarse irreconciliables, después de haber estado conformes en principio.



Que la chispa interior, descendida del cielo, aliente nuestro sagrado recóndito, y ¡humoricemos! Hagamos por doquiera la revolución de "lo que debe ser", contra "lo que es, indebidamente"; sin respeto, ni canon; todo a la vela del

sentido moral y de la pureza en el designio; con locura evangélica, con bohemia apostólica, aceptando a precario cualquier forma para presentación.

Procedamos como protagonistas del drama social, tomando a nuestro cargo dirigir y corregir la farsa hasta destruirla—¡hermosa utopía—a golpes de vejiga y atrayendo al mismo tiempo que asustando con nuestras apariencias grotescas y nuestras absurdas acometidas, igual que los gigantes hacen con los chiquillos.

Despreciemos la amoralidad bandelairiana, las perversiones *diavólicas*, la mera ecolalia parnasiana, el necio trascendentalismo ibseniano, hasta la superficialidad taboadesca. Nuestro monólogo humorista debe estar enjundiosamente abarrotado, aunque libre de “agotismo, exageración del yo caquético” y de cuanto hubo de serio y razonable en los zarpazos que el judío Max Nordau tiró a la degeneración del siglo.

Humoricemos, sí; pero con salud y fortaleza espiritual; con un pensamiento potente, una ideología eterna, una observación atenta y penetrante, impregnado el corazón de filogenitura, y sustentando el fulgor inteligente contra la confusión, que es hoy el pensamiento universal...



¡Oh, bella niña, milagrosamente flor y mujer, griega estatuilla labrada en corazones de rosas blancas, con doradas caricias del sol por cabellera y azules los ojos como sencillas flores del

lino! ¿Qué te entristece y te marchita? ¿Te ha lastimado la maldad del mundo, y, en la soledad del desencanto, envidias la demencia y la muerte de tu hermana Ofelia!...

¡Desventurada tú, que no aprendiste a pasar por el mundo con la cruz de la santidad o la coraza con cascabeles de la humorada!

Goethe se había referido a ti, cuando decía: "Una conciencia excesivamente delicada, al exagerar el valor del propio yo, puede engendrar la hipocondría, si no se halla compensada por una gran actividad."

Y, he aquí, en esa semblanza de tu psicología, la equilibrada psicología del humorismo, sin más que sustituir tu "yo" sentimental y cándido, por un "yo" que piensa o idea; sobreentendiendo por "exagerar", la desproporción cuantitativa entre el pensamiento humorista y el universal pensamiento, y por "actividad", un celo reformador de apostolado.

¡Yo también siento lacerada en su sensibilidad y su delicadeza mi alma, y despreciaría la impertinente ralea de los implumes bípedos si la llama de amor viva no alumbrase mi mente, apasionándome por la acción! Y... ¡humorizo!

"La máscara me dad, que disfrazarme quiero de pobre diablo; así los tunos que con trajes históricos se visten no me tendrán por uno de los suyos.

En el vocabulario y las maneras del pueblo vil, quiero ponerme ducho, dejando atrás toda escogida frase como esas de que el pícaro hace uso.

Así al baile de máscaras grandioso iré y me rodearán reyes y reinas. —ya Arlequin me saluda, ya aquel otro con la espada de palo me golpea—, y aquí está el chiste: me descubro el rostro, y los bandidos trémulos se quedan.”



Una inteligencia clara y capaz de dirigir, acaso irresoluta por riqueza de ideas, ante la farsa corriente y constante de sociedades donde la verdad es incomprensible y la sinceridad resulta incongruente y desconcertadora, ¿cómo ha de hablar, en conciencia, sino disfrazando su acrimonia de risa y su honda filosofía de frivolidad para llegar hasta las gentes y, aprovechando su confianza, penetrarlas?

Lección insensible y trascendente fué la de Cervantes en la humorada del caballero D. Quijote, y ninguna novela tan *ejemplar* como aquel curso doctoral de la tercería, titulado “La tía fingida”.

Hamlet—nuestro hermano—, hablando con los enterradores, o contemplando la calavera de Yorik; Brueghel el viejo, en sus tablas macabras —que inspiraban a Quevedo—; Peeter Huyss, con sus infiernos; Beethoven y Berlioz en sus sinfonías, ¿cuánto no hacen pensar entre burlas!

Pero, ¿acaso los ascetas, en alas de su inspiración santificante, no humorizan también?... Dí, Filotea, ¿no humoriza, tal vez, el maestro imponderable San Francisco de Sales, cuando te

recomienda que al bailar en los salones del "gran mundo" medites las postrimerías?... En cuanto a Tomás Kempis, o quien fuere el autor del famoso libro, no perdía el austero diapasón de su espiritualidad al trazar esta sapientísima humorada: "No tengas familiaridad con ninguna mujer; mas ruega a Dios por todas las buenas..."



"Decirlo todo es aburrido; conviene expresarse en forma que el oyente, o lector, se interese y crea pensar por cuenta propia, lo que en realidad se le insinúa de propósito"—escribía el barón de Feuchtersleben, coincidiendo con La Rochefaucauld, y con nuestro Campoamor, respecto a los "autores de segundas intenciones". Astuta como la serpiente, la noble intención humorista, para conducir el tumulto gregario, deberá valerse de ese ardid psicológicamente realista— ¡Oh!, los Fray Gerundio machacones, forjadores de la nada... ¡Oh!, los cultos gramáticos, especialistas en materiales de derribo...

Insinuación y originalidad. Richter, burlando, se de sus lectores, les gana el corazón y la inteligencia; Swift, absurdizando, persuade generosas pretensiones.

Idealismo y realismo. La arbitrariedad humorista no puede llegar a eludirlos, si la tristeza de vivir se ha de convertir en risa magnánima.

Arbitrariedad romántica, no; ¡horror!

¡Aquellas estrofas de "Doña Clara!"... Cómo en ellas se separan las pinceladas líricas: *almas*

robadas, rostros de San Jorge, nevar de almendros en flor, de lo intenso y trascendental del poema, lo humorístico, “el reflejo de la suerte trágica de la vida de Heine, en esta poesía que no arrancaba sino risas a sus amigos íntimos, cuando la leían”, según cuenta Pastenrath.

Juan Pablo Richter, estético del humorismo, poeta alemán, individualista y protestante, lo que quiere decir tanto como romántico; definía el humor: lo gracioso romántico. ¡Riámonos!

Y, ¡riámonos del romanticismo, como nos hemos reído, nos reímos y nos seguiremos riendo de su hermano de leche el liberalismo, esa tontería política para uso de fieras analfabetas, burgueses poco leídos e intelectuales mercaderes o memos de toda la persona!

¡Riámonos con Campocamor!

“Le dieron una flor, y ahora nos cuenta
que su alma enamorada
tan sólo se alimenta
del olor de una rosa disecada.”

¡Humoricemos con el mismo Heine a costa del romanticismo!

“¡Oh, no perdáis la paciencia
si del antiguo dolor
un ¡ay! resuena vibrante
en mis últimos cánticos de amor!

Esperad, que ha de extinguirse
el eco de mi aflicción...
y una nueva primavera
de cantos brotará mi corazón.”



No es tampoco la suprema manifestación artística el humorismo, como pretende Richter. ¡Bah!... ¿Dónde habrá nada más soberanamente bello y artístico que la sencillez, que la ingenuidad? ¿Dónde habrá gema comparable al hilo de agua corriente del manantialillo serrano? La idea de humorizar entre los ángeles, ¿no es francamente ridícula?

No hay mayor arte que la verdad, con su más genuino y verdadero ropaje, que es la absoluta sencillez.

Tolstoy pensaba con acierto: las ideas y sentimientos de interés universal, expuestas sencillamente al nivel de todas las almas, son la más noble expresión del hombre; narraciones ingenuas como la "Historia de José", maravillas artísticas.

Pero... ¿y la brutalidad contemporánea? ¿Y la degeneración moderna? ¿Cómo es posible hoy decir la verdad en el reino del error insidioso y conducirse con sencillez en el ambiente del refinamiento y del artificiosismo? ¿Hemos complicado tanto la vida! ¿Se ha aquilatado de tal modo la estulticia y empedernido la indiferencia del rebaño!...

Por eso, ¡restallemos la sátira, haciendo sentir los latigazos de la humorada!

La risa sirve para que la atención caiga con alboroto sobre la roña; para escaldarla a carcajadas. Naveguemos en la risa como pontón de limpia espiritual.

La intención pedagógica, el propósito civil, la corrección fraternal es preciso lanzarlos con

apariencias de escándalo con gritos de contumeliosa, en las lindes de la detracción, con genialidades de mofa, aunque sin perder la rectitud teológica y la transcendental pureza de intención.



Aun así, el mundo hará oídos de mercader y seguirá rodando talúd abajo.

Pero, nada se pierde para la conciencia.

CARTAS A DON FELIX CASADO
SOBRE
LAS ESCOLENCIAS DEL MATRIMONIO

Sr. D. Felix Casado:

Muy estimable señor mío: No sé, no sé qué contestarle a usted después de meditadas sus explicaciones y su consulta. ¿No será que tenga usted vocación de monja!...

Dudas.

Porque la duda le atormenta. ¿Se casa usted o permanece célibe?; esta es la cuestión. Ahora bien: el matrimonio le asusta francamente; pero el celibato no le ofrece satisfacción completa. Su honradez natural, su espíritu de orden, la delicadeza de educación, el buen sentido, y... quizá un poquito de arrepentimiento, otro poquito de ocio, una pizca de miedo, no poca vergüenza y sentimientos de conmiseración, le hacen abominar de un celibato grosero y disoluto. Por otra parte, no le abrasa el amor a las ciencias para pensar en dedicarles su libertad honesta; tampoco parece que le obligue a permanecer célibe el alcalde de su pueblo—porque sabrá usted que hay autoridades democráticas que se meten en lo que no les importa—y confiesa que no podría hacerse fraile para comer demasiadas legumbres, viajar facturado sin gusto ni previo aviso, obedecer de por vida, madrugar sin remedio, aguantar las tonterías de los píos en el

confesorario y las de los impíos en la calle, vestir y calzar de guardarropiá y vivir en casas sin confort y entre compañeros muy santos, pero un poquito ordinarios las más veces... ¿Pues como no tenga usted vocación de monja?

*Feminis-
mo conven-
ual.*

Realmente, hay que convenir en que los conventos de esas señoras son gratísimos; los hombres de ciencia somos antes que nada imparciales. El orden, la limpieza, un delicado idealismo, el hábito, en fin, de la ternura y de la simplicidad de espíritu femeninos, resplandecen en esas casas religiosas. Seguramente, su cocina resultará bastante preferible a la regida por legos y hermanos de los otros conventos. Ni faltan en ella habilidades confiteriles... Me parece, a juzgar por su carta, que todo eso es lo que a usted le agrada... Pero, amigo mío, hay un inconveniente irremediable: que no le van a dejar profesar...

¿Por qué no examina usted de nuevo el problema del matrimonio sobre la hipótesis de hallar una mujer muy religiosa que haga de la casa un conventito!

Animalitos.

Confieso a usted que lo soy deudor como sociólogo de un punto de vista completamente original gracias a sus pesimismo y vacilaciones. Sí; porque mi sociología materialista—y al ser materialista, no puedo menos de considerarme como un sabio — para estudiar el matrimonio ha tenido, naturalmente, que acudir a las costumbres de los animales: los gara-

ñones mordiéndose y coceando para asegurarse el amor de las jumentas; los castores emancipándose y construyendo casa aparte al llegar a la edad conveniente; los canguros criando en sociedad los hijos de varios partos; las focas pequeñas luchando en sus juegos hasta lastimarse, en cuyo momento interviene la foca-papá gruñendo, separando a los contendientes, pero acariciando orgullosamente al más valiente de ellos; la poligamia y el rapto de los simios; los cucillos arrojando a los polluelos de otras aves para ocupar sus nidos; el amor libre de los carnes...

Así ha llegado la ciencia a resultados de una exactitud y de un valor sociológico sorprendentes. Se ha comprobado que ninguna especie de peces, moluscos, pájaros y demás animales es capaz de sacramentos y metafísicas matrimoniales.

Pero no se ha detenido ahí la ciencia; ha buscado al hombre primitivo para interrogarle, y le ha interrogado. No hemos tenido que andar demasiado para encontrarle; estaba esperándonos en la Polinesia, en Africa y en América, durante el propio siglo XIX. ¿Qué cosa más científica que preguntar a los salvajes cuanto ignoráhamos los civilizados? Y ellos, ellos han demostrado todo lo que nos ha dado la gana: la promiscuidad o libre amor, el eterismo o rapto, el matriarcado o desconocimiento del padre y falta de parentesco con sus hijos, la poligamia, etcétera. Vea usted que no puede imaginarse una colección de instituciones más sociológicas y más

Inducciones científicas.

interesantes... Desgraciadamente, nos ha faltado un poquito de ensayo; sí, no nos pusimos de acuerdo con numerosos exploradores y viajeros que han visitado esos mismos pueblos y han tenido la inconsideración de acreditar el error, cabalmente opuesto a la realidad, de todas nuestras suposiciones. Pero presumimos que fuesen algunos clérigos pintados de viajeros, porque ya sabrá usted lo que es el jesuitismo y su odio a la ciencia...

Definiciones.

En tanto que se aclare ese incidente, aprovecharé el punto de vista original sugerido por su carta y con facilidad inducible experimentalmente de las costumbres de las abejas. La colmena puede muy bien relacionarse con el convento, su miel con las confituras, su régimen con el orden doméstico y las excursiones de las abejas a las flores y el regreso a la colmena, con las diarias salidas a misa de su hipotética señora.

Ya en este supuesto, el primer objeto de la contestación a su consulta, debe ser analizar las definiciones del matrimonio que conturban su ánimo. Pero, ¿a qué llama usted definiciones?

- (a) Contrato bilateral
y hasta negocio también
por el que van a estar mal
dos que se encontraban bien.

No puede negarse que hay en esa fórmula una profunda ideación jurídica y se ve que es obra de un hombre de estudio; hasta podría precisarse más, afirmando que denota cierta caracteri-

zación universitaria; pero salvando todas las consideraciones a su sabio autor, no puedo menos de rechazarla, porque no es científica. Esos conceptos del bien y del mal, son pura metafísica.

(b) Se explica usted también el matrimonio como "una plaza sitiada en la que quieren entrar los que están fuera y de la que quieren salir los que están dentro".

Rechazable, aunque la definición sea de Emerson. Esas cosas del militarismo son frecuentemente antidemocráticas y, por consiguiente, no son sociológicas. Figúrese usted el crédito científico que yo podría lograr en Francia y aun en Bélgica, si aceptase una definición militarista. ¡No me traduciría nadie!

(c) Más valor como *hecho* tiene a los ojos de la ciencia aquel apóstrofe que recuerda usted haber oído:

"No te cases, animal,
que te lo dice tu padre,
que se casó con tu madre
y le va bastante mal."

Sobre todo, ese *animal* a quien se alude, es un elemento positivista. Pero falta generalidad en la doctrina; el casuismo de que adolece no puede dejar pasar a mis ojos inadvertida la escuela y patria del autor, italiano seguramente. No me sorprendería que fuese algún concepto de Taparelli o de Toniolo.

(d) Finalmente, estudia usted el siguiente texto: "Hay en Castilla un pueblo que llaman El

Casar, y yo nunca quise pasar por él, porque quien pasa por el casar, pasará por todo."

¿Dice usted que es de D. Quevedo Villegas, autor español? Desde luego, me es conocido ese sociólogo, y hasta creo recordar haber visto en algún museo de Europa una banderilla manchada con sangre de *torro* puesta por él; pero, ¿qué estimación científica puede darse a las cosas de España? Me ha bastado hojear un diccionario geográfico para saber que El Casar es un pueblo de las Extremaduras, y como las extremaduras han de estar en la costa, naturalmente, se desprende que el no querer pasar es por temor a caer en el mar y no poder encontrar barcos puesto que con la catástrofe de la Armada invencible son 35 las ocasiones distintas en que se destruyó definitivamente la Marina española, según los historiadores ingleses.

Le falta a usted sentido científico; vea usted con cuánta facilidad los sabios desentrañamos el fondo de las cuestiones y pulverizamos los errores o las ineptias.

Además de sentido científico, le falta a usted introspección; usted no se siente vivir, no se pasea usted por dentro de sí mismo, ni se coloca cadáver para hacer su propia disección analítica. Me veo en la precisión de advertirle que para adelantar alguna cosa en cualquier asunto de este mundo es indispensable hacerse el muerto un poquito de vez en cuando. Todo esto viene al caso, porque veo claramente que no son las definiciones de esos ilustres, aunque equivocados sabios, lo que le encocora del matrimonio;

me parece que es su propia ciencia experimental, sobrado agraz y verdegueante, lo que le aceda el gusto, sumiéndole en recelos.

Aunque lógicamente psicológicos, son injustificados; no estamos en el supuesto de que haya usted de casarse con una de esas señoras. Y aun tratándose de ellas, inclina a pensar en sus buenas cualidades, y a opinar de tales matrimonios bastante favorablemente, su frecuencia y el número de varones que se casan, después de muchos años de observación, con sus entretenidas. Alto tipo de matrimonio a prueba, que, si no lo desmienten los clérigos pintados de exploradores, es corriente entre los Hovas de Madagascar.

Estadísticas.

Esta luminosa estadística me recuerda otras muy alentadoras para el matrimonio; sí, amigo don Félix, es evidente en todos los pueblos y climas, la menor proporción de mortalidad, de locura y de suicidios entre los casados que entre los célibes. Eso nos revela que cuando las señoras gritan desmelenadas: "Me estás quitando la vida", o bien cuando los esposos, llevándose las manos a la cabeza, exclaman: "Me vuelves loco"; representan una miserable comedia, como muchos sospechábamos. Usted sabe que la ciencia ha estudiado los fenómenos de *simulación del genio y del talento*; bien, pues se trata sencillamente, en este caso, de simulaciones del mal genio. Y era natural la prolongación de la vida y la lucidez de los casados, porque, ¿cómo habían de ser tan ilógicos que desarrollaran la

pancita, los carrillos y otras suntuosas culminaciones, en vías de malograrse enteros y definitivamente?

En cuanto a los suicidios, la estadística casi resulta un epitalamio; yo no conozco ninguna apología más compendiosa y elocuente del matrimonio. Vea usted la publicación de 1913 del Instituto Geográfico y Estadístico: por cada millón de solteros, 118 suicidas; por millón de casados, 90; por millón de viudos, 180. El casado es, pues, el hombre que más ama la vida, y el viudo, el mayor desventurado e inconsolable de los mortales. Y parece que no debe ocurrirles lo mismo a las viudas, porque mientras la proporción de suicidas solteras es de 44 por cada cien incurrentes en ese abominable delito, es de 29 en las casadas, y de sólo 17 en las viudas.

Literatura y bibliografía.

Comenzará usted a comprender que son fantásticos la mayor parte de los recelos, dudas, temores y peligros que le conturban al pensar en el matrimonio: posos revueltos, heces removidas de su corta y alegre experiencia científica, al mismo tiempo que deficiente bibliografía. Está usted seguro de que tanto las ideales *Virginias* como las modernísimas *Claudinas* que ha estudiado no podrá hallarlas en obras de algún peso científico, bien sea el *Corpus juris canonici*, o bien los 171 tomos de la *Serie des dictionnaires saur toutes les parties de la Science*, de Migne.

Ni tampoco entra en los límites de lo posible que se obstine usted en casarse con esas señoritas *de papel* que se llevaría el aire o queda-

rían empapujadas dentro del primer charco cuando asomasen por algún recoveco a pleno ambiente de la calle real en cualquier urbe terráquea.

Mi rectitud sociológica no puede pasar sin amonestarle: ¡no lee usted más que tonterías! Antes de discurrir sobre el matrimonio debía haber estudiado concienzudamente la biología, la antropología, la etnografía, la psicología, la fisiología, la sociología y el Código de Manú. ¿Qué papel representará usted en el matrimonio si no ha leído el libro tercero de ese Código? “La mujer, durante la infancia, depende de su padre; durante la juventud, de su marido; muerto el marido, de su hijo. si no tiene hijo, de los próximos parientes, porque una mujer nunca puede gobernarse (Manú, V, 147, 148). ¿No está usted viendo todos los días la reproducción práctica de ese texto? ¿A qué, entonces, tanto temor a la mujer? No puedo precisar en este momento si ha sido Manú, o ha sido Manuel, quien establece la misma doctrina en esta incomparable sentencia: las mujeres son algo cuando los hombres no son nada.

*Sociología
musical.*

Es una desgracia incalculable que no esté más desarrollada la sociología musical; porque usted y otras personas incultas, pero bien intencionadas, comprenderían mejor todo esto si se lo dijese cantando o por medio de la orquesta. El tango argentino, la *matchicha* y demás respetables producciones, tienen cierto valor eliminatorio conveniente contra el artritismo, puesto

que no hay quien deje de sudar bailándolos o aun simplemente presenciando sus contorsiones; pero quizás los ritmos violentos y cortados no desarrollan el funcionamiento intelectual. *La siesta del Sátiro (L'après midi d'un faunne)*, de Debussy, es ya otra cosa; allí se sugiere un proceso psicológico, experimenta el oyente la necesidad de bostezar, de rascarse con abandono en algún sitio, de extraviar arbitrariamente las piernas; sin embargo, falta una conclusión científica: ocurre algo semejante a lo que con esos vales vieneses que le llenan a usted la imaginación y el pecho de vagas ansiedades e indefinibles anhelos, pero no le dicen el nombre y la dirección de la amada ideal, ni le proporcionan la renta para pedirla a los papás en matrimonio.

Yo espero que de un momento a otro, en la escala del progreso sociológico, aparezca una partitura sinfónica, al modo de aquella página de Beethoven titulada *Sensaciones que se experimentan al salir al campo*, que deberá rotularse: *Impresiones que se experimentan al entrar en el matrimonio*.

Hace tiempo escribí algunos compases que por varias consideraciones me privo de tararearlos en esta carta; sólo indicaré a usted el plan y los motivos musicales.

*Preludio
de la sinfo-
nia.*

Se inicia la sinfonía con un *tempo d'marcha* en que se mezclan el *himeneus* y el *talassie*, cantos rúpicos de griegos y romanos, con el acreditado fragmento de *Lobengrin*; siguen algunas notas pintorescas y tal cual indicación levítica.

en semifusas muy apretadas, que se esfuman al aparecer un breve pasaje de síncopas, bastante emotivo; retorna el *tempo d'marcha* sobre un fondo de arpegios rumorosos en el acompañamiento, que se apagan al dibujarse una idea religiosa sobre la cual canta pianísimo el ritmo melódico. Me han inspirado aquellos dos versos de los *Epitafios*:

En el vellón rizado, luce su blancura
sobre la sotana, la sobrepelliz.

Con nuevas reproducciones de la marcha, diversas variaciones cromáticas de las notas pintorescas y un contrapunto algo roto que llegue a formas de fuga en las semifusas cada vez más apretadas, viene un calderón interrogatorio del acompañamiento, permaneciendo en silencio absoluto la voz cantante y poniendo fin a la introducción una discreta indicación de marcha.

*Reminis-
cencias,*

La primera descripción de las sensaciones que se experimentan al entrar en el matrimonio, se refiere al impulso del varón para abrazar a la desposada. Me inspiró en el cuadro que se titula *En fin seuls*, cuya escena se ha reproducido muchísimas veces. No han faltado sabios colegas míos, célibes al servicio de la ciencia y encanecidos en su estudio, que apreciaban muy discutible la oportunidad de esa descripción; aun el hecho real mismo, merecía su desaprobación y o le negaban existencia o declaraban no comprenderle. Pero a mí me parece que la cosa no puede estar más clara, ni tener mayor transparencia sociológica. ¿Por qué inmediata-

mente después de casados, el novio se siente obligado a abrazar a la amada y perdurable compañera?... ¿Es a consecuencia de alguna doctrina filosófica?... ¿Se trata de algún deber moral inaplazable?... ¿Puede ser brutalidad o descortesía? De ninguna manera. La explicación surge espontánea: porque es *ario*. La toma en sus brazos de la misma manera que los arios y sus descendientes griegos y romanos, al llegar a su nueva mansión la desposada, cojiéndola en los brazos, la alzaban sobre el suelo, y la internaban en la casa, cuidando mucho de que no tropezase en el umbral. Es la misma solemne ceremonia actualmente, con pequeñas modificaciones operadas por la mudanza de los tiempos. Por más impaciente que sea ese imperativo instintivo de los arios del día, preceinden del detalle del umbral, y no abrazan a la novia hasta la escalera.

Fuego sagrado.

La segunda sensación es también un dictado ancestral y de carácter religioso. Cualquiera que haya sido el diente o voracidad de los novios antes de casarse, y aun sus preocupaciones, desde el primer día de casados y metidos en la casa, experimentan una irresistible inclinación para interesarse en las cosas concernientes a la cocina. Ella temerá no complacer con sus disposiciones del primer almuerzo, mostrar falta de aptitudes, gastar demasiado. El esperará los aciertos, las habilidades y las delicadezas de la soberana dictadora del hogar. Harán recuento a dúo de los comestibles necesarios, de los adquiridos, de cuáles faltan. Irá ella misma

a la cocina, acaso por primera vez, impaciente de la puntualidad, tímida de posibles descuercios. El mismo se aproximará cauteloso y chancero, picado de curiosidad acerca de los manjares que con secreto impuesto mimosamente se le preparan..., y acaso, en el propio—o impropio—salón de la cocina, resuenen las primeras risas jocundas y estrepitosas de las amantes bromas matrimoniales...

No hay recién casados sin preocupaciones, festejos y bromas culinarias. Es algo sagrado. Ese fuego constante del hogar es el rito de la casa, testimonio de subsistencia del casamiento. Es el fuego sagrado de los hogares arios griegos, macedónicos y romanos. Esas atenciones culinarias son el *panisferreus*, la torta de flor de harina comida en la santidad de la unión por los esposos, que religiosamente, (*re-ligare*, unir, atar) han de nutrir sus cuerpos de los mismos manjares, identificar en ellos sus gustos, compartirlos amante, abnegada, dichosamente... Figúrese usted el efecto que harán todas estas escenas y consideraciones sociológicas en la orquesta!

Eternidad.

La tercera impresión que se experimenta al entrar en el matrimonio es la del desarrollo de las ideas religiosas. La consideración del porvenir ignorado... Detrás de aquella hora, ¿qué espera?... ¿La felicidad?... ¿La desventura?... Conjuntamente se levantan un presentimiento de eternidad, de indestructibilidad, y un tenue presentimiento de humana inseguridad, de im-

penetrables lontananzas... Se han entregado cada cual las inclinaciones, las preferencias y los caprichos individuales, todo a cambio de recibir los del otro cónyuge, de que sean suyos, absoluta y voluntariamente, por bondad, por lealtad, por adhesión, por amor.

Y esta cosa sutil, pero recia y aguda, que es el amor, toda insaciabilidad, absolutismo y rectitud, clama a gritos pidiendo confianza y seguridad indestructibles. El insinúa y aconseja y hasta inspira los infalibles ardides de la abnegación, del ofrendario sacrificio. El recién casado se suena la nariz con menos escándalo que de soltero, para no despertar o no desagradar a su consorte. Se priva de zanganear en los círculos de sus amistades, o en sus distracciones favoritas, si con ello pueda abandonar demasiado tiempo sola a su pareja. Se sujeta a hacer visitas, sin violencia; a dormirse con la luz encendida; a comer la sopa salada, o apio o callos a la andaluza, o calamares en tinta, o todos los días arroz con leche... Reforma el carácter; parece imposible cuanto menos gruñe un soltero gruñón, cuando entra en el matrimonio; es increíble cuantas menos impertinencias hace y dice una señorita impertinente, al entrar en el nuevo hogar.

Pero el terrísimo déspota, amor, no se asegura y tranquiliza con esta reforma moral, quiere la seguridad absoluta, eterna, infinita. E implica a Dios. ¡Cuántos jóvenes intelectuales conocerá usted que con un valor de conciencia nunca bastante admirable, insultan a su madre, la hostigan en sus convicciones religiosas, la amar-

gan su vida, la arrojan de casa, la enferman, la matan..., que, sin embargo, claudican al casarse, acompañan a su mujer primero hasta la puerta de la iglesia los días festivos, luego entran para pagarle la silla, aunque sentándose con las piernas cruzadas en segundo lugar desviado; más tarde hacen que oyen misa para no llamar la atención; quizás andando el tiempo, en la íntima confianza conyugal durante una noche de adversidad y desesperanza, las abrazadas lágrimas de la esposa y el ruego fervoroso de su voz repitiendo con sinceridad inmaculada: "Reza, reza conmigo", levantan de sus labios la primera oración de la edad adulta, y, al fin, probablemente, acaba su mujer por comprarles un librito pequeño, con el que algunas fiestas, deslizándose como un ladrón para no ser sentidos, salen de casa muy de mañana, y vuelven poco después reflejando en el rostro no sé qué inexpresable felicidad interior y radiante... Es una anomalía psicológica, mal explicable por la mera razón, pero comprobada por la experiencia, que el sentido de eternidad que hay en el amor, inclina a Dios a los maridos, complaciéndoles, cualquiera que sean sus opiniones filosóficas, la piedad fanática de las esposas, si hay en ella sinceridad de creencias, dándoles plena confianza en su lealtad, induciéndoles a comunicarles todos sus proyectos, vicisitudes y esperanzas, afirmando una mutua e incomparable amistad y fraguando una inextinguible seguridad de permanencia inextinguible en la misma fe y unión recíprocas. En fin, baste decirle a usted que algunos llegan a dirigir el canto

rico del rosario en familia, y que cuando uno de estos maridos piadosos tiene un dejillo de fervor sincero y profundo, con algún viso de austeridad cristiana, la mujer se convierte en la esclava más tierna y son innumerables las señoritas que ayunan y se disciplinan pidiendo a lo Alto un marido cortado por el mismo patrón de aquel modelo.

El estar y el ser.

Otra impresión que experimentan los recién casados es asimismo cierta satisfacción de permanencia. Apenas despierta el novicio cónyuge pasa la mirada acariciadora por todos los muebles y ambientes de la alcoba, sintiendo la necesidad de decir: "Esta es mi casa." Soba los platos a la hora del desayuno, las tenacillas del azúcar, se enjuga los labios con la servilleta, mientras le corre por el cuerpo la misma complacencia que le hace repetir: "Es nuestra casa." Después de las comidas y en la tranquila velada a prima noche, se arrellana en el butacón de mayor jerarquía, le palpa con las manos, con la presión de los brazos, con la espalda y exclama dirigiéndose a la esposa: "Estamos en nuestra casa; ¿no te parece mentira que este mos para siempre en nuestra propia casa?"... En interminable diálogo encomian los muebles, los juzgan, los comparan; los cambian de lugar, los examinan en todos los posibles efectos; proyectan adiciones, mejoras, complementaciones, y hace en ambos un prurito insaciable de amontonar trastos, que los lleva a recorrer todas las fábricas, los almacenes y las almonedas en busca de mesas, de sillas, de armarios, de alfombras, de

lámparas, de telas, de estampas, de figuras, de nimiedades y de extravagancias... que generalmente no compran por tiranías económicas más o menos justificadas. Miran codiciosos cuantos cacharros han contemplado insensiblemente durante muchos años en casa de sus padres y por su arbitrio, se los apropiarian todos. Cuando al cabo de pocos meses, entra en la casa aumentando el número de sus vivientes, un gatito minúsculo, procurado en la portería o por la prima casada de la cocinera, el esposo más equilibrado se siente profundamente poseído de la intensa satisfacción de haberse apuntalado en forma indestructible la eterna solidez del hogar doméstico.

Valores.

¡Qué distinta apreciación de los negocios! Parece que todos los intereses se revelan, se gradúan, se coordinan y se aclaran. Las amistades cambian de fisonomía, adquieren valores nuevos, obtienen una estimación racional, menos frívola y más humana: comienzan a tener cotización. Las personas inaguantables o ridículas antes, son ahora respetables, sus juicios atinados, su frecuentación indispensable. Los amigotes simpaticones, que hacían reír a carcajadas, no logran sino una sonrisa afectuosa de media boca, y suenan un poco a hueco. El dinero se distribuye en porciones finalidades, fechas y refinadas reservas; luce más, vale más, atrae más y las imaginaciones de ambos cónyuges le atienden, le adivinan, le rinden esfuerzos y esperanzas, le cortejan, le

sueñan, le lloran y tal vez le solicitan. La cabecita de la mujer se va llenando, se va llenando de números, de sumas, de restas, de divisiones, de ecuaciones con muchas incógnitas, de cálculos diferenciales o infinitesimales, de combinaciones o permutaciones y hasta de maravillosos logaritmos; aun entro quejas, su vida es al cabo feliz, llena por esos números de un ideal práctico y de una ocupación constante. El marido se eleva de jerarquía a sus propios ojos, en su misma conciencia; cuando lucha, se declara héroe; cuando triunfa se declara triunfador; cuando no triunfa se declara héroe, invencible y triunfador para después. Sus éxitos son estímulos, y sus desventuras, estímulos mayores también. Alguien ha dicho que antes de entablar relación con un honradísimo y ejemplar padre de familia, conviene abrocharse todos los botones de la americana.

Panorama del lecho nupcial.

Y esta fuerza, forjada en el sentido de permanencia y en el anhelo íntimo de religiosa eternidad, produce un sentimiento incomparable de plenitud en los esposos.

Día tras día se observa cómo el marido, que entró en el matrimonio algo inclinado adelante, flaco, paliduelo y atolondrado, se yergue lentamente, engorda, se le aviva la mirada, se le entona el color del semblante, adquiere aplomo y dignidad, se exalta en su paso alguna especie de templada arrogancia, separa autoritaria, pero benignamente, con el bastón, a los chibuelos que le estorban, pone la mano con afectuosa protección sobre el hombro de los salteros, am-

para y respeta a las mujeres, departe sin cansancio, ni fingido interés, con las personas graves... Desde el lecho conyugal, diríase que todas las opiniones anteriores al matrimonio se contemplan en ruina; medio mundo, el mundo femenino, antes desconocido, se ha iluminado, y a su luz se derrumban los prejuicios de la ignorancia, huyen los recelos de la imaginación, se completa e integra el espectáculo social en una apacible legalidad perdurable, plenísima, bajo la égida infinita de la verdad viva. Créame usted, señor don Félix, que no es ninguna mala adquisición una cama de matrimonio.

*Miniatura
lírica.*

Con tan espléndido motivo musical, podía terminar la sinfonía. Pero me ha parecido de mucha fuerza artística que tenga una pequeña coda, algo como el eco de la magnificencia final, unos breves acordes, simplicísimos y resonantes, que expresen las tiernas carnicitas y los vagidos vitales de un niño que nace; es decir, un minúsculo, pero sublime himno a la Alegría. Esas son las impresiones que se experimentan al entrar en el matrimonio.

Póikta.

Página musical tan extraordinaria y originalísima encontrará probablemente algunos detractores, al modo que sucedió a la producción wagneriana, y, aun en su tiempo, al propio Beethoven, de cuyas innovaciones se reían Riess y otros discípulos; pero estoy convencido de que ejercerá mucha influencia social, porque el mundo baila siempre al son que le tocan.

Las nefastas seducciones de Tolstoy, el retrógrado, partidario de que las novelas empezasen precisamente en donde suelen acabar todas, es decir, en el casamiento, han hecho pensar a ciertos colegas míos, constantes y rutinarios oposicionistas, roídos más de una vez por la envidia y el despecho, que todo eso era música, porque donde acaba la sinfonía empieza precisamente la tragedia del matrimonio. Lo mismo me han dicho varias señoras pertenecientes al selecto grupo de las desventuradas a quienes, ¡ay!, nadie comprende. Es desdicha mía que estas señoras me levanten dolor de cabeza, y como por otra parte, los colegas a quienes antes he aludido, están poco dispuestos a escuchar razones, y carecen de método en el raciocinio de igual manera que en la vida privada, a los unos y a las otras he decidido no hacerles caso. Le aconsejo a usted que proceda lo mismo. Por regla muy general, las opiniones de esas personas son un pretexto abusivo para hablar mal a mansalva de sus padres o de sus cónyuges, y no parece justo otorgarles la menor indicación de asentimiento, mientras se ignoren los descargos de los cónyuges y de los padres, que muchas veces resultan ser harto elocuentes hasta con el silencio.

¿Dónde irán que más valgan? El ejemplo de Tolstoy acredita la prudencia de mi conducta. En efecto, por el aire personal de todas sus obras, cuando se lee *La sonata a Kreutzer* o *El matrimonio*, no puede menos de pensarse que la condesa, su mujer, debería ser alguna perso-

na ligera, egoísta o insustancial. ¡Pobres señora! Merejkowski nos ha revelado muchos detalles íntimos que dejan mal parado a Tolstoy, por ejemplo, las industriosas imaginaciones, los esfuerzos de arte, la atención solícita y la paciencia infatigable que constituían para ella una cruz, con que Sofía Andreowna velaba la preparación y sugería platos nuevos, para el regimen vegetariano del ascético apóstol.

*Otros bi-
chos.*

Sin embargo, casos hay en que la tragedia es espantosa; matrimonios donde el marido inconsiderado y soez, tiene la abominable costumbre de permanecer dormido y hasta roncar a eso de las tres y media o las cuatro de la madrugada, mientras su interesante y delicada cónyuge está desvelada bajo los influjos de alguna novela estridente o refinadísima, la desazón de tal cual chisme femenino, o la alimentación exclusiva de bombones y caramelos; donde un varón desapacible escandaliza porque continuamente se le interrumpe sin escucharle jamás, carente de entendimiento bastante para comprender que su encantadora consorte no pueda, acaso no debe, y desde luego no quiere, estar callada un solo instante de su vida; hogares, en fin, donde entra más polvo del conveniente, se quiecen peor las legumbres de lo debido, los relojes no consienten esperar a las comidas, los botones caídos, las manchas de las ropas o el desplanchado de las camisas, se ocultan puercamente hasta el momento en que deben usarse y ya no hay tiempo para poner remedio, en que

no se encuentran gangas y todo se paga más caro, y donde es tal la desgracia para el servicio que ninguna doméstica dura más de dos días, y para colmo de males, el marido clama desesperado, como si la bendita señora de la casa tuviera la culpa de tantos trastornos.

Pues ¿qué le diré a usted cuando el marido es víctima de esposas impertinentes, capaces de quejarse si es madrugador y vuelve a casa demasiado temprano, entre cinco y seis de la mañana, o bien si con alto espíritu patriótico fomenta las industrias nacionales bebiéndose algunas cosechas de vinos más o menos generosos; o para sagradas obligaciones particulares vende de vez en cuando una finca, o se lleva con mucha prudencia, en evitación de sensibles emociones, alguna alhaja; o en el culto a la libertad de conciencia no quiere bautizar a sus hijos, insinúa a las hijas que prescindan de toda ceremonia para casarse y se marchen con quien mejor les parezca y expone las razones justificadísimas que le inducen a buscar cualquier amiga, puesto que su mujer se va haciendo vieja y adolece de criterio rutinario demasiado estrecho?

Son tragedias terribles, irreparables, tanto más, cuanto que esas víctimas, ellas y ellos, no cesan de aclarar la situación repitiendo la razón terminante de que ellos *son así*. Figúrese usted, ¿son así! ¿Qué más pueden hacer, si ya dicen que *son así*? ¿Es que van a dejar de ser así? Ellas, para no desvelarse, para hablar menos, para vivir escavas del orden, o ellos van a dejar de ser como son para no madrugar tanto, beber algo menos, suje-

tarse a los gastos de las rentas o a los ingresos o cambiar de ideas antes de la hora de la muerte?

*Fines de
la vida.*

De todos modos, aun en estos excepcionales casos en rigor de verdad, examinando el problema del matrimonio a la luz de la ciencia experimental, precisa reconocer que en él se realizan con mayor perfección que en el celibato todos los fines de la vida animal, y que por consiguiente, las personas que *son así*, no tienen motivo para objeciones fundamentales.

*Fecundi
dad.*

Estadísticas ya citadas demuestran la menor mortalidad de los casados; las pancitas y demás signos de expresión alimenticia satisfactoria, completan el testimonio de los beneficios consiguientes a la nutrición matrimonial. En cuanto a la procreación, los partidarios del amor libre sentimos tener que reconocer dos realidades de *hecho*, experimentalmente comprobadas: primera, que los roros se niegan a nacer cuando presumen nebulosidades para la imputación de una paternidad determinada y concreta: el hetairismo es estéril; segunda, que si la mujer sobrepone al amor eterno la libertad efímera, ¿porqué ha de soportar *ciertas malos ratos?*; total, que sin matrimonio no hay procreación ni satisfacción en que la haya; si existe conduce a terminar por donde se podía haber empezado, por casarse; y a veces, una mera apariencia de prole, no tiene más gratas emociones que las de pagar un gravamen "a escote entre más de veinticinco".

Indole económica del hambre.

De la nutrición más satisfactoria y del interés en los destinos futuros de la humanidad, consecuencia psicológica de perpetuarse en la prole, se deducen mejores disposiciones para la lucha. Crece usted que las ingeniosidades del hambre no alcanzan caracteres sociológicos más que a través de la familia. El hambre de los célibes sugiere algunos procedimientos parasitarios, vulgarmente llamados *gorronería*; todo lo más induce al timo; resultados inmediatos y transitorios que no causan estado. El hambre familiar es uno de los más sólidos fundamentos del progreso: crea las magnas industrias, inventa las mejores minas, sugiere la gama indefinida de las maravillosas estafas legales, base principalísima de las grandes riquezas públicas y privadas, y alienta los ideales políticos en las aristocracias, en las oligarquías y las contradicciones y pugnas de las democracias. Precisamente otro de los inconvenientes del amor libre, nace de esta científica consideración: el examen diario de las féminas para elegir la correspondiente a cada lapso de veinticuatro horas, y el desenvolvimiento de las dotes irresistibles al efecto de encantusarla, sobradamente ocupan el tiempo de un día; poco, pues, cabe dedicar al trabajo; y así éste quedará reducido, salvo esporádicas manifestaciones de avaricia, al indispensable para obsequiar a la dama de turno. El amor libre no lograría prole y arruinaría a la humanidad por falta de trabajo y de perseverancia en las empresas si no lo hubiéramos resuelto con la esclavitud absolutista del socialismo; ahora bien, gracias a éste, el Gobierno decidirá

las horas y modos que cada uno ha de trabajar; las esposas que haya de disfrutar cada temporada, y el número de veces que han de parir felizmente las señoras. La revolución francesa hizo la declaración de los derechos del hombre, nada más; la internacional declarará los del hombre, los de la mujer y los del niño. Habrá usted observado en el socialismo cierto inexplicable respeto a los carillones... es que en la sociedad futura hasta la práctica de los vicios se ejecutará a toque de campana. El campanero será, naturalmente, el Gobierno; pero por precepto de la ley y a todo derecho; no como ahora, que ocurre aproximadamente lo mismo, aunque por una libertad mal entendida y menos esclavizante, mucha gente oye campanas y no sabe dónde.

Mientras llega ese día venturoso en el cual cada persona se encontrará en la sociedad como en su propia casa, puesto que toda casa será pública, y el Gobierno intevendrá y regulará la misma cohabitación de la consciente grey humana; mientras llega ese día, no sólo la nutrición la procreación y la lucha, fenómenos primarios de la vida animal, encuentran más feliz desarrollo en el matrimonio que en el celibato, sino también el instinto de imperio o de poder. Es un detalle deplorable que nos muestra la historia, la constante división de la sociedad entre masas inominadas sin peso, ni complacencia poderosa de ninguna clase, y aislados individuos que en cada porción de tiempo o de espacio han tenido el placer de poder más que los demás hombres y de manejarlos, bastante arbitrariamente por cierto.

*Más que
el rey en sus
alcabalas.*

Pero ha dado la casualidad—es absurdo pensar en el providencialismo de la historia—de que esos prepotentes individuos no han tenido hora tranquila, se han visto envueltos en perpetuas y tupidas intrigas para fastidiarlos, todo el mundo los ha odiado y no ha sido en la cama donde encontraron la muerte, generalmente. Parece, pues, que el instinto de poder no tiene públicas satisfacciones. Descendiendo del orden histórico y político al social, puede usted comprobar el grado de poder a que el hombre llega, pidiendo algún dinero, o bien, sencillamente, reclamando el pago de alguna deuda; sea confiando sus negocios, sus proyectos, sus ideas o sus libros a los mejores amigos; sea confesando alguna prosperidad, alguna ventura algún mérito a las gentes y escuchando lo que dicen, acechando lo que hacen o padeciendo lo que consiguen contra usted a sus espaldas; estoy seguro de que su instinto de poder se verá completamente frustrado. Si logra usted algo de sus semejantes, será perdiendo algún valor propio. La única forma, excepción hecha del robo y del secuestro que no son equitativos, de prosperar o de hacerse simpático, simplemente, es el *contrato de fango*, establecido sobre aquella ley experimental de Heine: "He buscado a los hombres en el fango, y en el fango nos hemos entendido". Tampoco cabe hallar satisfacción al instinto de poder en el hombre solo y aislado. Pues bien: cuando todas las puertas se le cierran a un hombre, aún tiene abiertas, y en el peor caso, entreabiertas, las de su hogar. Cuando los mastines, los lobos y toda clase de alimañas le persiguen, aún tiene un asilo de seguridad en su casa.

Cuando hasta la alegría le hiere, entre los suyos encuentra felicidad en la mayor unión con que los aprieta la desventura. Y cuando nadie le hace caso, todavía su mujer le toma en serio para discutirle o para animarle. y de todos modos, aunque le odie, porque matrimonio es el egoísmo de dos, para defenderle; una mujer se podrá adelantar a decir que su marido es vulgar, desconsiderado, inaguantable, feo, ridículo, perverso y digno de la horca fulminante, pero será la última en callar proclamando los merecimientos indiscutibles e inviolables que le asisten para ascender en su carrera u ocupar el archipantánazgo de las Indias, así como para quejarse de la injusticia cometida con él si no lo ha obtenido. Vea usted cómo encuentra el hombre las únicas satisfacciones verdaderas y seguras para su instinto de imperio o de poder, en el hogar matrimonial, donde inviste autoridad, es amo, es rey, y fácilmente déspota.

Para su última vacilación, la sociología tiene respuesta categórica: el malthusianismo es una falsedad. Sí, señor; las naciones modernas han demostrado que el aumento de población es el gran motor de la riqueza. Lo mismo ocurre en las familias. Los solteros no ahorran y se arruinan hasta el estómago; la millonada que representan innumerables anuncios diabólicos de las cuartas planas de la Prensa diaria, salen del bolsillo de los *Faustos* célibes que en edad prematura buscan, sin encontrarlo, el elixir de los rejuvenecimientos. Los matrimonios estériles, di-

*Multipli-
caos y do-
meñad la
tierra.... y
el cielo.*

lapidan sus fortunas para matar el tedio, o acaban por enriquecer con sus pleitos a los fœundos leguleyos, o con sus testamentos a los prolíficos sobrinos. Un hijo único amengua siempre la fortuna paternal bajo la tutela de algún honrado padre de familia, o sobre la pereza de su inutilidad y su blandenguería, o al amparo del propio crédito paterno, sobre el potro sin freno de sus desórdenes y bajo el potro encordado de la usura. Si la conserva, será porque se casa con alguna hija del tutor, o porque caiga en la tutela de su suegro o de alguno de sus cuñados. En cambio, las familias numerosas siempre medran; son pulpos sociales, con brazos y tentáculos para todas las clases, todos los partidos políticos, todas las esferas de acción; arañas con ojos hacia los cuatro puntos cardinales, tejedoras sutiles para las pingües casas; hormigueros disciplinados siempre allegando beneficios al acervo; colmenas venturosas para quienes el mundo son flores y los trabajos mieles, contra las cuales no hay posible defensa cuando vengativas u osadas acometen. Fueron sabios los romanos, dilatando los límites de la familia hasta comprender no sólo a todos los parientes, sino a criados, esclavos y clientelas. Y no fueron tontos los que acertaron a ver un panecillo debajo del brazo de cada recién nacido. Erraron, por el contrario, quienes pensaron que la mucha gente sólo para el rey es buena, porque no comprendieron que la mucha gente en la familia hace reyes, o, por lo menos, que en una familia muy numerosa nunca podrá faltar algún padre alcalde.

En cuanto a usted, señor don Félix, cuyo ideal

parece ser convertir la familia en un conventito, no se asuste de tener muchos hijos; he oído decir que "muchos hijos, muchos padremuestrós".

¿Consejos?

Considero contestada cumplidamente su consulta. Aconsejarle que se case o no, jamás lo hará un sociólogo positivista a quien disguste perder el tiempo.

Las estadísticas, Oráculos científicos, indican una porción de casados que oscila entre el 33 y el 39 por 100 de habitantes, en los diversos países europeos. Y a pesar de las propagandas sociológicas societarias, morales, amorales e inmorales, "esas cifras permanecen para cada país civilizado en estabilidad admirable".

¿Crece usted que me voy a tomar la molestia de aconsejarle el amor libre, concepción científica y democrática, para que se burle de mí usted y las estadísticas?...

Carta a la Srta. Prudencia Segura

SOBRE

CLASIFICACION DE PRETENDIENTES

Srta. Prudencia Segura:

Mi fiel amiga. Nada más injusto que suponerla manoteando con sus pretendientes, como si fuesen muñecos de un guiñol. Lejos de ello, me parece propio de su juiciosa condición y aun de lo que pudiéramos llamar instinto científico, el examen, el menudo análisis, las pruebas, las investigaciones y, finalmente, la consulta de que los hace objeto. Hay jóvenes superficiales que eligen entre sus pretendientes con la misma ligereza y frivolidad que el paño para un vestido en el surtido de la tienda de telas, sin otras consideraciones que la de su adaptación a la moda, la de los efectos para el realce de su figura, o, cuando más, la duración posible del tejido o la permanencia del tinte.

Criterio.

Todo esto es vulgar y sencillamente abominable; las modas son efímeras; tanto realza la belleza de una señora emparejarse con un marido gentil como contrastarse con un enano ridículo, y es candidísimo esperar que la calvicie, los granos del cuello, la profusión velluda, el des-arreglo de las facciones y la línea del vientre, junto a otras menudencias y eventualidades, no

Reflexiones.

vengan a alterar al cabo de algunos años la más helénica apostura de un efebo. Es verdaderamente aterrador el espectáculo de la fealdad varonil, señorita; puede usted comprobarlo con un cuarto de hora de examen en cualquier teatro, o simplemente deambulando por las calles. Yo mismo, señorita, soy un ejemplo, y no puedo menos de apreciarlo con melancolía al recordar que tuve hacia los diez y siete años un aspecto bastante lisonjero...

Principios.

Su preocupación es más profunda. Estima usted que son tres los principios sobre los cuales puede cifrarse una elección de pretendiente: la *inclinación natural*, el *misticismo religioso* y la *conveniencia*; palabras atibadísimas que podríamos traducir a estas otras: el *amor*, el *fanatismo* y el *positivismo económico*, con lo cual quedaría hecha la más correcta alusión a las tres épocas de civilización: la *pagana* de la *Edad antigua*, la *cristiana* de la *Edad media* y la *científica* de la *Edad moderna*. Y perdóneme usted que haya hablado de edades dirigiéndome a una señorita.

Inclinaciones.

Todo cuanto usted dice refiriéndose al amor puede yo resumirlo, para mostrar mi conformidad, en una sola frase: el amor no es un concepto sociológico. Que el amor es ciego, se ha dicho desde la antigüedad y a nadie se le ha ocurrido jamás representar ciega a la ciencia. Odino, al beber en la fuente de la sabiduría, sólo perdió un ojo, por lo que debe inferirse que

aumentaría la agilidad y agudeza del otro, y antes bien creo que la exacta representación de una señorita buscando pretendiente para el matrimonio, nos la deberá mostrar con cien ojos. Sin penetrar en los adelantos de las investigaciones microbianas ni admitir como cosa seriamente resuelta la existencia del microorganismo productor del amor, es lo cierto que se trata de una alteración patológica de naturaleza generalmente benigna, que ataca particularmente al hombre y rara vez a la mujer de más de diez y ocho años. Hay otras dos afecciones pseudo-amorosas que no deben ser confundidas con el amor: la primera es propia de las señoritas que contraen nupcias después de los treinta y cinco años, tiene por objeto de sus preocupaciones al propio marido y dura ya para toda la vida: es una anomalía que tiene grandes semejanzas con la gratitud; la segunda es un trastorno puramente neurótico, se funda en la tendencia a la simulación de los degenerados y se determina por su incorregibilidad y constante mudanza de objetos: es peculiar de algunas señoras que se pintan y los adelantos de la edad, lejos de moderar la afección, la agudizan; en algunos casos hay un momento absurdamente crítico, alrededor de los cuarenta y seis años, durante el cual pegarlas un tiro o arrojarlas por un balcón deben ser actos que pasen a las legislaciones penales exentos de responsabilidad.

Aparte los casos y circunstancias indicados, no cabe preocuparse razonablemente de la existencia del amor como inclinación, y es obvio que

su consideración no pueda ser fundamento, por sí solo, de una elección acertada. Por los sinceros términos de su carta, puedo hacer esta afirmación, seguro de que no rompo ninguna ilusión de su espíritu: el principio sobre el cual muestra usted preferencia para hacer su elección es el más científico, de la conveniencia, demostrando ser hija preclara de su tiempo.

Elucidación.

Toda la ciencia positiva se propone como finalidad el *progreso*, que en el orden individual se determina por el *éxito* dentro del cauce de dos leyes: *la ley de la lucha por la existencia* y *la ley del menor esfuerzo*. Vea usted, pues, cómo su instinto es verdaderamente científico, toda vez que se preocupa de su satisfacción para toda la vida, asegurada de un solo golpe por el vínculo del matrimonio. Me complazco en aprovechar esta ocasión para poner al descubierto la necedad de Schopenhauer, tanto al plagiar aquel adagio griego o turco, según el cual tienen las mujeres los cabellos muy largos y las ideas muy cortas, cuanto al imputarlas, falto de sentido científico, como si se tratase de un defecto, la apreciación de que los hombres tienen el deber de ganar dinero para que ellas cumplan la misión de gastarlo.

Plan.

Puesta así la cuestión, todo queda reducido a una simple clasificación de pretendientes, en el orden teórico, y a una minuciosa comprobación de circunstancias personales, juntamente con algunas reglas de conducta, en el orden práctico.

*Del primer
grado y su
comprobación.*

El grado superior de la clasificación—ya lo ha adivinado usted, seguramente—corresponde al pretendiente rico.

Los Registros de la Propiedad, las Delegaciones de Hacienda, las secciones de Arbitrios municipales, las listas de consejeros y accionistas, Cajas de efectos y cuentas corrientes en los Bancos, y los libros de Bolsa, son los principales elementos de comprobación. Debo llamar la atención de su desconfianza acerca de los depósitos cerrados y de las acciones de minas e industrias revolucionarias, en general, y de las cédulas personales, aunque sean de clase extraordinaria, en particular. En cuanto al secreto de algunos establecimientos, negociados y libros, no debe preocuparla lo más mínimo. ¿Qué influencia, qué afecto, qué ardid o qué resorte no pondrán en juego su papá, su mamá o cualquier próximo pariente para vencerlo, tratándose de la felicidad de usted?...

La voz pública y aun las confidencias de los criados, son fuente muy insegura de comprobación. Las opiniones, por categóricas que sean, de sus amistades, adolecerán de indescifrablemente tendenciosas. No tenga usted jamás presentes las aseveraciones de los sastres, camiseros y otros proveedores análogos; es un sentimiento genuinamente humano el de pagar a disgusto, aunque se posean abundantes riquezas, y, por otra parte, sobran ejemplares de personas hambrientas que pagan con esplendidez y puntualidad principescas en la sastrería.

*Sobre la
discreción
de la con-
ducta.*

Obtenida una comprobación satisfactoria, y aceptado el pretendiente rico, he aquí las sencillas reglas de conducta para inducirle al matrimonio: Prohíbale usted antes de todo intento, cualquier obsequio o gasto que exceda de tres pesetas; pondere usted a coro con toda la familia, y, desde luego, con muchísima sinceridad, la magnificencia, el gusto exquisito y el desprendimiento generoso que representa cualquier miserable regalo que la haga. No oculte usted su asombro cuando al ofrecerla los presentes de boda eche de ver que la pulsera es legado de la difunta tía de su prometido y el aderezo el mismo que lució su señora madre al celebrar sus bodas, a principios del siglo pasado; inmediatamente deben todos ustedes elogiar la fineza de tal rasgo de cariño filial, encomiando el mérito y riqueza de las joyas, y asentando apodícticamente que ya no se encuentran como aquellas; todo sin perjuicio de que íntimamente haga usted propósito de no adornarse con semejante esmeralda en los días de su vida. Será conveniente que muestre usted natural aversión a hacer gastos que no sean indispensables, moderadísimo y prolijamente pensados y discutidos; al propio tiempo que su familia debe trasparentar su habilidad, caracterizada de hábito, para vivir con holgura decorosa y ahorrar bastante todos los años. Si este hábito del ahorro le fué inculcado sabiamente e insistentemente a su mamá por la inolvidable abuelita, no estará de más que insista usted sobre ello a menudo y siempre con

tanta ingenuidad como veneración para la santa memoria de aquella dama. Deben ustedes ocultar por todos los medios las lacerías y angustias domésticas, y meter debajo de tierra hasta el recuerdo de los parientes pobres. Sus divagaciones amorosas deben versar alrededor de la aceituna gordal, del precio altísimo de las lanas, de las mejoras de los arrendamientos, de la escasez de corcho en el mercado universal y del porvenir del esparto. Sería de muy buen efecto que aplaudiera usted como idea admirable y completamente nueva la de tener distribuido el capital en valores públicos de diferentes Estados, para dejar aseguradas rentas bastantes, no obstante cualquiera eventualidad. No debe usted creer jamás y aun ni hablar sobre ello, en la revolución, en la bancarrota de ningún erario nacional, ni en acontecimiento alguno que pueda inquietar el valor de los inmuebles, de los mobiliarios, de los semovientes, ni de las rentas..., como no sea para mejorarlos; pero aun en esta suposición, será necesario que se apoye usted en reservas y advertimientos de la prudencia más garantizada. No puede usted prescindir de estudiar detenidamente el contrato de préstamo con hipoteca, la importancia de una tasación honrada de la finca, la debida proporción entre el valor de tasación mínimo y el máximo de capital prestable, el aseguramiento y regularidad del pago de intereses y la indispensable necesidad de apretar todavía un poquito más, por una reforma de la ley, el rigor del especial procedimiento ejecutivo. Derroche usted, mi

buena amiga, sus gracias seductoras para tranquilizar la conciencia de su prometido, haciéndole comprender que el cielo le prepara un lugar predilecto por su evangélico desprendimiento al contentarse con un mezuquino 10 por 100 de interés en sus préstamos sobre hipoteca. Manifiesta usted su ingenio recelando de los administradores, en general, si bien reconociendo que los de su futuro, gracias al acierto con que los designa, son la única excepción que existe en el mundo; o, asintiendo a sus preocupaciones relativas al caso, y desvaneciéndole de admiración con agudezas tan lindas como el proverbio que delicadamente dice: "Administrador que administra y enfermo que se enjuaga, algo traga."

Nada de sobresaltos.

En otro orden de cosas debe usted guiar de no exigir manifestaciones apasionadas, aparte las que espontáneamente encuentre oportuno ofrendarla su enamorado; y de no incurrir por su parte en demostraciones de esa índole que podrían fácilmente asustarle. Nada de excesos epistolares; eluda usted ponerle en el trance de tener que escribir. Y, sobre todo, atienda usted a no modificar la menor cosa en sus costumbres, en sus horas, en sus gustos, a respetar absolutamente el curso ordinario de su vida. Tanto usted como las personas de su familia, deben dejar sobreentender en todos los actos y palabras, que es una dicha indiscutible para ustedes el que la haga su esposa, y que cualquier mujer no podría menos de considerarse orgullosa y feliz en su caso. También deben dejar sobreentender

que es el más apuesto, el más seductor, el más noble y el más pillín, el más inteligente, el más sabio, el más ingenioso y el más ameno de los mortales; que es admirable su acierto en toda clase de empresas y gestiones, su derecho y capacidad para todos los cargos públicos de lucimiento o de influencia, y que es muy correcto, extraordinariamente reflexivo y hasta persona de consejo.

Pero todo esto ha de sobreentenderse nada más: si acaso, que se entere de que esos son su pensamiento y opiniones por medio de tercera persona y casualmente: si se lo hicieran ustedes conocer frente a frente, con toda seguridad se asustaría. No olviden ustedes que, por regla general, todo hombre rico suele ser un pobre hombre que no conoce de las contradicciones humanas otra cosa sino un vago, constante e instintivo recelo.

Con esta conducta, y una persona que le empuje un poquito, o la persuasión hábilmente suministrada de que proceda por sí mismo, sin necesidad de nadie, puede usted dar por asegurado su enlace con el pretendiente rico.

La razón de ocupar el superior lugar en la clasificación de pretendientes el que abunda en riquezas, estriba en que la riqueza asegura el éxito en la vida encontrando vencidas todas las dificultades que implica la ley social de la lucha por la existencia. Ahora bien, no hay elemento para vencer en la lucha por la existencia que exija menos esfuerzo—ley psicológica en la con-

De los incursos en el segundo grado.

secución del éxito—que el tener un papá personaje político. Créame usted, señorita, no vale en casarse con una mula, si tiene por padre algún ex ministro influyente. Así se determina el segundo lugar en nuestra clasificación de pretendientes para el hijo del personaje público.

*Del menor
esfuerzo en
la compro-
bación.*

Para este pretendiente, salvo rara excepción, la comprobación de circunstancias se simplifica mucho, si no es del todo innecesaria. Basta bastante de ser imposible encontrar alguna persona que ignore el alfabeto, o bien que haya perdido la cuenta de los años que tiene: y todos los días vemos gentes que desconocen su verdadera situación, y hasta lo más importante y notorio que ocurre en su casa; pero, ¿acaso existe alguien que no conozca el nombre, la filiación, el grado de prepotencia de cada político, las vicisitudes diarias y las eventualidades probabilísimas de su carrera? ¿Para qué otra cosa pagamos las suscripciones a los periódicos?...

*Ligeros es-
fuerzos pre-
liminares de
conducta.*

La aceptación del pretendiente exige en este caso algunos delicados prolegómenos, a menos que tenga usted entre los miembros de su familia alguien que posea la propiedad de un periódico: en este supuesto excepcional puede aceptar desde luego las relaciones en la firme convicción de que antes de dos semanas habrá sido pedida su blanca mano. De otra manera, para aceptar, es indispensable que envuelva usted a su pretendiente en la red más tupida e impalpable de sus fascinaciones y coqueterías de

doble fondo, obligándole a inscribirse en lugar predilecto de la lista de sus asiduas amistades. Colocado al alcance seguro y continuo, se hace precisa la colaboración de la familia de usted. Su mamá—¡qué sacrificio encontrará duro una madre!—deberá tomarse la molestia de leer los discursos del personaje; su papá deberá insinuar la especial simpatía y admiración que por él siente, a pesar de ser independiente en política o de tener filiación diversa: más adelante, en una inopinada confidencia, previamente preparada, como es natural, deberá establecer un paralelo entre los defectos e idioteces de su propio jefe político y las excelsas cualidades del presunto consuegro; esto, además de aliviar el hígado, es de resultado incomparable para trabar afectos con el favorecido. No estaría demás que alguno de sus hermanos publique con cualquier pretexto un articulito encomiástico, firmado. Cuando conste a usted que todos estos menudos hechos han llegado al conocimiento, y aun al corazón, del insigne hombre público, puede aceptar las relaciones con el hijo.

*Propagan-
da y aire.*

No conviene a ustedes ninguna clase de retraimiento; al contrario, sociedad, mucha sociedad, muchas relaciones, muchos amigos. A todo el mundo ha de hacerse la presentación de su elegido con apologéticas alusiones para su papá. Inmediatamente después, la conversación general debe recaer sobre su partido, sobre su política, sobre sus prestigios, sus discursos, sus merecimientos y su glorioso porvenir. Deben uste-

des estar al tanto de los más ardientes anhelos y de las más concretas aspiraciones del hombre insigne, y una vez averiguado el puesto a que aspira o el fin que se propone, usted y su mamá entre las amigas, su papá en Bolsa, en el casino, en el tranvía, en los entreaectos, y sus hermanos en la Universidad, en las academias, en las oficinas y con sueltos diarios y articulitos firmados en los periódicos, deben hacer la más infatigable, solícita, universal y desenfrenada propaganda.

*Distinción
y aire.*

Cultive usted el *chic*, la *charme*, el *dernier cri*, la *fashionable smart*, la *vogue*, el *bien*, en cuanto a las *toilettes*, al *homo*, a la *politesse*, a la *vie an grand'air*, al *five o'clock*, al *sport*. Debe usted sumir en perpetuo *epatement* a su elegido, por la distinción y la elegancia. Desempolve usted todos sus derechos y entroncamientos nobiliarios, sin respetos humanos; grabe y ostente armas, y alternen ustedes en la conversación los ditirambos al futuro suegro, con alusiones al pleito que preparan demandando el ducado de Montmorency o el de Osuna a sus detentadores, juntamente con todo el territorio del Delfinado francés, la provincia de Almería y una mitad de las alcaicerías de Sevilla en España.

*Todavía
mucho más
aire.*

Adienten ustedes las ambiciones de su elegido, abrímenle de seguridades en sus dotes y esperanzas para el Parlamento, para el Gobierno civil de las mejores provincias, para las subsecre-

tarias, carteras y Consejos de las grandes Sociedades. Sus divagaciones amorosas sean ensueños de entradas triunfales en los Gobiernos civiles, ceremonias en que usted amadrine la colocación de primeras piedras para edificios de la beneficencia provincial, banquetes palatinos con asistencia de los ministros y sus esposas, entre los cuales descollarán notablemente ustedes; fiestas suntuosas en que, como embajadores de España, deslumbren ustedes a París...

No dejen de averiguar qué empleos públicos serían convenientes a su prometido para reunir las veinte mil pesetas anuales necesarias para casarse; y una vez conocidos, entre ponderaciones de la influencia paterna y declamaciones indignadas contra algunas personas envidiosas que se permiten dudar de su influencia, no cejen hasta verle en posesión de esos empleos.

Después de lo cual sólo faltará que su papá visite al futuro consuegro, presidiendo una numerosa comisión, para ofrecerle la presidencia honoraria del casino de que ambos son antiguos socios, la de la Junta de funcionarios a que pertenece su hermano mayor, la de cualquier agrupación escolar de que forme parte su hermano pequeño, la del Consejo de administración de la Compañía general del metal delini, constituida por su tío, y la del Centro Regional de la que es miembro el criado de su casa. Pueden ustedes organizar otra comisión de señoras presidida por su mamá, para que visite y ofrezca a la presunta consuegra las presidencias de dos o tres docenas de Asociaciones y Cofradías.

Y crea usted que esas visitas serán devueltas rápidamente, con ocasión de pedir su mano y cambiar impresiones acerca de la fecha del matrimonio.

Del grado de tercera.

Ocupa el tercer grado en la clasificación el pretendiente de carrera, categoría muy numerosa que podríamos llamar la escala de reserva.

El pretendiente de carrera, salvo eventualidades muy favorables, no ofrece ninguna excelencia intrínseca; tropezará con todas las dificultades de la lucha por la existencia, y aun cumpliendo la inexorable ley del menor esfuerzo mediante adulaciones, tectos de codos, asociamientos de bombos mutuos, comparsaría en kalipunanes, derroches de audacia, de iniciativas, etc., etc., llegará hecho papilla a los cincuenta años. Cualquiera carrera, como único valor social de un pretendiente, no pasa de ser para una señorita la carrera de consolación.

Comprobación manantial.

El pretendiente de carrera es por sí mismo la mejor fuente de comprobación respecto a sus circunstancias personales. En sociedad, en familia, en el teatro en la calle, en el tranvía, a sus amigos y a sus enemigos, a sus profesores, a sus discípulos, al confesor, al peluquero, a su adorada, a los papás y a los hermanos, y a los parientes hasta el décimo grado o a los simples conocidos de su adorada, les referirá prodijamente en toda ocasión y momento, la carrera que tiene, las notas que en ella ha obtenido, la fecha en que se licenció, los fines que se propone para

utilizarla, las dotes con que cuenta, las personas que le ayudan, las que le envidian, los trabajos que lleva hechos, los puestos a que aspira, los éxitos que ha obtenido, las veces que han hablado de él los periódicos, los clientes que ha logrado, las pesetas y céntimos cobrados, los cobros que se retrasan, los ingresos que corresponderán a cada edad de su vida, cuánto ahorra para gastos de boda, qué presupuesto ha trazado para luego de casarse, los acontecimientos futuros, incluyendo los imprevistos, que podrán adelantarle considerablemente en su carrera, los sinsabores y disgustos de su trabajo, las compensaciones espirituales, el año que ocurrirá su fallecimiento y los seguros de vida que hará efectivos su viuda en ese trance.

Sería un error atenerse al pie de la letra a cuanto dice, pero resultan indudables tres circunstancias: que tiene una carrera, que siente las necesidades de la vida y que le agita, inquieta y bullente, una indeclinable ambición que es fuente de trabajo. Hay, pues, en el pretendiente, una máquina más o menos perfeccionada para ganar dinero.

Las reglas de conducta son simplísimas; consisten en fomentar con alguna habilidad esas tres circunstancias.

Debe intensificarse hasta el paroxismo su sentimiento de las necesidades de la vida, para cuyo efecto, habrá usted de mostrarse apasionadísima con todos los recursos de la exaltación romántica: rápida entrevista por la ma-

Del pábulu como regla de conducta.

ñana, ídem a mediodía, paseo por la tarde y plática nocturna por el balcón hasta las dos o las tres de la madrugada; entre horas, convenirá cruzar cinco o seis cartas y llamarse al teléfono por contraseña tres o cuatro veces. Complete usted el cuadro con pequeños regalos, algunas flores sobadas, bastantes celos, no pocas lágrimas y homeopáticas concesiones. Espíritu, mucho espíritu; no me cansaré de recomendarle a usted esto; la homeopatía consabida surgirá sola, y la abundancia de espiritualidad la dosificará en las mínimas porciones verdaderamente eficaces. Con adaptarse a las particulares preocupaciones intelectuales de su enamorado, vencerle de que va despertándola a la comprensión del mundo y que es el modelador de su alma, la labor de usted quedará terminada, sin que falte otra cosa sino las consiguientes protestas de admiración, derramadas a la manera generosa como se espolvorean con azúcar las tartas en las pastelerías.

De otra escala de reservas.

La misión de su familia es harto distinta y mucho más complicada. Debe oponerse resueltamente a las relaciones, hacer constar por cuantos medios imaginables pueda que usted ha de casarse con proporciones más ventajosas; es indispensable que encuentre ilusas y descabelladas todas las iniciativas, fantásticos todos los propósitos, absurdas todas las esperanzas, ridículas todas las exigencias, extravagantes todas las opiniones, ineficaces todos los esfuerzos, impertinentes todas las entrevistas, inconvenientes to-

das las cartas, exaltados todos los apasionamientos, falaces todas las promesas e inadmisibles todas las fórmulas de su adorador. Ha de bordar el tema de que no la quiere a usted y la hará desgraciada; el de que sus relaciones serán interminables; el de que tendrá que consagrarse al sostenimiento de su familia, sin que jamás pueda casarse, y, en fin, el de que nunca servirá para ganar una peseta y que no es hombre. De esta manera la ambición y la inquietud de su elegido llegarán a tal grado de ebullición, que si no revienta, dará chispas.

Excuso advertir a usted la habilidad y discreción con que ha de proceder su familia en el desempeño de tan delicado cometido. Para evitar el exceso, jamás deberá incurrir en la injuria grave, limitándose a la pequeña calumnia sin trascendencia y a un terco frenesí de hostilidad vagoroso y manifiestamente injustificado.

Al propio tiempo, como confesión arrancada por el imperio de la realidad, deberá reconocer siempre que es muchacho de mucho talento y que en cuanto a sus costumbres, aunque sospeche muchísimas cosas, no tiene que decir nada en absoluto. Más adelante, deberá soltar prenda, insinuando que si fuese verdad cuanto él a usted la dice, ganaría plaza en tales o cuales oposiciones; y, en sazón suficiente, se irán dejando conocer—a medida que sus papás, en los largos y secretos coloquios durante los insomnios de madrugada, vayan delineando planes—las amistades que su papá tiene, las influencias de que dispone, lo fácil que para él sería lograrle una

credencial de médico de la Beneficencia, o la dirección de determinadas obras, o la vacante de asesor en tal Banco, todo, naturalmente, si se tratase de una persona capaz de algo y que la quisiera a usted de veras.

Y en cuanto se haya asegurado un puesto de trabajo, que es la materia prima para la utilización de una carrera, su familia debe ablandarse y abrirle las puertas de la casa, y todos juntos deben ustedes soñar dichosamente, dejando a cargo de su papá velar las noches inquietando el modo de asegurar el porvenir de aquel muchacho.

*El premio de consola-
ción.*

Al llegar a este punto, yo no puedo menos de felicitar a usted, señorita, porque como quiera que todo en este mundo tiene algunas compensaciones, a las angustias del noviazgo y aun a las apreturas y contradicciones del porvenir que les aguarda, contrapesa sabrosamente la inefable ventura de sus honradas bodas y el sentimiento indestructible de amistad y ayuda confiada que, tejido por el deber, por el dolor y la esperanza, les entrelazará para toda la vida.

Casos excepcionales.

Terminada la clasificación, me falta puntualizar lo conveniente para el caso excepcional de que los pretendientes sean de edad algo madura. El varón rico y maduro no se llegará a casar jamás si no se le acoquina por las más espeluznantes amenazas. Al hijo ya maduro de un personaje político, no se le atraparé en otras redes que las de alguna viuda americana o en las

de alguna marquesa viuda algo fondona. En cambio el hombre de carrera madurito, a pesar de su aspecto grave y recogido, de sus indisculpables timideces y de su apariencia un tanto hurona, es el ser más casable de los creados, y con tal de que no encuentre más que facilidades hasta casarse sin advertirlo, no sólo mostrará el mejor ánimo, sino que lo agradecerá por todo el resto de sus días.

*Casos sin
excepción.*

Es cierto, como advierte usted muy razonablemente en su consulta, que puede ocurrir la incertidumbre para elegir entre diversos pretendientes. Exacto también, que en ese momento suele faltar la armonía entre la preferencia de la interesada y las opiniones de su familia. El momento es difícil y las familias apesadumbran el ánimo de las jóvenes, inculpándolas de que elegirán el peor y menos conveniente de sus adoradores. La sociología no puede aventurarse a un lamentable error, imponiéndola a usted una elección en ese caso: pero la sociología, si a ello se viese precisada, formularía el siguiente apotegma apodictico: Entre varios pretendientes, una señorita elige siempre el que la da la gana, a pesar de cualquiera clase de exhortaciones.

También es apodictico, este otro diferente apotegma: No tratándose de alguna chiquilla, cualquiera pretendiente reúne excepcionales condiciones cuando es el único de que dispone una señorita.

Disquisición científica.

Y aquí daría por terminada esta carta si me atuviese estrictamente a los términos de su

amable consulta, y aun al espíritu y estado de la ciencia contemporánea, porque, si bien alude usted al misticismo religioso como principio para fundamentar una elección de pretendiente, que es lo que yo he encontrado correspondiendo a la civilización cristiana de la Edad Media, es notorio que deja usted de lado ese arcaico principio y solamente se interesa por los otros dos, y especialmente por el positivista. A los ojos de la ciencia es indudable que no merece consideración de solidez para una elección acertada tal principio: al fin y al cabo, si la Sabiduría y Omnipotencia intervienen, huelga vanamente toda ingerencia del cálculo puramente racional, y si la satisfacción y la felicidad se vinculan en otra vida, son punto menos que indiferentes los instrumentos que se elijan para sacrificarse en ésta.

Las ilusiones ante la ciencia experimental.

Por otra parte, es sabido que las jóvenes místicas cuando preparan su elección derritiendo ilusiones en el fuego espiritual de devociones y novenas, no logran fundir por completo el ejemplar dechado con que apetece contraer nupcias; algo tarde, quizás, sorprenden en el marido modelo algunas miradillas extralegales, o notan en la intimidad de su *beatus vir* ciertas desconsideraciones y gruñidos nada edificantes, con otras menudas realidades sólo de extrañar para quienes felizmente enajenadas por el pensamiento en el cielo, olvidan o ignoran que pisan sobre el barro de la tierra desventurada.

Usted, que posee un fino instinto científico de

la interpretación económica de la vida humana, podrá calcular el éxito alcanzable mediante el espíritu de abnegación, de renunciación y sacrificio, que prescinde de los triunfos sobre las dificultades de la lucha por la existencia anejos a la riqueza, de las exenciones de esfuerzo que proporcionan las trapisondas del nepotismo influyente, y que hasta repugna los atajos y callejuelas para medrar, comúnmente utilizados por los hombres que se dedican al ejercicio de las profesiones técnicas y liberales. No es de extrañar que entre esa clase de jóvenes se considere el matrimonio como una vocación, porque es indudable que vocación se necesita...

Arcanidas.

Pero yo faltaría al imperativo categórico de mi conciencia ética, si dejase de consignar en esta carta algunas experiencias verificadas, aunque escapen a la interpretación y a las leyes científicas.

Hechos misteriosos.

Es lo cierto, señorita, que ese corto número de personas místicas, de una manera misteriosa se encuentran sin buscarse, y entre los valladares sociales y psicológicos más infranqueables, se adivinan y se unen; que a partir del momento de su enlace, ocultan sus vidas como el avaro sus tesoros, y, aun perseguidos por la adversidad y por la pobreza, suscitan las atracciones de la simpatía y de la envidia en cuantos felices o infelices mortales alcanzan a verlos. Hurutados a la común alegría, trascienden de alegrías profundas e insondables, y aun en la tenacidad inso-

portable del dolor, encuentran el ligamento que estrecha su unión más dichosamente. Ni la misma muerte los separa: diríase que el primero en marchar escucha como una viola de amor el grito o el sollozo del que queda, y que éste desde aquel instante comienza a morir, lenta, dulcemente, con el veneno embriagador de una esperanza.

Señorita: si teme usted bastiarse de la riqueza, cansarse del triunfo injusto y fácil, encontrarse sin fuerzas para la lucha cruel de cada día, tropezar con el engaño, con el desengaño, con el ruido incesante, con la soledad y con el tacto estremecedor del vacío, con la vejez desolada y con la sorpresa de la muerte..., créame, buena amiga, necesita un apoyo fiel más sólido de los que puede asegurarle la prudencia humana; no me delate usted, pero hágame caso: no cifre usted su acierto en nada de este mundo, y... pruebe, a ver, algunos de esos siete u ocho domingos...



Carta a la Srta. Cándida del Campo

SOBRE

LA EMIGRACION A LAS CIUDADES

Srta. Cándida del Campo:

Discretísima comunicante: Me interroga usted acerca de una cuestión delicada que ha merecido mi meditación más severa.

Descripciones.

Tiene usted muchísima razón de quejarse; parece mentira que un caballero respetable, como sin duda es su papá, al figurar entre los primeros contribuyentes de esa importante cabeza de partido, no profese principios más elevados y científicos para casarla sino la rutinaria opinión de que *el buen paño en el arca se vende*. Me explico el celo de su buena madre para sacarla a usted del arca.

Acaso por haber hecho todos mis viajes en ferrocarril no he visitado nunca esa castiza localidad; pero admito la descripción que usted traza del hijo del alcalde, del nuevo juez, del heredero de la Botica, del seminarista que ahorcó los hábitos y del primo Teotino, sin profesión, según parece, únicos señoritos disponibles para el matrimonio en ese ameno paraje de su residencia. Comprendo que, sin perjuicio de los naturales respetos, sean para usted un aliciente muy moderado del paseo, bien en la plaza, bien en la Alameda, los señores Curas y el maes-

tro, así como un motivo de frecuentes enojos las otras nueve señoritas indígenas de su misma clase y condición. En cuanto a la fascinación que ejercen sobre su ánimo durante los veranos, con sus modas frescas y elegante desenvoltura, las niñas del diputado, es cuestión de evidente trascendencia sociológica: se trata de los naturales estímulos progresivos, idioticos o peculiares al hombre y a la mujer, aunque sean de pueblo.

Sanos consejos.

Decididamente deben ustedes trasladarse a la corte, o cuando menos a la capital de la provincia, siempre que sea movidita.

Como quiera que no puede ser cosa de mucho tiempo lo que tarde usted en alcanzar sus fines matrimoniales, debieran instalarse a todo esplendor y boato; es indispensable que su papá se encargue levita y que su mamá se ponga guantes; no debe faltarles el abono de coche, sin que de ningún modo haya de prosperar la pretensión paternal de aprovechar, al efecto, el caballito que ahora tienen en casa.

En cuanto lleguen, su buena mamá y usted deben inspeccionar cada día cinco o seis veces todas las calles y paseos públicos de la ciudad y adquirir en las tiendas los innumerables detalles propios del buen tono indumentario y doméstico. Hagan ustedes valer las conveniencias políticas, para que el diputado y sus niñas comiencen a introducirles en sociedad. También, sin otro sacrificio que el de un pequeño préstamo, podrán ustedes hacer recordar su parentesco con los marqueses de la Villa. Con eso y que su

padre vaya vendiendo oportunamente las fincas necesarias para satisfacer los gastos de la nueva vida, la misión de su amante madre y de usted queda reducida a no perder ocasión de exhibirse y de relacionarse, sin parar otro tiempo que las cuatro o seis horas indispensables para el descanso.

Respecto al punto concreto de su mayor interés, he aquí algunas indicaciones y advertencias. Aunque la sea doloroso, debe renunciar, desde luego a sus ideales utópicos de *fusión*. No vuelva usted a acordarse de preocupaciones vulgares y aldeanas. El marido y la mujer, son *dos*. Comprenda que si es desequilibrio ver dobles las cosas sencillas, supone trastornos más profundos ver sencillas las dobles.

*Prolegó-
meno doc-
trinal.*

Inmediatamente deduzca usted este principio: el novio no es—siquiera en germen—media y eterna personalidad. La señorita Consuelo de Rubio y Moreno, ha definido brillantemente el concepto de novio, diciendo: “Es una cosa que sale detrás; que preocupa a veces, y que se cura no haciéndola caso.”

*Definicio-
nes y princi-
pios.*

The Fémina Association, de Nueva Cosmópolis, después de prolijas y laboriosas investigaciones experimentales, ha determinado otro principio importante, que, aplicado a nuestra cuestión, ocupa el segundo lugar; es éste: “El corazón, en todas las especies animales, es una víscera inútil para la vida de relación; en la especie humana civilizada, es altamente perjudicial.”

De los dos principios anteriores se integra este tercero, que comprueba la experimentación y apoyan autorizadísimos testimonios: "En general, los jovencitos elegantes son tontos de capirote." Las excepciones, además de confirmar el principio, son incasables en su ambiente habitual.

Plan pedagógico.

Comprenderá usted, después de lo dicho, cuáles sean las ciencias que debe conocer una señorita para aspirar a esa clase de matrimonios con probabilidades de éxito:

- (a) Esgrima visual;
- (b) Balística suspirativa.
- (c) Gimnasia danzante.
- (d) Cálculo de resistencias afectivas; y
- (e) Economía del corazón.

Para adelantar en todos estos ramos científicos, también me parece indispensable que sepa latín.

Me figuro que no es necesario llamar su atención sobre la teoría matemática de las "combinaciones y permutaciones" aplicada al avío personal; así como tampoco respecto a la "catóptrica" o física de los espejos.

Entre los desconocimientos, también de adorno, es muy digno de estimación el de las cuatro partes de la gramática; el de la sintaxis, singularmente, aprovechado con un poquito de gracia y mala intención, da resultados excelentes.

Retenga usted en la memoria, para las aplicaciones prácticas, las sabias máximas que pueda inculcarla su prudente madre: cuando sien-

ta pesar y remordimiento por las caprichosas ridiculeces de su conducta, recuerde que, "luego de casada, se acabará su libertad"; si le repugna cualquier propinquo pretendiente dispuesto al sacrificio, acéptele, pensando que, "la carrera de la mujer es el matrimonio"; y si puede optar entre uno pacato y otro vicioso y degenerado, tenga presente que "quien no la corre de soltero la corre después de casarse".

Mientras conserve alguna juventud y algunos bienes de fortuna, no tenga inconveniente en despedir y mudar novios con frecuencia. Si luego se manifiesta melancólica y repite como desilusionada los versos de Béecker:

"Mal haya quien en promesas
de hombre fía",

puede estar segura de hallar pronto algún joven inocente pretendiendo convencerla de que no todos somos iguales.

Y encontrando un imbécil de esa talla, debe usted acelerar cuanto pueda los trámites precedentes al casamiento.

Las garantías de la volubilidad.

Carta a D. Constante Pasaron de la Calle

SOBRE

LA COSZUMBRE DE FIECHAPSE

Sr. D. Constante Pasaron de la Calle:

Muy respetable señor mío y de mi mayor consideración. Tengo la complacencia de corresponder a las esperanzas que manifiesta usted en su consulta: ese grupo de jóvenes inteligentes puede siempre contar con mi concurso para defender tan delicada y beneficiosa costumbre social.

Deben ustedes manifestar a sus despreciables impugnadores, que la fisiología, la higiene, la historia y la psicología la aprueban de consuno; y continuar tan sociológica tarea por las calles sin darles la menor importancia.

¿Es que acaso cabe esperar de la especie humana que se perpetúe por escisiparidad, por gemiparidad, por esporulación o por conjugación? Los casos de escisión de la casa paterna, bien se trate de alguna jovencita delirante o de algún mancebo inadaptable, ¿no son universalmente vituperados? ¿No están proscritos por la ciencia los matrimonios entre próximos parientes, única manifestación gemmipariforme de nuestra especie? ¿Se sabe de algún caso de esporulación a la manera de las criptógamas, que haya dado buen resultado, o que no sea un abominable cambio de nombre y de residencia para incurrir en la

*Amparo
de las ciencias.*

*Razonamientos de
exclusión.*

bigamia? En cuanto a la conjugación o unión temporal quitándose mutuamente algo, ¿qué otra cosa sería sino un afrentoso concubinato?

*Libertad
e higiene.*

Precisa, pues, reconocer la intervención indispensable del elemento típico humano (libertad), en el desenvolvimiento de la atracción, (matrimonio), para los fines de la especie (perpetuidad y progreso).

Por otra parte, ¿puede inventarse algo más propicio a la libertad y al propio tiempo más higiénico, que permanecer todo el día recogidos en medio de las calles?

*El ideal
de la costumbre en
la Historia.*

La Historia que, según habrán ustedes oído decir alguna vez en cualquier conferencia, ya mereció ser llamada por Cicerón "maestra de la vida", muestra desde los tiempos más remotos el éxito de tan exquisita costumbre. Sirva de ejemplo lo ocurrido a Guillermo Albini, quien vencedor en un torneo celebrado en Brujas el año 1137, para solemnizar el casamiento de Luis VII de Francia con Leonor de Aquitania, de tal modo flechó con su valor y cortesanía a la venerable reina viuda que ante aquella misma asamblea ella le ofreció su mano. Creo, Sr. Pasaron de la Calle, haber acertado a recoger un testimonio histórico que se ajusta perfectamente al ideal acariciado por usted y sus dignos colegas. La circunstancia de que la inflamable Reina, al verse desdeñada, encerrase después en una cueva a Albini, acompañado de un león, carece de aplicación al asunto que nos ocupa.

4

Muchos son los antecedentes históricos de esta incomparable costumbre de flecharse, suscitando la atracción de amor entre desconocidos. Desde luego, puede considerarse como una forma moderada de la exogamia y raptos de mujeres que unos a otros se hacían los pueblos primitivos (recuerde las sabinas, la China antigua, los hebreos, a pesar de numerosas prohibiciones) y que en la época moderna tenemos el honor de que también practicasen pueblos tan distinguidos como los Kondos y los Papúes entre otros. Naturalmente, la civilización occidental no permite que se robe a las mujeres enteras; esto resultaría muy caro y traería además algunos disgustos. Se las roba sólo el corazón, por regla general. Esta regla no obsta para que en casos excepcionales se las robe también algunos cuartos.

Antecedentes y comprobantes.

Pero la mayor justificación de la costumbre que someten ustedes a consulta, nos la da la psicología. La complejidad psíquica de la vida moderna imposibilita absolutamente el amor entre aquellos que se conocen; la copiosidad de datos analizables en este caso, desorienta y desanima a los jóvenes; la sagacidad y la afectación de las familias interesadas suele poner recíprocas vendas en los ojos.

El aval de la Psicología.

En la calle, en las reuniones públicas, por el contrario, el dato que se ofrece es simple; el análisis puede usted dirigirlo a su comodidad

El triunfo de la simpatía.

por la imaginación sin otro límite obligado que el de un conocimiento simple; la educación literaria presta valiosos elementos para un dictamen dentro de tanta simplicidad; la sagacidad de las familias tiene en sus cálculos que representarse a los amadores por simples visiones: todo concita a la simpleza, propicia a facilitar cualquier matrimonio, por inverosímil que se le juzgue.

Los primeros datos para el análisis psicológico.

Nunca la perspicacia juvenil se evidencia como en la calle. En ella estimaréis elegante, con juicio desinteresado y libre de preocupaciones, lo que en la intimidad consideraríais vanidoso o pródigo. Apreciaréis el interés acendrado y legítimo de una mirada que os dirijan. Saborearéis la dulce exclusividad de las sonrisas que se os dediquen. Serán encantadoras la sencillez que una señorita significa tomando en la repostería un vaso de leche con dos esponjados y bucólicos bollos, o bien media docena de pastillitos, todos de chantilly, o acaso el refinamiento inglés de pedir puding y wiskhy; así como en un pretendiente, la exquisita corrección de quedarse a la puerta, sin penetrar osadamente detrás en el establecimiento. Será de admirar la gentileza de las faldas cortitas, o el pudor de llevarlas arrastrando sobre la porquedad del pavimento. La ligereza del paso o su reposo y majestad. La viveza de la conversación y de las actitudes, o la mudez reflexiva, ensoñadora, acaso dominada por las inspiraciones de amor... La gracia para saludar a numerosos conocidos,

o la indiferencia calcada de vuestro ideal y presa de vuestra impresión, con que apenas son notados los saludos; gustaréis de observar que es persona sencilla, retirada, con pocos conocimientos, o, también, de advertir la efusión correspondiendo a los pocos conocidos, sin duda tan escogidos como escasos.

No será de agradecer, en los primeros días de asediar a una señorita, la simpatía que demuestra si mira; o de admirar la ventura de haber hallado una muchacha tan juiciosa, si no mira? En un joven, ¿qué pasión no denotan las locas cabriolas? ¿Qué formalidad y asiento, su pesada torpeza, o qué prudencia su cara inexpresiva?

Si la adorada silueta se cobija en casa suntuosa, precisa pensar que debe ser rica; si vieja y mala, que es familia de virtuosa modestia, puesto que la elegancia de sus trajes acusan holgura; situada en el centro de la población, arguye rentas considerables; en algún suburbio, promete horas inenarrables de plática...

Escribir o contestar precipitadamente a la primera carta, revela, con ingenuidad deliciosa, una pasión conmovedora; la tardanza, ponderación y seso, quizás halagadora timidez.

Averiguar quiénes seáis y qué tenéis, no deja de ser prudente; no hacerlo y comunicaros los sentimientos desde luego, es magnanimidad y desinterés.

Os desvaneceréis, más tarde, con mutuas y solícitas preguntas respecto adonde estáis, qué hacéis a cada hora y, sobre todo, a cuál os *Interpretación psicológica de los incidentes.*

dréis ver. Radiará vuestra felicidad hallándoos siempre arreglados con esmero, y, cuando un día paséis, inopinadamente, por frente al balcón y la veáis desmelenada, o ella os encuentre en actitud incierta por cualquier extraviada esquina, será de encarecer la unión de vuestras almas, que presintiéndose, ciega y absurdamente, os reúnen.

Las cartas pobres de ideas y de frases, señalarán, con piedra blanca, que es el primer noviazgo; si de explicaciones apasionadas y literarias, serán maravilla de las misteriosas potencias de amor.

De la coincidencia psicológica.

Ella dirá, con sinceridad y candor admirables, que no se enteró de la comedia por miraros; que odia las visitas donde se abuse cuando la llevan; que la sorprendió su familia llorando por causa vuestra; que reza mucho—aunque os enojéis, si sois espíritus fuertes, o según la habéis recomendado, si sois buenos cristianos para conseguir lo que más ansía; que prorrumpe a gritar llamándoos en sueños.

Podréis corresponder asegurando que dividís el tiempo entre el deber y el amor, que al recibir su injusta carta os dió un ataque en medio de la calle, con alarma y conmiseración de los transeuntes, quienes os llevaron a una farmacia o a un bar—apenas recordáis—próximo; que también habéis llorado en secreto, y que, ocultando de ella por cortesía, habéis descuartizado varias docenas de rivales más o menos presuntos.

Será injusticia acusarla por trajearse vistosamente, por desabrigarse algo más de lo acostumbrado, por cargarse la cara de polvos de arroz, agrandarse las cejas o colorearse los labios con dentríficos y oscurecerse la tez con menjurjes de yodo; por salir de casa sin previo aviso, dejándose acompañar de Pepito Angurria; por marcharse un minuto antes de vuestra llegada, siempre que concurre a sitios que os sean antipáticos: todas son exigencias de su familia, que la cuestan muchos disgustos, pero que se acabarán al casaros...

Ni uno ni otro seréis justos, tampoco, al imputaros que miráis a todos los que pasan; que, tapándoos los ojos con los gemelos en dirección de ella, pasáis revista disimuladamente a cuantas chicas hay en el teatro; que fingiendo arreglarse los cabellos rebeldes de la nuca con la mano izquierda, vuelve la cabecita a los galanes de las localidades de la derecha; que se sonríe con un teniente de la Escolta... Esas son suspicacias que mutuamente os perdonaréis por el cariño que representan, o que no se pueden perdonar ni tolerar, como comprenderéis, si no sois tontos..., que no lo sois; por lo que pasado el primer arrebató y reconocida la impertinencia, quedarán vuestros pechos tranquilos y descansados en el convencimiento, de cuán grande amor os profesáis, puesto que os aguantáis, sin mandaros definitivamente a paseo, a pesar de tantas majaderías.

*Del grito
y las dolo-
blas como
elementos
de comuni-
cación psí-
eológica.*

Luego de repetidas instancias, acordaréis hablar algunas palabras que llevará y traerá el viento suavemente entre la calle y el balcón en cosa de unos veinte metros.

Un poco después, sostendréis largas pláticas durante la noche: lindas macetas rodearán el busto de la sombra adorada, vuestros suspiros se unirán al aroma de las flores para incensarla y el aliento de amor acariciará con una misma brisa vuestras almas...

Ella será más encantadora que Armida; vosotros, más arrogantes que Tancredo y más discretos que Cirano. Las palabras sonarán en vuestros oídos como el diamante de una lágrima resvalando saltarina en un rayo de plata de la luna... Seréis dichosos, como en las novelas.

¡Ah! Que ritornello el de la misma pregunta siempre: *¿Me quieres?* Jamás exhausta la conversación, nunca el volcán dejará de lanzar su lava candente... Un momento de silencio; un instante, sólo un instante; parece que al fin ha sido agotado el hilo cristalino de la conversación; pero cuán presta esa pregunta, nueva, siempre nueva, repetida trescientas veces en un minuto, y, sin embargo, nueva, siempre nueva: *¿Me quieres?... ¿Qué poesía en la concisión de los amorosos gritos?... Sí... Mucho... Bastante... Tremendo... Bestial...*

Y así pasará el tiempo insensiblemente; habrá sin duda una campana en la lejanía que contará, las dos, las tres, acaso las cuatro; habrá

probablemente un sereno que se hará visible en cuatro, tres, dos, una vez, acaso ninguna; no faltará un borracho que diga obscenidades; y, felices, muy felices con la felicidad que una conversación tan interesante, sostenida a la luz de la luna, depositará en el fondo de vuestros corazones, os retiraréis a descansar para levantaros al día siguiente, como de costumbre, entre siete y doce de la mañana.

Cuando, después de los trámites y el tiempo consiguiente, entréis en la casa encantada de vuestros hechizos, qué grato orden y confort encontraréis, qué bella combinación mobiliaria en aquella habitación donde permaneceréis cinco o seis horas cada tarde... Vuestro juicio exento de prevenciones hará honor a todo, o podrá, sin apasionamientos ni torpes malevolencias, encontrar la excusa y disculpa de cualquiera imperfección, o sencillamente distinguir, si le observáis, entre el desorden de la familia y las excelentes prendas que vuestra futura podrá ejercitar en la libre dirección de su hogar propio. ¡Porque desde el día de la boda vuestra felicidad inefable es segura!

De la evidencia como garantía psicológica.

Yo siempre propugnaré como un incomparable postulado sociológico esta culta costumbre de *flecharse* entre desconocidos... Pues qué, ¿no recuerda la elevada moral de aquella inefable Draupadía, del Mahabharata, desposada con cinco hermanos, para cada uno de los cuales profesaba la misma admiración, el mismo amor

El progreso a través de la historia y la prehistoria.

y la misma fidelidad? ¿No evoca los matrimonios colectivos de los primitivos polinesios, en los que todos los hombres de un clan eran marido simultáneos e indistintos de todas las mujeres de otro clan, y viceversa?... Un pequeño progreso más y llegaremos al amor libre, idealidad suprema de la ciencia y de la igualdad democráticas.

Columbraciones progresivas.

¡Oh, jóvenes, enamórense ustedes incesantemente con libérrima promiscuidad! Ninguna manera más sociológica de fraguar la compañía de la vida. Por otra parte, ninguna preparación más útil para continuar practicando el flirt en la edad madura. Cultiven ustedes la mirada hasta echar chispas por los ojos. Vienen días a la humanidad futura en los cuales los ojos del varón tendrán una llama tan abrasadora e intensa y los de la mujer una receptividad tan profunda y radiante, que el solo cruce de las miradas bastará para perpetuar la especie: profético y clarividente aserto de Augusto Comte, padre inmortal de la sociología positivista, basada en la experiencia.

CARTA A LA Sra. GALA PETRONIO

SOBRE

LA "MODA" FEMENINA

Señorita Gala Petronio:

Dilecta amiga: Muchos años ha vengo obser- *Espejo so-*
vando, a través de las amables consultas que el *ciológico pa-*
bello sexo tiene la bondad de dirigirme, cuán *ra damas.*
superior es el sentido científico de la mujer al
del hombre. Sucden con harta frecuencia y la-
mentable homogeneidad referirse las preguntas
de los varones a cuestiones casuísticas o detalles
demasiado concretos e insignificantes, ya de sus
dificultades domésticas, ya del modo fácil de ob-
tener un empleo, bien acerca de supuestas vo-
caciones literarias o políticas, bien respecto a
temas de simple erudición como el origen del
uso del bigote: asuntos completamente ajenos al
orden genuinamente sociológico e inadecuados
para el dictamen de un hombre de ciencia.

Muchos elogios podría, en cambio, prodigarse
a las profundas preocupaciones que las señoras
me han manifestado, y, prescindiendo de enu-
merarlas, debo limitarme a decir que de la más
trascendentales, y en más ocasiones reiterada, es
la que mueve a usted para escribirme: claros en-
tendimientos los que buscan en la sociología una
fuente de verdadera orientación, cuyas limpidas

agnas sean espejo y consejero para vestirse las damas.

Muestrario.

¡La moda! Ya ve usted, una materia respecto de la cual cree la vulgaridad varonil que las señoras no pueden tener ya cosa consultable, y en donde el sociólogo, según torpe parecer de la incultura, no tiene que hacer más sino pronunciar su anatema.

Y es que el mundo ignorante, y aun la alucinación mental de los pseudo cultos, no acertan a ver en la magnificencia de la libérrima moda femenina, sino liviana extravagancia: cofias, tricornos, mitras, marinelas, casquetes, turbantes, cucuruchos y tocas grotescas, en las cabezas; absurdas remembranzas griegas, turcas, chinescas, japonesas, versallescas, de pastoras Watteau o arreos marciales, en los vestidos; alzas y bajas, distensiones o reducciones del talle, y ostentaciones, delineaciones o mágicas desapariciones de pechugas, caderas, abdómenes y... sus antípodas, en cuanto a los corsés. ¡Anatema!... Que superficialidad. La verdadera sociología no puede prescindir de examinar detenidamente el fondo de todos esos fenómenos sociales.

Magnificencia de la Moda.

¿Es que carece de interés la incomparable industria que produce la enorme variedad de tafetanes, terciopelos, florencias, nansukes, satines, muselinas y batistas? ¿Es problema de sencilla solución buscar nuevo destino a tanta cantidad

de ballenas, tripas, gutapercha, cola de pescado, dextrina, lentejuelas, abalorios, vidrios, nácares, huesos, celuloide, bronce, hilos metálicos y papeles como ahora se invierten en los vestidos de las señoras? ¿Dejaremos sin valor económico tantos millones de ratas, de pieles de conejo y de carnero; tal profusión de paja de centeno—cuidadosamente seccionada en puntas, para la de *Italia*, y en pedales— y tan grande cantidad de chopos, de sauces, de bombonaxas, de melones, etc., etc., como se consumen para la fabricación de sombreros? ¿Es justo y social que privemos a billones de conejos y de gatos de la dignidad que ahora alcanzan reemplazando, sin excepción, a través de científicas y prolijas manipulaciones, a las nutrias belgas, a los castores de Australia, a los bisontes del Bósforo y a las chinchillas de Mongolia? ¿Vamos a perder el progreso de industrias tan complejas—hierro, papel, tejidos, caucho, papiro, anilina, máquinas perfeccionadísimas—como la de flores artificiales, de tal delicadeza que algunos de sus productos se maladan simplemente porque una obrera abuse en su alimentación del ajo o padezca pestilencia de aliento? ¿Malbarataremos la inmensa riqueza química que suponen los orines de los soldados, que hoy se recogen escrupulosamente de algunos cuarteles en barricas para la preparación de pieles de guantería? ¿Qué sociólogo se atreverá a proponer semejante atentado? ¿A decretar la miseria para tantas familias proletarias? ¿A inutilizar los prodigios mecánicos del pueblo yanqui y a herirle en la legítima codicia

con que los explota no vendiendo a Europa sus artefactos para construir trajes, sombreros y calzado, sino sobrecargando el precio de venta con una hipoteca censual irredimible de participación en los beneficios que produzcan? ¿A quebrar y disolver sociedades como la Compañía de la Bahía del Hudson, o arruinar a los cazadores del Canadá o a los heroicos del Ural, que tras de un viaje de ocho días en trineo llegan a Weit, y que surten al bello mundo de las auténticas pieles de castor, de marta, de skung y de marmota? ¿Qué crimen no sería compensar con esa desatentada conducta los estudios profundos, las vigiliias científicas, las penosas fatigas, ¡labor de siglos!, que la humanidad ha dedicado, triunfando al fin, para la domesticación de los avestruces?

Se domestican avestruces.

Cierto, señorita, hasta a los avestruces ha logrado domesticar la moda, mediada ya la pasada centuria. Soberano poder civilizador que es fácil apreciar en la misma vida social, porque ¿quién no ha oído hablar y comprobado la eficacia de eso que se llama el freno de la camisa limpia?; y, ¿no es por ventura el vestido lo que hace aparecer irreprochables y correctas en sociedad, bajo las galanías de la moda, a personas numerosas que en la intimidad son bastante diferentes y que, al despojarse de casi todas las ropas antes de zambullirse en el lecho, acaso se complacen en prestar una incivil atención a sus extremidades inferiores!...

Pero esto me recuerda a algunos colegas, por cierta asociación de ideas que también me induce a reanudar el hilo del razonamiento. Decía que se forma un equivocado concepto de la sociología y de los sociólogos. Pocas esferas, con ser copiosa muchedumbre la que requiere nuestra intervención, están tan claramente definidas para el estudio y el consejo de los sociólogos, y crea usted que esa desafortunada exclusión de los íntimos problemas femeninos a que se nos viene condenando, a muchos nos tiene ya bastante picados, porque, a pesar de nuestra imprescindible gravedad y de parecer a primera vista un poquito pesados, somos más competentes que otras personas para penetrar con discreción en ciertas interioridades. Cierto que hay en la clase algunos especialistas en problemas de la producción, de la circulación, de la distribución y aun del cooperatismo de las grasas de cuyas manos saldrían mal paradas las modas y otros asuntos delicados; pero el ejemplo de Fernando Lassalle fascinando sociológicamente a una linda condesa, y el de Augusto Comte fundando nada menos que la *religión de la humanidad* en dulce memoria de una dama, son bastante para dejar constancia irrefutable del acierto de nuestra intervención y de nuestra recíproca sensibilidad al inefable influjo femenino.

Su determinación de consultar obtiene, por consiguiente, mi caluroso aplauso, y he de subrayar en él la admiración que me produce el itinerario mental por donde ha venido usted a

Superioridad de los sociólogos sobre medistas, pelmqueros y políticos.

buscar el consejo de la ciencia acerca de las modas: evidentemente, señorita, ese algo que usted echa de menos, esa versatilidad que nota en el peluquero y el modisto, es la falta de preparación sociológica. Lo mismo les ocurre a los políticos.

No hay modas para las feas.

Pero no me es posible complacerla dándole algunos consejos de las modas para las feas. Esa insinuación es hija legítima, aunque cruel, de su modestia, y, como quiera que la realidad se impone siempre al juicio humano, usted misma se contradice, porque, al fin y al cabo, interesarse por las modas no es más que estudiar el realce de las propias gracias. No existe moda para las feas, sencillamente porque el convencimiento de haber perdido la belleza es incompatible con la atención a las novedades del día, en que las modas consisten: observe usted la indumentaria de casi todas las señoras mayores de ochenta y cinco años.

Del plan e importancia de metodizar las cuestiones.

En cuanto a los *principios*, de que en su carta habla, es ya cosa distinta. Lo que usted quiere conocer es la causa originaria de ese fenómeno universal que llamamos *la moda*, es decir, *su principio* fundamental; después, *las formas históricas* debidamente clasificadas; por último, *sus leyes*. Perdóneme usted que no prescindiera del *método*; pero sólo por motivos de método obtuvo Descartes la estimación de dos princesas y entran a formar parte de las Academias muchas personas insignificantes en nuestros días

Generalmente los sociólogos no hablan de la moda. Se limitan a establecer categorías de la necesidad humana para clasificar los *bienes económicos*, incluyendo, diferenciados, los vestidos y los adornos, y algunos de escuelas teológicas, como *bienes finales*. El concepto profesado por sociólogos de tan corto alcance viene a ser en definitiva este: que el principio fundamental de los trajes es la *necesidad* de defenderse contra las inclemencias atmosféricas. Cualquiera diría que las esposas de esos sociólogos no se des-cotan...

*Sociólogos
de corto al
cance.*

Su error es notorio. Puede decirse, en general, que el hombre cuando vive *naturalmente* no necesita defenderse del frío sino durante el sueño; y precisamente para dormir se despoja del vestido propiamente dicho. Despierto, el ejercicio físico basta para proporcionarle el calor necesario. Toda otra apariencia es mero resultado de la costumbre: quítele usted a un caballero las calzas de lana y el peto en invierno y contraerá anginas cuando menos; en cambio, no obstante la mayor fragilidad de la naturaleza femenina, su señora podrá aventurarse en los días más crudos con medias transparentes, falda corta y el cuello desnudo, sin que la ocurra ningún percance. Sobre que ni las manos, ni la nariz son de peor condición que los pies u otra parte cualquiera del cuerpo y acostumbrando a no vestir las, rara vez el frío nos atormenta por ellas. Pueblos hay donde el uso de los turbantes

*Ni frío ni
calor.*

hace muy sensibles al frío las cabezas, en tanto que no le sienten los pies habitualmente descalzos.

En cuanto al calor, nada puede encontrarse más opuesto para sugerir vestimentas al hombre, y se necesitan todas las preocupaciones de la civilidad para que muchos varones respetables no se desabrochen hasta dejar al aire el velludo esternón y la barriguita, cuando durante los rigores de la canícula pasan heroicamente el rubicón de la siesta en la butaca del casino o en un asiento del tranvía.

*El frío y
la sastrería
en saliente.*

Solamente en las regiones de muy bajas temperaturas llega a ser necesario cubrirse, no obstante el ejercicio; y precisamente, la flora de esas regiones no abunda de elementos para construir vestidos, y la fauna indica, con sus peludas y escasas especies, que el abrigo propio para que el hombre allí se cubra, es la piel de aquellas variedades zoológicas: única ocasión en que ni la piel de otro hombre puede suministrar mejor consuelo. Una extraña vidente, Ana Catalina de Emmerich, ha contemplado a los hombres primitivos vestidos de esas pieles y de tal manera confundidos con ellas que les parecían propias. Por lo cual se echa de ver que *el principio de la necesidad* no tendría otro alcance en orden al desenvolvimiento de la moda, que discernir alguna preferencia nimia de color entre las especies animales y perfeccionar un poco más o menos la habilidad para cortar la piel y vestírsela, luego de arrancada a la res, lo

suficientemente fresca para que se ajustase y adhiriese convenientemente al cuerpo humano.

La opinión expuesta por Letourneau, y algunos otros pensadores, estimando como origen de los vestidos la necesidad de defenderse no sólo de las inclemencias atmosféricas, sino contra las picaduras, está desmentida por la experiencia diaria: basta observar el horror a la vestidura con que buscan sus carnes debajo de la camisa o de los calcetines los varones, y la precipitación en retirarse a las habitaciones excusadas para restaurarse la epidermis, las señoras, cuando son víctimas de alguna picadura.

Picaduras.

No me permitiré molestarla con extensas adiciones de datos etnográficos al efecto de confirmar la insubsistencia de esa supuesta necesidad de los vestidos; sólo añadiré que la ciencia moderna, merced a su método, sólo reputa verdaderos los hechos comprobados por la experiencia; que por los datos así obtenidos, conoce la evolución y ha determinado el origen y transformaciones de las especies, y que, si bien es cierto que carecemos de todo documento paleontológico o de cualquiera otra clase, que nos proporcione la menor indicación de ciertos acontecimientos prehistóricos, es indudable que en la prehistoria han debido ocurrir todas las variaciones profundas indispensables para que la ciencia moderna no sea una patraña, y en consecuencia, podemos sentar como hecho científico que en esa desconocida edad hubo un momento

Más acerca del método y sus resultados.

en el cual la evolución produjo al primero de nuestros antepasados con caracteres propiamente humanos—dos pies, dos manos, actitud vertical, apto para la guerra, para mentir y para beber alguna especie de líquidos alcohólicos—y que ese bicho estaba de sobra abrigado por las espesuras de sus mangas pelambres. Todavía nos demuestra más la prehistoria: que ya la primera hembra de esta especie ancestral era menos velluda que el varón, lo que en el lenguaje de la naturaleza significa su menor impresionabilidad a la temperatura ambiente, y explica, y aclara, la insistente inclinación de la mujer a deambular por las calles en camisa y hasta con la menor cantidad posible de camisa; así como el testimonio de que en cambio su cabellera era más hermosa y abundante denota que ya entonces había algo en la cabeza de la mujer que llamaba la atención poderosamente.

*Refutación
a Teufels-
dröckh.*

Hace algunos años, un colega mío observó que: “el primer objeto de los trajes no es la necesidad o la decencia”. “Miserable era, en verdad—dice—la condición del salvaje aborigen lanzando miradas de fogosa indignación bajo su mata de pelo, que con la barba llegaba hasta la cintura y colgaba en torno de él como una capa tejida: cubierto el resto del cuerpo por una espesura natural.” (Die Kleider, ihr Werden und Wirken; von Diog. Teufelsdröckh, I. U. D., etcétera, Stillschweigen und Cogn^{to}. Weissenh^{two}, 1831.)

Pero aquel profesor—también sociólogo de

sensibilidad vibrátil al interés femenino, aunque sin la especialización de que exclusivamente en mí podrá usted hallar ejemplo en la biografía sociológica—erró al entender que el objeto de los trajes “era el adorno”.

No. ¿Podrá ser el adorno el objeto, criterio o principio para que vistán trajes las muchedumbres misérrimas, rutinarias y desilusionadas de los más oscuros rincones del tiempo y del espacio? ¿Podrá ser el adorno el objeto de que se equipe a miríadas de hombres enviados durante todos los tiempos por cualquier despotismo a perecer en la matanza de las batallas? ¿Acaso podrá ser puramente el adorno objeto que persiguen la púrpura de los príncipes eclesiásticos; los hábitos ásperos y las tonsuras penitenciales de los ascetas; las togas, encajes y golillas de los magistrados; los sayos colorinescos de los vendugos; las corozas, capuchones y sombreretes de los reos?... Si el adorno fuese final objeto del traje, ¿cómo la dama elegantísima que embellece igual que un monumento la ciudad y los salones, podría permanecer hasta las horas de la tarde, cruzando ante los espejos de su casa, sin más calzado que unas pantuflas, ni mejor traje que alguna bata manchada y desteñida, los cabellos enmarañados y el rostro descompuesto, ayuno de agua?

Mi colega no ha tenido acierto. Barrunta, pero no elucida el corazón del asunto. El adorno no es *principio* ni *finalidad*: es instrumento, es el traje mismo. El objeto del vestido y del ador-

*La esencia i ndu-
mental.*

no es la *expresión*. La comunicación o exteriorización de algo capital, íntimo y personalísimo de quien se adorna; he ahí el verdadero principio fundamental de las modas.

Expresiones y recuerdos.

Así, el guerrero primitivo, fuerte y relevante, saturado del sentimiento de pujanza y prepotencia, se expresaba en las terribles figuras de su tatuaje y atravesándose en el rostro ostentosamente los incisivos de alguna feroz bestia por él cazada; las mujeres espartanas manifestaban su austeridad y su fecundidad patrióticas tomando parte, desnudas, en los cívicos ejercicios de agilidad y fuerza; los bufones anunciaban su condición festiva y desenfadada con caperuzas y cascabeles; los fariseos proclamaban su adhesión a la ley con visibles inscripciones escriturarias; y los egipcios, por su creencia en otra vida que esperaba a los muertos, construyeron sus indestructibles monumentos funerarios y depositaban en las tumbas a la mano de los cadáveres, suntuosos vestidos, agua y alimentos.

La expresión de caras y manos y el disimulo de guantes y anteojos.

La cara y las manos, supremos actores en la expresión humana, por ser agentes expresivos es por lo que no necesitamos vestirlos, y así se comprende que el pueblo artesano, cuya condición psicológica más típica es la franqueza, aunque en siglos remotos usase, sólo, claro está, como de utilidad para algunos oficios, los guantes protectores, perdiere fácilmente la costumbre, y sea difícil en los tiempos presentes lograr que los empleen electricistas, picapedreros y otros ofi-

ciales; mientras la diplomacia, actividad sutil, toda recodos, sinuosidades y disimulaciones, ha considerado siempre los guantes como inseparable anejo, hasta el extremo de que un inventario descriptivo de los millares ofrendados con motivo de enlaces principescos, embajadas, alianzas y paces, sea cortejo inseparable y complementario de la historia de los tratados internacionales. Otro tanto puede decirse con respecto a los anteojos, que el pueblo apenas usa, aun en los oficios que los requieran, y que la diplomacia adora.

La expresión es, pues, el principio fundamental de las modas. Ya Platón y Aristóteles lo habían columbrado, señorita; pero, por más que nos cueste reconocerlo a los sabios modernos que estamos...—¿cómo podré decirlo compendiosamente?...—que estamos... de monos con la Escolástica, es lo cierto que la filosofía medioeval lo ha hecho constar con una fineza de percepción y una penetración de juicio, a los que no tenía ningún derecho. En efecto, señorita, abra usted la *Summa Theologica Thomasin aquinattis, secunda secundae, questio CLXVIII, art. 1*, y leerá: “que los movimientos exteriores son signos de la disposición interior, según aquello (*Coeli*, 19, 27): el vestido del cuerpo y la risa de los dientes y el andar de los humanos, muestran lo que cada uno es”; pase usted, señorita, a la *questio CLXIX, art. 1*, y en la respuesta a la tercera objeción, encontrará: “que el ornato exterior es indicio de la condición humana”, y todavía

Santo Tomás, las modas y los cursis.

cuando vaya usted leyendo el *art. II*, en la respuesta a la cuarta objeción, hallará: "que pueden lícitamente adornarse las mujeres según corresponde a su categoría social".

Es inaguantable que reaccionarios como ese Señor Angélico, anterior a Bacon y Descartes, y sin método ni carácter científico, por consiguiente, se hayan metido hasta en las modas, para dejarnos en ridículo con sus culminantes aciertos a sociólogos sapientísimos que no vacilamos en interrogar a los propios antropopitecos para establecer las clases de agujas con que se cosieran las pieles los habitantes de la Tierra del Fuego. Porque el acierto es, desgraciadamente, indiscutible. Ya ve usted; ese concepto según el cual la apariencia externa refleja la disposición íntima, da la clave para comprender la difusibilidad y valor cultural de la moda, puesto que la *expresión es comunicación* y el gran efecto psicológico de la comunicación, es la *imitación*, es decir, el *mimetismo* de la psicología; por donde se explica que en las sólidas monarquías pasadas el prototipo de las modas fuesen reinas y damas y en las libres democracias modernas sean las *cocottes*. Y si a ese acierto añade usted la adecuación del vestido a la situación social, queda en evidencia hasta la entraña del fenómeno universal llamado *cursejería*, *snobismo* o de mil maneras, y que resulta no ser otra cosa sino una apariencia de elevación mayor de la real y verdadera, reflejo del íntimo y desordenado anhelo de subir.

Verificado el principio fundamental, expondré a usted una sinóptica clasificación de las formas históricas en que se ha expresado la humanidad a través de las modas. Sirven de base a la clasificación los dos grandes géneros de la preocupación humana: *materia* y *espíritu*. Porque nunca han faltado personas obcecadas en la creencia de que los individuos de la especie humana tienen espíritu, como si la realidad no pusiese constantemente delante de sus ojos pruebas irrefutables de todo lo contrario...

Bases de clasificación.

Dentro del primer grupo o *materialista*, están comprendidas las expresiones diferenciales siguientes:

Síntesis de las modas materialistas.

(a) *Riqueza*: que se caracteriza, objetivamente, por la *calidad* de las telas, pieles y demás elementos, y por el *número* de los trajes, sombreros y prendas; subjetivamente, por la *fe* en modistos, sombrereros y artífices y por la convicción de que debe pagárseles los *precios* de sus arbitrarias tarifas.

(b) *Novedad*: que se caracteriza, objetivamente, por la estridencia *llamativa*; y subjetivamente por el desarreglo de la *imaginación* y la *impertinencia* con los artífices y con todo el mundo.

(c) *Naturaleza*: cuyas características objetivas son la *apoteosis* y la *socialización de la carne*; sin que tenga fondo subjetivo, porque la *inconsciencia* y aun la *desvergüenza*, son nega-

ciones, y el *instinto*, siendo puramente bestial, no es psicológico.

(d) *Igualdad*: cuya caracterización objetiva es el *gregarismo* o *borreguismo* y que subjetivamente exige *estolidez* y la *emulación*, frecuentemente envidia, peculiar de los estóolidos.

*Naderias
espiritualis-
tas.*

El segundo grupo o *espiritualista*, carece de importancia, naturalmente. Sus expresiones diferenciales son el *decoro social* y la *decencia individual*; nada...

Es cierto que hay un grupo excepcionalísimo, profundamente individualista, que se fundamenta categóricamente en las dos modalidades espirituales de *decoro* y *decencia*, combinando, además, con criterio ecléctico y eventual, las materialistas bajo sus graduaciones moderadas de *costumbre* en vez de *igualdad*, *gentileza* en lugar de *naturaleza*, *originalidad*, en sustitución de *novelería*, y *dignidad* más bien que *riqueza ostentosa*. Llamam a este grupo, indistintamente, *artístico* o *del gusto*. Pero estuvo siempre bastante desacreditado por abundar en él personas de poco dinero y porque es inimitable.

Tengo entendido que entre los adeptos de este grupo se han destacado recientemente algunos, pretendiendo crear una matización *nacionalista*. No prosperará. Lleva ese proyecto consigo varios vicios constitucionales. Es muy *espiritualista*, es opuesto al *internacionalismo democrático*, es *patriótico*, y hasta augura cierto odioso *proselitismo*. También exigirá para introducirlo y sostenerlo, mucha cultura, mucho

ingenio y mucho talento. ¡Está herido de muerte antes de nacer!

Siempre habrá abundantes ejemplares del personaje, vestido primorosamente a la moda inglesa, de quien preguntó al verle un duque de Aumale: —¿Quién es aquel caballero inglés?— Y del cual, habiéndoselo dicho que no era inglés, añadió: —¡Ah!; entonces es un imbécil.

Se pretende a menudo olvidar importantes consideraciones científicas, distinguiendo la talla y morbideces de la española, la blanda carnosidad flamenca, la sequedad huesuda de la inglesa; es indiscutible que la pantorrilla de ésta tiene una situación más elevada que la de las francesas... Pero, en fin, señorita, yo no sé si la sociología debe descender hasta esos detalles...

Es un error de muchos pensadores atribuir a las modas no sé qué vigoroso y liviano carácter de *feminidad*. ¿Quizás no era femenina la mujer griega, a cuya inspiración brotaron los primeros destellos líricos de la poesía clásica? Pues en la sencillez de las túnicas griegas apenas existía diferencia para las de la mujer y las del hombre. En el transcurso de los tiempos, ni los colores, ni la riqueza, ni la extravagancia distinguieron diferenciándolos, trajes del uno y otro sexo; antes bien, la preferencia de las actrices contemporáneas para vestir los indumentos masculinos que pajes y caballeros usaban en pasadas edades, revela su mayor adecuación a lo que hoy suele entenderse por *feminidad*. Qué

Una revolución in-comprendida.

más, ¿no ha pasado hasta el tiempo presente, carbalmente en la bizarra y varonil clase militar, un gusto manifiesto hacia los encorsetamientos y el adorno de los colores?

Lo que perturba el pensamiento de esos observadores superficiales es el contraste contemporáneo entre la monótona uniformidad de la indumentaria varonil y la variedad pintoresca y fastuosa de las modas femeninas. No reparan en que ese contraste es consecuencia de una profunda revolución, de fecha recientísima. Esa revolución, puramente masculina, se cifró, precisamente, en un detalle indumental; y es prueba incomparable del oficio expresivo de las modas.

Significado de los sombreros.

De todas las prendas del humano vestido, ningunas tan inútiles como las empleadas durante todos los siglos para cubrir la cabeza. Excepción hecha de los casquetes de cuero o de hierro, felices defensas en las batallas, todos los demás sombreros y gorras, de cualquier clase y forma, carecen de verdadera utilidad: el pudor no tiene por qué recomendarlos; la inclemencia atmosférica los vence siempre, sea con los rayos ardorosos del sol que los burla, sea con la furia del viento que los derriba, ya con las lluvias y las nieves que los empapan, deforman y deterioran, sin que por ello nos eximan de la humedad y sus molestias. Ni el buen gusto es atributo esencial, y aun generalmente, ni siquiera circunstancia accidental, de esos instrumentos de tocado. En realidad la cabellera natural sería

el mejor cubre-cabezas desde cualquier punto de vista que se le considere. Y, sin embargo, la humanidad de todos los tiempos ha preferido quedarse en casa a presentarse en público sin gorra o sin sombrero, y dentro mismo de la intimidad doméstica es copiosísimo el número de personas que no podrían conciliar el sueño si les faltase el *gorro de dormir*. Es que el cubre-cabezas entre todos los instrumentos indumentales, cifra y expresa como ninguno los ideales y los conceptos políticos. Para una empresa de valor, podrá servir la camisa, como a Julián Romero, el hazañoso, y sus soldados, en el asalto inmortal al campamento de Guillermo el Taciturno en Harnignies, cerca de Mons; pero si los conceptos políticos son el estímulo de la acción, no puede prescindirse del cubre-cabezas. Así nos lo demuestran la *guerra de los sombreros*, de Suecia, y los tocados de los *'mendigos* de la sublevación flamenca, los *gorros* de la revolución francesa, los *chambergos* del *motín de Esquilache*, la *boina* del carlismo, y el *panamá* nacionalista.

Los monárquicos positivistas franceses blan-
den como postulado de la física social que la mo-
narquía es una institución que permanece in-
commovible durante trece o catorce siglos; pero
en realidad el hecho es que la monarquía subsis-
te mientras los reyes no se destocan la corona;
la revolución inglesa no pudo desahuciar a la
monarquía por la terquedad realista de Carlos I
y la coronación hecha en el mismo día que rodó

*No hay mo-
narquía sin
corona.*

su cabeza, de su hijo D. Carlos II; en cambio en el instante que Luis XVI se puso el gorro frigio, fué sepultada la monarquía francesa. La fiebre política de muchos siglos se tradujo en actos de indefinida variedad para ponerse los hombres una corona sobre la cabeza imperial, real, ducal o de cualquiera jurisdicción—; cuando la experiencia de tantas centurias hizo comprender a las muchedumbres que no había esperanzas de satisfacer a todos en esa contradanza, entonces fué cuando el *bonet rouge* jacobino se manifestó como símbolo de la *igualdad*.

Democratización de la moda masculina.

Su triunfo explica la uniformidad del vestuario masculino contemporáneo; hoy la gala máxima del varón, es el traje negro; el supremo tocado, la chistera, absurda, lúgubre e inexpressiva. Todos los ideales han desaparecido, o están atraillados y sumisos al imperio de la socialización democrática. A cada hombre moderno le basta expresar que él es un verdadero demócrata.

Indumentaria política femenina.

Las mujeres no han hecho todavía más que iniciar su revolución. Cuando sintieron algunos vagos anhelos de igualdad política, aparecieron sobre sus cabecitas por primera vez sombreros de varón; al formular más radicalmente sus reivindicaciones, surgió la indumentaria marmachesa de las *sufragistas*; sustituyendo en los empleos de la policía, de las fábricas y de los oficios a los varones combatientes en la guerra universal de Europa, las mujeres se han

vestido, quizá definitivamente, nuestros pantalones. Así las hemos visto fotografiadas practicando facnas reservadas al varón hasta ahora, en todas las revistas e ilustraciones gráficas del mundo civilizado.

La sociología no ha dicho aún su última palabra acerca del porvenir de esta incipiente revolución. Las *sociólogas* se declaran generalmente por la igualdad; no falta algún sociólogo, ya entrado en años, o en desengaños y... poco simpático—; por qué no he de ser franco?—que se inclina también a ese dictamen; pero crea usted que los sociólogos más presentables no nos resignamos a perder de vista tanta belleza, tanta elegancia, y tanta gracia y tanta alegría...; bueno, y tanto elemento de civilización...

Quedaría incompleta esta carta si no examinásemos otro supuesto *principio* fundamental de las modas. Me refiero al *pudor*.

No necesito decir a usted que sostienen esa teoría algunos reaccionarios que involucran la moral con la sociología.

El pudor es un concepto esencialmente ético y sus leyes son de conciencia, de donde se desprenden consecuencias contradictorias. Cuando la conciencia es inocente, el pudor y la naturaleza se confunden. Así los niños, los personajes paradisiacos y las señoras descotadas. Cuando la conciencia no es inocente, el pudor impulsa a la huida de la naturalidad; así lo demuestran las exhortaciones de los moralistas que han estudiado todas las picardías humanas, y las exi-

*Individua-
lismo e el pu-
dor y socio-
logía de la
moda.*

gencias de los maridos demasiado *vivid*os y consiguientemente recelosos. Es notorio que el pudor no ha influido apenas en la moda, como es incuestionable que las modas han influido constantemente en el pudor. Este principio genuinamente individualista, como nacido de la conciencia, no puede tener generalidad sociológica: note usted que por más ascendiente que disfrutan sobre una sociedad, son contadas las personas que gustan vestirse como los curas y las monjas, y que no faltan señoras que se descotan con el asentimiento de sus maridos, a pesar de que a éstos les saquen de tino los pies desnudos de los frailes descalzos. Las declamaciones contra las desnudeces del vestido femenino, las contradicciones aparentes en que incurren algunas señoras piadosas y bastante ligeras de ropa, etc., etc., son fenómenos de incomprensión de unas y de otras personas; en realidad, repito, el criterio de pudibundez en el vestido es puramente individualista y de conciencia.

Investigaciones científicas.

La curiosidad científica nos ha movido muchas veces a preguntar a las señoras si, según el Proverbio (7,10) podía decirse de ellas con motivo de sus pocos vestidos: "he aquí una mujer, que sale con atavío de ramera, prevenida para cazar las almas"; y puedo asegurarle a usted, señorita, que todas me han contestado que no. Hasta sospecho de algunas que se han enfadado. En cierta ocasión noté que el descote de una dama producía revuelo y murmuracio-

nes entre el público de la Opera; siempre movido por los intereses de la ciencia, procuré acercarme y entablé conversación referente al caso a propósito de la cinta que llevaba sobre el seno; bien pronto tuve ocasión de despreciar a los estúpidos detractores, al informarme aquella señora de que la cinta tenía el pudoroso objeto de evitar que saliese fuera del vestido ninguna porción de su persona. Finalmente, ¿quién no ha observado el escrúpulo exquisito con que estiran las faldas al sentarse y poner una pierna sobre otra la mayor parte de las señoritas? ¿No es ese acto suficiente para justificar su intención independientemente de que, por ser las faldas muy cortas o estrechas o por estar alguien mirando, pueda verse algún detalle de régimen interior mejor o peor definido?

Esta doctrina tiene una contraprueba decisiva: usted sabrá, y si no lo sabe usted será prodigioso, que el hombre, según revela cualquier momento de su conversación, es el ser más impúdico del universo; pues bien, va cubierto de pies a cabeza. Es un defecto de comprensión, y nada más que eso, declamar contra las desnudeces que adorman a tantas señoras. Es exacto que carecen de pudor; pero el error consiste en inculparlas de impudor; se trata sencillamente de inocencia. Si no fuese inconsciente, ¿qué señora se atrevería a exhibirse al lado de su marido, de su padre, de su hermano o de su hijo, con medias invisibles, espalda, pecho y brazos al natural, la camisa en escarparate, de

*Contra-
pruebas de-
cisivas.*

molde todos los bultos del cuerpo, y al sentarse ascendería, descendería y montaría las piernas emulando el arte del tramoyista de los telones? ¡Y qué marido, qué padre, qué hermano o qué hijo acompañarían públicamente complacidos a semejante señora, si padeciesen la más ligera duda de su inocencia?

Invocación doctrinal.

Se está en el caso de "la mujer casada que puede sin pecado adornarse para complacer a su esposo" (Sum. Theol., 2.^a 2ae., q. CLXIX, a II), doctrina que invoco por ser de toda satisfacción para los moralistas, y nadie tiene licencia para suponer que no sea también la que inspira a los varones familiares de esas señoras. Reconozco que hay una segunda parte en la doctrina citada que es del tenor siguiente: "aquellas mujeres que no tienen maridos ni desean tenerlos, o que se hallan en estado de no tenerlos, no pueden desear sin pecado agradar a las miradas de los hombres en forma que excite su concupiscencia"; pero aquí se echa de ver la deficiencia de método en el filósofo, porque yo no sé de dónde podría advenir un método *experimental, verdaderamente científico*, mujeres que "no tienen maridos ni desean tenerlos"...

Unidad métrica del puar industrial.

En rigor las señoras... frescas podrían quedar exentas de la inculpación de impudicia, aunque restringieran sus vestidos hasta el patrón, que pueden tomar de cualquier árbol, con que fue confeccionado el primer vestido pudoroso de este planeta. Sólo podrá objetarse que

como entonces se procedió del más al menos, no hubo apoteosis de la carne, y que estando la sociedad humana reducida a un matrimonio, la socialización ofrecería menos peligros. De todas maneras, se ha de reconocer que resulta bastante explicable la elasticidad de la medida que usan muchas damas para apreciar la pudibundez de sus vestidos.

Termino, señorita, formulando la regla práctica de la moda. Puesto que es una expresión del íntimo anhelo personal, vea usted lo que quiera expresar, y con arreglo a ello deberá componer su indumentaria. No dude usted que toda persona discreta sabrá comprenderla perfectamente.

Ley fundamental de la moda.

Carta a la Signorina Monna Vanna

INQUIRIENDO

EL CONCEPTO DE LA ELEGANCIA

Gentilísima Signorina Monna Vanna:

Egrecia y distinguidísima amiga. Porque acepto honradísimo la benevolencia con que me otorga su amistad.

No sé qué diga para excusar a su consideración la tardanza de esta respuesta. Válgame, ante todo, como descargo de tan vituperable culpa, la carga abrumadora de mis innumerables trabajos científicos y profundísimos estudios! La mayor parte del año las personas que intentan visitarme antes de las tres de la tarde son disuadidas por mis domésticos con la explicación de que estoy en junta; pero no crea usted que me ocurre lo que a algunos hombres públicos cuyos criados dicen lo mismo cuando sus amos están en la cama... Puedo asegurar a usted que han sido óbice a que evacue con más puntualidad la amable consulta que me dirige, los veinticinco tomos de mi reciente obra acerca de la sindicación mixta de los obreros de la navaja de Albacete; la preparación de un discurso para la apertura del Seminario Sociológico Positivista; una contribución a la encuesta del Laboratorio de Ciencias Sociológicas de Río

Excusas y justificaciones.

de Janeiro, y no necesito ponderar lo penosa que suele ser cualquier contribución y encuesta; una contestación a cierto nuevo académico de la Historia, lo que, naturalmente, me ha obligado a buscar con precipitación datos suficientes para dejar entender que sé mucha más historia y hasta más prehistoria que él; y las tareas del Congreso de Etnografía en donde he presentado una numerosa familia de bosquimanos a quienes me ha sido indispensable jabonar antes con bastante detenimiento y pintarlos un poco. luego, porque se habían desteñido tan considerablemente que no parecían auténticos.

*Yo soy un
verdadero
sabio.*

Son obligaciones imprescindibles a los sabios; porque no han engañado a usted, señorita: yo soy un sabio verdaderamente, y lo digo sin embarazo, puesto que lesionaría los justos derechos de mi patria si lo disimulase privándola de la gloria que la proporcione ante el concurso de los pueblos civilizados.

Yo he resuelto el problema y formulado la ley de equilibrio de las finanzas privadas en su relación con las públicas; yo he sobrepujado a Malthus, deduciendo entre la progresión geométrica del crecimiento de poblaciones y la aritmética del aumento de la riqueza, un logaritmo más feliz que el de asesinar a los niños, y ¡vea usted la difícil facilidad del genio!, se trata sencillamente de asesinar a los padres. Es enorme el número de mis publicaciones y todas pesadísimas. Yo tengo una filosofía nueva, una sociología nueva, una matemática nueva, yo soy el pa-

dre de la tecnología, y no dude usted que así como recientemente se ha puesto en claro que Colón era judío y para ocultar esta mancha de origen se hizo pasar por genovés, no obstante haber nacido en Pontevedra, día vendrá en que la antorcha de la investigación alumbrará la superchería de ese hombre y se rinda el debido tributo a la justicia, reconociendo que soy yo el único e indiscutible descubridor de América.

*Una des-
gracia.*

Digo todo lo que antecede con la mayor modestia, que ha sido siempre atributo de los sabios, y sin otra intención que la de excusar ante usted, excelsa señorita, tanto la tardanza de la contestación, cuanto la imposibilidad en que por primera vez en mi larga carrera científica me veo de esclarecer alguna cuestión y de evacuar una consulta.

*No está en
casa.*

He revisado mis ficheros; he revuelto las bibliotecas, los museos y los catálogos; he consultado los diccionarios enciclopédicos y preguntado a mi dulce esposa, ¡quienes tantas veces me han proporcionado la feliz orientación de que carecía!, y, ¡nada!, señorita, no he logrado saber qué es la elegancia.

*No está en
Grecia.*

No puede usted calcular la tragedia de esa investigación a que inútilmente me he entregado, por complacer a usted y para no empeñar mi reputación de hombre de ciencia. Los primeros pasos me condujeron a Grecia; a los tratados históricos referentes a la Grecia antigua,

naturalmente; devoré los tomos del Curtius; ya ve usted, ¡el Curtius!, una obra notabilísima que cuenta muchas más cosas griegas que todos los catedráticos gregorizantes juntos—puede usted adquirirla en una holandesa muy presentable por ocho pesetas—. ¡Nada!...

Hojéa el *Viaje de Anacarsis*. Señorita, el *Viaje de Anacarsis* es un libro que reproduce íntegramente y al detalle la vida griega del tiempo culminante de Pericles, que no fueron un tiempo, ni un Pericles pajas cualquiera... ¡Nada!... Verdad que ese libro ha sido padre y madre y ubre sin fin, donde no ya los eruditos posteriores, sino que la propia Grecia antigua ha entrado a saco y robado algo; acaso conceptos sobre la elegancia que ahora no parecen...

Doy a usted mi palabra de honor de que Homero no ha oído hablar jamás de la elegancia. Ni Plutarco. Ni todavía menos el erudito Diógenes Laercio, que era indudablemente un pobre hombre capaz de conulgar con ruedas de molino: ¡es de ver qué cosas cree y nos cuenta!

He llegado a la convicción de que entre una gente, como los griegos, que se atracaba de aceitunas y se untaba de aceite, no puede haber existido la elegancia.

Estéril inquisitoria.

Después no ha habido autor, ni civilización antigua o moderna que no haya husmeado. Desmayado, burbujeando de fatiga nerviosa como un sifón de agua carbónica, encontraba a veces la palabra: todos los sentidos se me despertaban, me acentaba el anhelo, leía a la manera que si

ventease un rastro... y, ¡nada! El concepto no estaba en ninguna parte.

Todavía me quedaba el pequeño campo de investigación de la bibliografía moderna, que no pasará de unos doscientos billones de volúmenes. Lo he leído todo: la *Estética* de Baumgarten y el *Asesinato considerado como una de las bellas artes*; la *Historia de las ideas estéticas*, de Menéndez Pelayo; *Las siete lámparas de la arquitectura*, de Ruskin, y el *Vogue*, *Chiffons*, *Phémína*, *La Moda Elegante*, todos los periódicos y revistas más propios voceros y definidores de la elegancia... ¡Nada!: juegos de palabras contradictorias, vacíos, sin sentido... La fiebre enloquecía mi cerebro; atravesaba las calles buscando en los letreros de las tiendas, en los anuncios luminosos, en las estrellas del firmamento, hasta en los chispazos eléctricos de los tranvías... una idea, un contraste que sugiriese alguna inspiración.

Investigación huracanada.

Sentiría alarmar a usted—ya pasó, no ha sido en realidad cosa de cuidado—, pero debo confesar, como elemento de justificación, que, según era de presumir, cuando caminaba en estado tan lamentable fui atropellado por un automóvil en la vía pública.

¡Otra desgracia!

Conservo muy confuso recuerdo de lo que ocurrió; sólo sentí aproximadamente la impresión de como si yo fuese alguna carta y me pusiesen de pronto sobre el vientre un sello ex-

esivamente empapado de saliva tibia y le asegurasen con un pañuelo inmensamente gigantesco. Después, la primera nueva sensación fué de ahogarme dentro de una atmósfera irrespirable de dama perfumada.

*Faseo en
auto perju-
mado.*

Se trataba efectivamente de una señora hispanoamericana, dueña del auto de que yo era víctima, quien amablemente, sollozando, tenía la bondad de conducirme en su propio carruaje al inmediato puesto clínico de socorro para que me encolasen, si era posible, y procurasen de algún modo guardarme dentro todo lo que se me había salido y nos quedaba a mano.

Me parece recordar que en el asiento, a mi lado, metidos en el sombrero de copa, llevábamos algunos intestinos. Eran el único motivo de que tal cual vez me resultase grato el profuso perfume de la dama.

Entre lágrimas procuraba sincerarse conmigo: —Crea, señor, que el chico no quería. ¿Cómo iba a ser su idea que se emporease tan repugnantemente un coche nuevo? Cotiza ochenta mil francos y ya está de desecho, porque aunque lo baldeen le quedarán microbios y me da asco. Puede usted tomarlo, que se lo cedo con gusto, aunque sólo sea por el mal rato. Cuestiones de plata no nos importan, y para usted no pueden ser tan repelentes las manchas de sus propias grasas. Le será muy útil en la convalecencia, que resultará un poquito larga... Sí; porque aunque le metan con cuidadito todas estas cosas, tardarán en asentarse y fraguar dentro.

Se hizo difícil trasladarme del coche. Me dolieron en varias direcciones, sin feliz resultado; salía mal y de todos modos se me vertía algo. Perdí nuevamente el sentido cuando comenzaban a enrollarme, y ya no lo recobré hasta después de hallarme en la mesa de operaciones.

Nadie me atendía, porque la dama americana, arrogante y hermosa a pesar de sus años, cautivaba el ánimo de todos los presentes, en parte con sus joyas espléndidas y sus pieles fastuosas, en parte con su magnificencia prodigalísima. Mientras repetía sus excusas y reiteraba la voluntad de cedarme el automóvil en plena propiedad, iba extendiendo cheques de su cuadercillo y repartiéndolos como gratificaciones a los camilleros, ordenanzas y médicos, recomendándoles una exquisita asistencia. Por último, se dirigió a mí, y luego de interesarse por mis dolores, solemnizó en términos categóricos su donación del auto y me ofreció otro cheque por valor de cincuenta mil pesetas. La emoción que el suceso me produjo fué completamente desinteresada y puramente admirativa: mi voluntad era rechazar los donativos, pero me faltaron las fuerzas. Las fuerzas físicas, naturalmente.

Cuando desapareció dejando en todos los ánimos la más asombrada estupefacción y un hábito perfumado en el ambiente, comencé a pensar que aquella señora podría darme la clave de la elegancia.

Detalle.

Luz cegadora.

Pero, de pronto, se turbaron mis reflexiones al escuchar esta frase brutal a uno de los médicos:

—Vaya una tía ostentosa...

—Rastacuerismo americano de pura cepa— añadió otro.

Convalecencia y digestión.

Durante los tres meses que permanecí en el lecho, inmóvil, después que fui trasladado a casa, tuve tiempo y tranquilidad para deglutir la masa copiosa de lecturas. Ordené, clasifiqué mejor que nunca mis conocimientos, los purgué de errores que mi relativa ignorancia había antes profesado; aclaré definitivamente muchas cuestiones obscurísimas. Entonces fué cuando dicté los veinticinco tomos de mi reciente obra y hubiera podido producir libros profusamente fundamentados sobre toda clase de materias. Pero ni una sola noción acerca de la elegancia.

Escepticismo.

He llegado a la conclusión de que ese concepto no se ha formulado jamás en el mundo. Cuantas veces se ha escrito, pronunciado o utilizado *in mente* la palabra, ha sido vacía de sentido, o con un sentido completamente usurpado e impropio.

Triunfo de la vocación sobre el fastidio.

Menudearon las visitas durante la convalecencia. La envidia fomentaba el prurito de verme. Sí, señorita; la curiosidad que inspiraban el cheque y el automóvil, el deseo de que la noticia, por todas partes propalada, no fuese cier-

ta, o a lo menos, el consuelo de convencerse de que la encoladura que se me había hecho no resultaba suficiente para que disfrutase de aquellos inopinados bienes de fortuna, y la codicia de compartirlos, llevaron mucha gente a casa. Pero yo no estaba en disposición de reparar en menudencias de ese carácter, que, por otra parte, son cosa corriente, sin necesidad de que se consunen un atropello y una potentada dadivosa. Mi preocupación, hombre de ciencia al fin por temperamento, estaba en su consulta.

Uno por uno fui interrogando a todos mis visitantes: ¿Qué le parece a usted que es la elegancia?

¿Qué es la elegancia?

—¡La elegancia! ¡Ah!, sí; pues...

Todos empezaban lo mismo, pero acababan siempre diciéndome que la elegancia era... otra cosa.

Dictámenes.

Para la amable dama del automóvil, que me visitó bondadosamente y a quien propuse la cuestión, la elegancia era la ostentación y el derroche. No pude menos de admirar el ojo clínico de aquel médico de la clínica de socorro.

Para un marqués, colega mío de Academia, la elegancia era la aristocracia y la aristocracia los Tiñán de Melón, familia hidalguela a que pertenecía.

Para arquitectos y pintores, era riqueza y arte.

Para mis sobrinitas era la moda; para mis sobrinitos era... la distracción.

Para el preceptor de mis hijos, que lo meditó

algún tiempo, venía a ser un resultado de la alimentación succulenta con excesos de carne y de buenos licores.

En fin, señorita, para los bosquimanos, a quienes procuré hacer comprender la palabra cuando vinieron a despedirse, la elegancia era una broma.

¡Ha sido infructuosa toda mi labor! No se me puede pedir más, puesto que he estado a punto de perder la vida en aras de la ciencia investigando estérilmente el concepto de la elegancia.

*Remem-
branzas
evocado-
ras.*

Recogiendo mi espíritu en las horas del crepúsculo vespertino propicias para la evocación y las meditaciones, lo único que he logrado obtener son algunos recuerdos desordenados y dispersos de ciertas impresiones de la elegancia, recogidas durante el largo lapso de mi existencia.

El paso de una charolada carretela de ruedas con gomas, portando una dama sentada en el rincón izquierdo, graciosamente envuelta en la manta, acomodando el guante a la manita, empolvado el rostro con finos afeites, coronada por un sombrero de enhiesto y ligero penacho verde...

El buen tono de faldas frufulantes al entrar en la repostería y los deditos erizados manejando un pastelillo de *chantilly*; las cabezaditas y gestos al hablar y mascar; la gentileza de chupar el almíbar monísimamente en los dedos afilados y la lindeza de limpiar los pliegues de la boca insistentemente con un pañolito de encajes...

Un fluido gorgoriteo de las conversaciones de las damas en los teatros, sacando la lengua de diez en diez palabras las jovencitas y enseñando los dientes las maduras o las dentaduras las ancianas.

Hacer paseo aparte en el andén del sol en estío y en el de la sombra en invierno.

Llevar desabrochado el último botón del chaleco, o todos los de una manga, o sólo el del centro de la chaqueta, o corta por debajo de la cintura, o los pantalones recogidos y con vuelo en el vientre, como las embarazadas...

Un mosaico de pieles de fieras y pieles de rosa desfilando imperturbable por las aceras más concurridas de varones...

Algunas canillas, algunos calzados, algunas ojeras...

Algunas neurastenias, algunas risitas, algunas despeceiones, algunas copas de *whisky* con soda.

La gentil silueta de una doncella atravesando el gabinete con un servicio de chocolate y tres novelas mientras esparcidos sobre el tocador abundan almohadillas y rizos, y se oye a la perrita ladrar en la alcoba...

Yo, que soy un verdadero sabio, no puedo decir a usted otra cosa acerca de la elegancia. ¡Oh!, egregia señorita...

Carta a la Srta. Virtudes Hornilla y Malla

ACERCA

DE LAS LABORES MAS CONVENIENTES

Srta. Virtudes Hornilla y Malla:

Mi discreta amiga. La consulta de usted entra de lleno en el campo de la sociología. Pasan de seiscientas mil las traducciones de estudios acerca del trabajo que yo he leído, demostrando prácticamente interesarme por el tema. El trabajo es la base de la economía y por lo tanto de la interpretación y del progreso del mundo. *Labor omnia vincit*, decía con Virgilio la antigüedad, *labor ipse voluptas*, añadía su paganismo, y hasta los cristianos proclaman la máxima: *ora et labora*. Reconozco que algunos, mejor dicho, que todos mis colegas, adoleciendo de cordedad de miras y traicionando al sacerdocio augusto de la ciencia, temen comprometer la gravedad descendiendo, como ellos dicen, al aspecto concreto de su consulta. No dude usted que me complace la ocasión de poder repetir que mis colegas son unos idiotas. Y crea que la verdadera sociología y el único acierto al profesarla, están exclusivamente de mi parte.

Traducción y espíritu de cuerpo.

La preocupación de usted acerca de los trabajos en que debe emplearse una señorita es

Diaria historia de un día.

nobilísima y su determinación de consultar el dictamen científico no puedo ser más atinada.

Declara usted que no es feliz su vida, que padece desigualdad en el humor, y, muy discretamente, intuye que todo se debe a la falta de ejercicio y de actividad laboriosa. Bañarse, leer la Prensa y alguna obrita literaria, dar un paseo matinal; las comidas, el paseo y las visitas de la tarde; los espectáculos, los *rendez vous* y el descanso de la noche, además de las seis u ocho horas de reposo de la siesta y en la butaca, no hacen feliz su ánimo.

Los enfermedades, la obesidad y la Naturale-

Naturalmente; hay en usted un exceso de calorías inutilizadas, las toxinas aumentan extraordinariamente y no se eliminan; pierde usted agilidad muscular y vigor nervioso, rompe usted el ritmo del cuerpo con la mente, su observación suscita la melancolía y la melancolía los temores infundados con apariencias fantásticas de remordimiento, quiere usted huir de sí y no encuentra fuerza ni medios, la circulación se irregulariza, el ánimo se atedia, caerá usted en la debilidad irritable, llegará a las crisis, y enfermará o acabará siendo una señora estúpida y demasiado porda. Porque la sabia naturaleza, al inerte que no suprime, le engorda, para que el mayor esfuerzo de moverse le sirva de compensación hasta cierto punto. Es lástima que no pueda disertar en esta carta acerca de los efectos mecánicos, físicos, químicos, fisico químicos, y fisico-químicos-psíquicos, del trabajo: he leído otras seiscientas mil traducciones sobre la

materia... Me limitaré a sintetizar en algunos ejemplos.

Alegria de algunos disgustos.

Figúrese usted que sale a la calle para no sufrir por más tiempo las acrimonias domésticas. Su estado de ánimo no puede ser más deplorable; aunque pretende mudar de pensamientos, no lo consigne: continúa usted oyendo la voz terrible de su padre cuando amenaza pegarse un tiro, la respuesta sarcástica de su madre que lo pone en duda, la réplica apocalíptica paternal variando de puntería y asegurando que el tiro se lo pegará a su cónyuge, la carcajada histérica como duplica los llantos simultáneos y clamorosos de toda la demás familia, el movimiento, las rápidas y sordas exhortaciones de la servidumbre buscando los sinapismos, preparando la botella de agua hirviendo, desabrochando las ropas y conduciendo a la cama a la paciente; entonces surge su abuelita como un torrente de energía que exclama: "Caballero. ¡Ha asesinado usted a mi hija! ¡¡Es usted un canalla!!" De súbito la tocan a usted en el hombro y se encuentra frente a un hombre mal encarado, a quien poco falta para que se la escape apostrofar diciendo: "¡Caballero! Ha asesinado usted..."; pero se contiene observando que la ofrece los guantes o el pañuelo, perdidos, en la explicable distracción, pocos pasos antes; y atropelladamente urde usted cualquier frase de gratitud que juntamente con su sonrisa resultan en exceso desproporcionadas al

caso. Sin embargo, no cabe dar explicaciones y aquel hombre interpreta a su modo la sonrisa, considerándose autorizado para seguir a usted y mirarla. Su edad es descompasada, la figura, entre ridícula y recelable, el traje y la prestancia merecerían los reproches de su cocinera; particularmente las circunstancias de ser voluminoso, no llevar corbata y traer por debajo de la barba y detrás de las orejas una cinta estrecha negra, bien sea para la sujeción de algún apósito o para la del propio sombrero de paja, le hacen completamente abominable. Ante la perspectiva de tal persecución toma usted un tranvía; aquel hombre también. Se apea usted en la bocacalle próxima; él la imita. Entra usted en seis tiendas y tiene que salir porque se detiene descaradamente en las puertas, hace señas por los escaparates o penetra detrás de usted en los establecimientos. Aligera usted el paso, y pretende hablarla. Sube usted a una casa; pero desiste al echar de ver que trata de conversar con la portera. No encuentra usted más remedio que volver al domicilio, y desde el otro extremo de la población emprende el regreso en carrera desenfrenada. Antes de que logre ocupar el ascensor, aquel fantasma se ha puesto de rodillas a sus pies con el sombrero en una mano y sobre el corazón la otra, pidiéndola que le dirija alguna mirada de clemencia... Ha salido usted con un humor de los diablos, ha pasado usted una mala tarde y se ha llevado varios sustos; a pesar de lo cual, no puede acabar de reír al entrar de nuevo en su casa y la dura varias

haras el acceso de risa intermitente y de alegría constante.

Todo ello es producto del ejercicio.

Al día siguiente la invita a comer una anciana tía, de la que es usted presunta heredera. La regala algunas chucherías y la adula mimosamente durante el largo y lentísimo paseo por el parque de la ciudad. Allí ha encontrado a más de un pretendiente que la interesa y ha flechado a algún otro muchacho no mal parecido. V, sin embargo, entra usted en casa tediosa y abrumada de nostalgia y permanece bastante tiempo sola, a oscuras, en una butaca.

La lentitud del paseo es causa de su mal ánimo.

Melancolía de la lentitud.

Porque no sólo la actividad, sino el modo de ejercitarla, influyen poderosamente sobre la salud y sobre el ánimo. Observe usted en un mismo tranvía: el conductor, inmóvil, parece la estatua del disgusto; si le llama usted desde la calle, no atiende; si sale usted a la plataforma y le ruega que pare el carruaje en la esquina del 28, no vuelve la cara, no replica, no se inmuta, y no da vuelta a la manivela para corregir la marcha acelerada hasta doscientos metros más arriba, deteniendo el estribo sobre el charco mayor de la calle. Cuando llega al término de su itinerario, se echa la gorra atrás y sin mirar a ninguna parte se derrenga sobre cualquier punto de apoyo con la actitud de quien maldice de su estrella. Todo lo contrario al co-

Los dos polos de los tranvías.

brador, que entra y sale, mira a un lado y a otro, ya llama al timbre, ya da la mano a una señora para subir, ahora corta billetes azules, ahora rojos, cambia monedas, sube o baja para enhilar el trolley, hace sus apuntaciones y con todos habla. El cobrador es un hombre rudo y quizás mal educado, pero al cabo de algunas horas de trabajo siempre jovial, que ofrece cerillas en cambio de pitillos a los viajeros, que invita a compartir sus comidas fiambres cuando las saca de debajo de los asientos, que se apoya en las rodillas de la señora que va en el rincón, se vuelve para darla escusas, y torna a seguir apoyándose, y que no obstante sus madrugadas, sus trasnochos, sus catorce horas de jornada, sus reyertas y sus fiambres, tiene en cualquier ocasión para cada rubia o morena de las domésticas que frecuentan el tranvía del barrio, una frase adulatoria referente al buen color de que disfrutaban. Es que en el trabajo del cobrador la actividad está mejor equilibrada.

Desideratum de felices trabajos.

Es un hecho social comprobado que, por virtud de ese equilibrio y ser labor practicada generalmente al aire libre, el trabajo más saludable y animoso es el de los pintores de puertas y ventanas, personas dichosas que siempre cantan cuando trabajan, seleccionando los aires y el compás a medida del tamaño de brochas que utilizan o de la longitud de la pincelada que consideran conveniente, y a quienes no puede por menos de perdonarse algunas barrabasadas pictóricas cuando vienen a marcarles un ritmo sin discer-

nimiento las alegres notas del organillo callejero.

Dadas sus circunstancias, ningún trabajo tan recomendable y conveniente para usted como la pintura de puertas y ventanas. Pero la ciencia necesita acomodarse a las exigencias y condicionamientos que imponen las costumbres, y en atención a ellas, no sería propio que se dedicase a ese género de trabajos una señorita distinguida.

*Transac-
ciones obli-
gatas.*

Esa misma consideración obliga a repudiar como impertinentes las obcecadas pretensiones de algunos padres de familia, que existen todavía, respecto a un supuesto valor higiénico y moral de las faenas prosaicas de la casa, tales como el barrido, la limpieza de habitaciones y, especialmente, el mullido diario de colchones y el arreglo y montaje de las ropas de cama; labores que, aun desarrollando los músculos y favoreciendo la tonificación y aumento de glóbulo rojo de la sangre, en general, no pueden menos de deprimir el ánimo de una señorita al igualarla con la sirvienta más humilde, ocasionándola depauperación y anemia del licor sanguíneo. Por fortuna, esos padres desorientados no tienen jamás éxito y llevan como añadidura en las visitas la justa sanción que merecen.

*Troglodi-
tismo y el
tribunal de
las visitas.*

Exceso decirle a usted que no obtiene de ningún modo mi incondicional aplauso el trabajo culinario. Indiscutiblemente es el hombre, y no la mujer, a quien corresponden por naturaleza

*La cocina
para el va-
ron y el va-
ron para la
cocina.*

e inclinación la ciencia y el arte de la preparación de los manjares. Para ello se requiere tal espíritu de composición, de cálculo y de atención perseverante, que sólo por los estímulos del egoísmo materialista del hombre pueden sostenerse en cantidad y diligencia adecuadas. La mujer, cuya espiritualidad y sobreposición a las cosas de este mundo, hace que pierda el velo, los guantes, la goma de los devocionarios, el abanico, el paraguas y el pañuelo en la iglesia todos los días, y los céntimos para la silla de la iglesia indefectiblemente en casa; que con facilidad se distrae y guarda una punta de cigarro en el paño de peines y el peine lo lleva a la panera, o bien deja prendida una aguja en el respaldo de alguna butaca, lo que acaso haría que nunca volviese a recordársela, si persona de la familia o de las relaciones no llamase sobre ella la atención general al clavársela indiscretamente en cualquier sitio; la mujer, en fin, que sin dificultad incluye dentro del sobre dirigido a su confesor la cuenta de la cocinera y reza reverentemente el rosario de quince dieces delante de un reloj como si fuera el retablo más piadoso del Angélico, de Orley o de Morales; la mujer, digo, no parece poseer dotes psicológicas indicadas para la cocina. Por otra parte, habrá usted observado que mientras es frecuente en los hombres preocuparse con delectación de lo que han de comer, y de los figones, hosterías, etc., en donde se cultiva el suntuoso arte, son raras, si acaso existen, las mujeres a quienes ocurre cosa semejante, siendo más común y

proverbial en ellas la falta de apetencia, el racionamiento insignificante y la preferencia por las fruslerías insustanciales.

Ninguna persona ilustrada ignora que los héroes de Homero, y casi los de todas las civilizaciones primitivas aún directamente ligadas a los dictados de la naturaleza, por sí mismos herían y desollaban las reses y aderezaban los manjares para las comidas. Y es curioso observar que mientras la mujer no ha dejado ningún nombre conocido en la historia de la culinaria, y fuera de el de pila correspondiente a la Petra, la Marcelina y la Dolores que cada familia de la clase media tiene a su servicio, nadie conoce el de una cocinera ilustre, los fastos están llenos de nombres de cocineros insignes de todos los tiempos y latitudes, y en los archivos de la gran cocina francesa han registrado los suyos como cocineros y paladeadores de extraordinarias aptitudes e iniciativas los gloriosos florones de la política, de las armas, del pensamiento y de las letras, y Condé, y Colbert, y Crecy, y Leopold, y Conti, y Parmentiere, y Bechamel, y Faubonne y Monglas, y Borapine, y Villeroy, y Robert, y Chateaubriand, y Gorland, y Montmorency, y Richelieu, y Talleyrand, y Orly, con otros mil, han ilustrado los blasones de su memoria con la gloria monumental de una salsa, de una composición, de una crema o de un sistema entero de preparaciones exquisitas, sin que apenas se encuentre junto a ellos alguna mujer apellidando un plato, tal co-

*Los héroes
cocineros y
los próceres
mormitones.*

mo madame de Meintenon, de quien en el lenguaje chabacano y del día, pudiera en su de cuentas argüirse que era una señora con toda la barba.

*Conclu-
siones e hi-
pótesis.*

La sociología debe establecer definitivamente este hecho de la aptitud propia del hombre para cocinar y de que con arreglo a esa aptitud, él era quien en un principio corría con esos menesteres. Lo que no puede dar por resuelto aún la sociología son el momento y las causas de que hayan mudado, hasta incurrir en el absurdo, las costumbres, y debiéranse formular dos explicaciones hipotéticas, correspondiendo a dos distintas escuelas: la una, afirmando que el egoísmo del varón, deseando ligar sujeta al interior del hogar a la mujer, y al propio tiempo disfrutar él de mayor libertad, fué fundamento de que el hombre obligase a su compañera a encargarse de las faenas culinarias; la segunda hipótesis entenderá que más probablemente el cambio vendría a producirse por la tendencia moderada de las mujeres a mezclarse en todo lo que no entienden, ni debe interesarlas.

*Más tran-
sigencius.*

De todos modos, a pesar de estas observaciones, es materia acerca de la cual no puede menos de transigirse con el estado de las costumbres, y consiguientemente, trabajo es el de cocinar en que cabe aconsejar el empleo de algún tiempo cada dos o tres años a una señorita.

No necesito advertir que ha de ser con la natural prudencia.

Rebeldías.

Así, por ejemplo, no incurrirá en la equivocación lamentable de hacer una mayonesa ni de cocer un huevo; es visto que estos dos sencillos manjares se avergüenzan de ser tratados por manos distinguidas, y, en ellas, la mayonesa se corta o bien la sobrenada el aceite, y el huevo, a pesar de los relojes de arena y de algunas devociones piadosas para medir el tiempo, muestra siempre la rebeldía más recalcitrante a ponerse duro y no romperse dentro del agua.

La selección natural.

Ni siquiera elegirá una señorita cualquier plato de mediana importancia para dedicarle su esfuerzo.

Nada creo más propio de la misión altísima de un sociólogo que dirigir la selección del plato adecuado al caso. En consecuencia, vea usted una lista de los que considero más indicados.

Helados.

Entre los helados, el *parfait* de café, la bomba de albaricque y marrasquino, el granizado de fresas al *champagne* o a lo menos el chocolate helado.

Dulces.

Como dulces, las aceitunas al *Kirch*, las rosas de pastilla a la aniseta y los panecillos de azahar, los macarrones soplados y las rosquillas de cereza.

Entremeses.

De entremeses, las peras en arroz, la fruta de sartén de albaricque; la espuma de café y el timbal de cerezas y manzanas.

*Entradas
y fiambres.*

Como entradas y entremeses fiambres, el *aspic* a la *bellevue*, la pirámide de mariscos, las bolas de perdiz, el *chaudfroid* de galantina de cogujada, el baluarte de anguilas, los canapés de caviar y la concha de atún.

*Huevos y
hortalizas.*

De huevos y hortalizas, las trufas con vino de *champagne*, los cardos al tuétano, y las tres tortillas.

Pescados.

Pescados, el salmón a la *Chambord*, las truchas con lechecillas fritas y las ranas a la *poulette*.

Caza.

En caza, el gallo silvestre, ortegas, becafigos y hortelanos asados, puré de perdices con huevos de avefría, cartuja de perdices, y el jamón de jabalí con salsa de montería.

Aves.

Para aves: salmís de muslos de pollo de ánade, *foies-gras* claveteados al vino de Madera, pollos con manteca de cangrejos y pava con *chipolata*.

Carne.

Carnes, los epigramas de cordero con puntas de espárragos, cerdo asado con puré de castañas, silla de carnero con puré de apio, orejas de ternera a la tortuga y ternera mechada con cebollas cuajadas y puré de achicorias.

Hors d'œuvre.

Hors d'oeuvre: ramequines, muñuclos de que-

so, crestas de gallo rellenas, Orly de araña de mar, y croquetas de gazapo.

Sopas: la alemana de cominos, la de rabo de vaca, la sopa de tortuga imitada, la sopa de cebada con nata y la de nidos de golondrinas.

Todos ellos son platos propios de una persona distinguida y ante los cuales quedará confusa la Petra, la Marcelina o la Dolores correspondiente.

Sopas.

Quizá ninguno tan propio como el salmón a la *Chambord*, para cuya confección debe usted proveerse de algún monumental libro de cocina, porque una señorita no debe jamás descender a las operaciones de la cocina, sin ilustrarla con la presencia de un sagrado volumen que, naturalmente, será difícil que no reciba inmediato y glorioso bautizo de grasas, risas y otras sustancias comunicativas. Si el libro lo obtiene usted por prestación de alguna de sus amistades, pudiera ocurrir que se retrasara algún tiempo en devolverlo, utilizándolo para las tres o cuatro veces que durante su vida ejerza la actividad culinaria.

Bibliografía de ocasión.

En posesión del libro, elegido el plato y designado el día, la víspera debe usted anunciarlo con solemnidad en la sobremesa del almuerzo, dejar por la tarde dispuesto todo lo que necesita y exigir insistentemente a los criados por la noche, a última hora y antes de acostarse, que

Previsiones y provisiones.

no dejen de avisarla a las siete de la mañana del día siguiente.

Con arreglo a las recetas autorizadísimas de Jules Gouffé (*El libro de cocina*, por Jules Gouffé, antiguo jefe de cocina del Jockey-Club, de París; traducido esmeradamente de la última edición francesa; comprende la *cocina casera* y la *gran cocina*; con 25 láminas al cromo y 161 grabados en madera; Madrid, 1885; XII-846 páginas, en folio, para esa *Chambord*, ración de ocho personas (páginas 607 y 608), debe usted proveerse de lo siguiente: un salmón entero y cuerda para atarle la cabeza; una gran cacerola pescadera, con su rejilla, capaz para la cocción del salmón. Un kilo de ternera, un kilo de jamón de Bayona, medio de tocino gordo, cuatro zanahorias para rodajitas, cuatro cebollas medianas, cuatro hojas de laurel, una rama de tomillo, cuatro cebolletas, dos botellas de vino de Madera, cinco litros de caldo de salsas y otra cacerola: todo esto, para hacer el *mirepoix*—páginas 409 y 410. Hojas de papel y manteca para untarlas, dos o tres kilos de sollos para las *quenelles*, otros tantos de carpas para las lechecillas y setas y trufas abundantes: esto para componer el aderezo. Tres kilos de pescadillas, otros dos de sollos, un mero, cebollas, manteca, vino blanco, *consomme* de pescado, zanahorias grandes, ramillete surtido al que no debe de faltar la pimpinela, sal y pimienta molidas, manteca clarificada, harina, caldo de pescado, otra cacerola y un cedazo: esto, todo, para hacer la salsa española de vigilia—páginas

402 y 403—; además de la sustancia de trufas y setas para reducirla. Unos dos o tres kilos de arroz para hacer el zócalo. Cuatro kilos de cabezas de sollos, otro de pescadillas, dos de merluza o de lubina, ajos, dos botellas de vino de Chablis, medio kilo de zanahorias, medio de puerros, medio de cebollas, cien gramos más de ramillete surtido, y otra cacerola, todo para el *glacé* de pescado—páginas 416 y 417—. Finalmente: ocho lenguados franceses de a kilo, para hacer los filetes y las *popietas*; ocho docenas de cangrejos para los *hatelets*, y una fuente de plata o porcelana de proporciones suficientes para servir el plato a la mesa.

Estrategia.

Sería conveniente que de víspera distribuyesen ustedes la labor de hacer las compras. Su mamá puede elegir y comprar los pescados, avisándose al efecto de traerlos a casa a un par de mozos de cuerda de confianza. Petra puede encargarse de las carnes y las hortalizas, avisando otro mozo. La doncella estará propicia, con el entusiasmo del acontecimiento, a comprar las cacerolas, el cedazo y la fuente, avisando, naturalmente, a otro u otros dos mozos de cuerda, a fin de evitar que un retraso de la tienda en llevarlo a casa comprometiera el asunto. El asistente o el portero, debieran encargarse de las botellas y la cuerda, trayéndolas en un par de viajes. Usted, personalmente, debe comprar el papel, elegir la mejor manteca y buscar por todas partes la pinpinela.

Valor y serenidad.

Procuren ustedes no perder la serenidad, en el día indicado si alguna cosa se retrasa, como es probable, y aun dado el caso de que no oiga usted bien la voz de la doncella al desperarla, o si, no obstante insistir numerosas veces llamándola entre las siete y las diez, aunque usted la oiga, por falta de energía suficiente de la doméstica, no consigue levantarla hasta las diez y media.

Cuadro.

Dos horas después, ¡qué sorprendente espectáculo el de la cocina y sus alrededores! Allí todos los peces de la mar y todas las truchas de los ríos; allí todas las hortalizas del país, formando bloques montañosos y prorrumpiendo en un himno a la Naturaleza, aunque muerta; relumbrantes las cacerolas formidables y en escuadra las botellas...

Avisos útiles.

Pero no se entretengan demasiado en la contemplación, ni se permitan perder más de una hora en examinar el ojo de los pescados y tomarlos a peso o conducirlos uno a uno hasta el despacho para participación de su padre y otros varones de la casa en el general entusiasmo.

Ya será la una y media—es retraso que no puede evitarse en tales circunstancias—y se hace preciso comenzar la admirable labor culinaria. Para poder desenvolverse en sus respectivos cometidos, necesitarán ustedes espaciar los elementos y aportar otras mesas: pueden traer el tocador de su gabinete, el costurero de su madre y

un par de mesillas de noche que, unidas convenientemente, proporcionarán superficies bastante considerables.

Ante todo, lean en voz alta una vez más la receta del libro de cocina. Acaso con la inundación de víveres y el revuelo de la casa, se hará algo difícil encontrarlo... Miren ustedes debajo de la almohada de su cama y por detrás de la zafra del aceite en la repisa de la despensa...

Cuando hayan hecho la lectura, deben proceder ante todo a untar los papeles con manteca y a cocer el salmón en la cacerola pascadera—esta operación les aliviará de estorbos—, colocando después la gran cacerola con el salmón dentro encima de algún vasar alto y desembarazando la lumbre, que ha de emplearse en la preparación del *miropois*, del *glacé* de pescado, y de la salsa española de vigilia.

No dé usted importancia al detalle del libro indicando que algunos de estos preparados debieran estar con tres días de anticipación com- puestas para el caso; es lo mismo.

Lo que no deben permitir son las irrupciones de su papá y hermanos en la cocina, a quienes echará usted con la mayor energía para asegurarles el disfrute de la impresión definitiva cuando el plato se presente en la mesa, y también para evitar que vuelva a equivocarse la doncella dejando caer la pimienta molida sobre la manteca, partiendo en rodajitas los corchos de las botellas y rompiendo la fuente grande, pertur-

bada por la presencia de personas tan respetables.

Impertinencias.

De todas maneras, no podrá usted por menos de atender las interminables y progresivamente apremiantes advertencias que la dirijan acerca de haber dado el reloj las tres y media, las cuatro y media y las cinco sin que todavía se columbre el comienzo del almuerzo.

Cuando a eso de las seis planteen a usted inaplazablemente el dilema de que se sirve la comida o se van a la calle, no vacile en buscar una vasija conveniente, a falta de la fuente rota, que muy bien pudiera ser el *tub* inglés para las duchas de sus hermanos, y echar allí, en el estado que se encuentre, el contenido de las cacerolas, de las botellas, de las bolsitas de papel y otros paquetes; todos los frutos y objetos, cuidando que no falte ninguno de los expresados en la receta; sin preocuparse de detalles insignificantes, como el de estar crudo el arroz para el zócalo; sin detenerse a formar los *quenelles*, las *popietas*, los *hatelets* y otros adornos. Podrá usted rodear el *tub* con los papelles untados de manteca y asegurarlos con la cuerda, a fin de que tenga mejor aspecto al llegar a la mesa, y ya que con una servilleta, que es lo acostumbrado, no hay posibilidad de hacerlo. Y cuando detrás de la servidumbre que conduzca el baño aparezca en el comedor sofocada por el esfuerzo y el natural rubor de su modestia, debe hacer constar que sólo por los apremios inconsiderados de que ha sido víctima no ha querido detenerse

a montar el plato, pero indicando en la lámina con colores del libro de cocina, que pasará de mano en mano, la perspectiva que le hubiese correspondido.

Walden.

Desconocería yo el corazón y la naturaleza de los seres humanos si esperase para usted un aplauso delicado y unánime, muestras de complacencia y delectación en los comensales, y, en fin, un éxito proporcionado a la grandeza del intento, a la importancia del esfuerzo y a la perfección indiscutible de su obra. Lo probable es que todo el mundo encuentre motivos—más bien pretextos—de abominación, y que llegue alguno de sus hermanos a la grosería de echarle en cara el no poder volver en su vida, después de ver aquello, a oír siquiera hablar de comida sin que se le escape violentamente el estómago, ni a bañarse mientras no le compren otro cacharro que esté limpio de grasa.

Impurezas de la realidad.

Coma usted heroicamente un bocado y asegúre con sinceridad que lo encuentra exquisito; tome usted otro aún, en la misma actitud, y si acaso por sentimientos nobilísimos de condescendencia no quiere sostener agrias disensiones, al tercer bocado confiese que si bien ha observado todas las proscripciones del libro y en realidad el guiso está bueno, algún pequeño gusto desagradable hace preferible no comerlo.

Heroísmo.

Diserte usted entonces, no respecto a los duros aprendizajes de los maestros de cocina, ni a su

Honda filosofía.

estudio detenidísimo de las calidades y cualidades de las viandas, de las aguas y de los fuegos; de las variaciones de sabor de las hortalizas en cada época del año; de la técnica científica de los cortes; de la psicología de los montajes; de la metafísica de los salseos, reducciones y gra-seados; de la lógica de las proporciones, de las oportunidades y de los lapsos; no, de nada de eso, que en realidad no merece siquiera ser sabido, debe usted acordarse; el tema a que debe concretarse su disertación es el de la mala te de los cocineros literarios que en sus recetas culinarias dejan siempre de consignar ese algo misterioso que ellos echan a sus guisos y en donde está el secreto de sus platos incomparables y el motivo de los invencibles obstáculos en que tropiezan las señoritas más inteligentes y distinguidas: "Le echan algo; algo que no dicen en sus recetas"—repetirá usted un poco picada.

*Falta algo,
algo de lo
que falta.*

Pero cuando su mamá aclare el concepto, expresando a su vez que sí, que allí debe faltar algo..., procure usted tener sangre fría y no descomponerse aunque súbitamente asalte su mente un recuerdo lamentable. Y si la doncella, movida de la misma remembranza, con la impertinencia de los rústicos, prorrumpe en afirmaciones de que lo que falta es el salmón, olvidado en el vasar alto de la cocina...; ah!, entonces, señorita, no tenga usted inconveniente en abandonarse a las lágrimas, como corresponde a la víctima de toda injusticia y a cualquier mérito desconocido y maltratado por la desventura, y

aún podrá añadir airadamente la promesa indignada y formal de que no volverá a cocinar nunca.

Egoísmos.

En su mismo padre encontrará facilidades para el cumplimiento de tal promesa, porque el propio cariño paternal tiene sus egoísmos, y no dejará de sentir mientras viva, como espina clavada en el corazón, la miserable suma de ochenta o noventa duros que haya usted podido invertir, todo lo más, en las compras para su inolvidable *Salmón a la Chambord*.

Nuevas transigencias.

Otra clase de trabajos con los que se puede transigir, en atención al atávico retardo de ciertas preocupaciones, son las labores de aguja, de costura, etc.

Intransigencias forzosas.

Desde luego, ni con el mejor espíritu de transigencia recomiendo a usted la confección de par alguno de zapatillas; por aborrecimiento a tan odiosa costumbre el mundo ha llegado a perder el gusto de estar cómodo en casa.

Tampoco recomiendo a usted la hechura de chalecos de punto, corbatitas de idem y bufandas de lo mismo; son innumerables los caballeros galantes que han fallecido durante los más crudos inviernos por causa del retraso en estar listas esas prendas de abrigo, que ellos esperaban píasmente; como así también, es incontable el número de maridos, de novios, de hermanos y primitos, que han malogrado sus aptitudes, sus esperanzas y sus carreras, por la pequeña esti-

mación de justicia de que no estaban permanentemente en ridículo con las adorables corbatas y tornasolados chalecos de punto, con que habían sido obsequiados, punto que apreciaban de modo diametralmente opuesto los compañeros, los jefes de oficina y los mejores protectores con que contaban.

Progresos

El repaso y zurcido, objeto de tantas deferencias y consideraciones de los padres de familia, son labores bárbaras, que la civilización ha felizmente desterrado: figúrese usted, señorita, cómo han de poderse zurcir esas ausencias de medias que usan ustedes o cómo podrá sufrir repaso la única ropa interior que hoy se viste, o sea la camisa, cuando por las abombaduras del descote, por la transparencia de la tela del traje y por la cortadía de las faldas y el revuelo elegante de las piernas, las camisas que las señoras llevan puestas están íntegramente a la vista del más miope de los mortales y constituyen, por el instante, el más nuevo y adelantado elemento del ornato público.

Alguna caridad, pero bastante comodidad.

Labores para algún *Roperito*... Sí; pero no olvide usted que la filantropía mejor ejercida según el espíritu progresivo de la época, es el fomento de la industria; y, ¡hay cosas tan monas y tan baratitas en las tiendas! En último caso, si quiere usted que sea fabricación doméstica, no desdeñe el feliz mecanismo económico de la división del trabajo: a usted corresponde la iniciativa intelectual y el impulso cordial, a su

mamá cortar de una sábana en buen uso alguna tira como de unos tres a cuatro dedos de anchura; a la doncella o la costurera respuntearla, y a su papá sufragar el importe del metro de hiladillo, que, cosido a la tira, completará una preciosa venda para algún recién nacido pobre, muy indicada labor digna de que la aporte usted al *Ropero* en lapsos que no excedan de cuatro meses.

Beneficios que envuelve una alfombra.

Si se obstina usted en practicar alguna otra labor, nada más indicado que una alfombra para la salita. Resultará entretenido por las visitas de amistad durante el aprendizaje. Luego higiénico por el recorrido de tiendas al efecto de adquirir un bastidor de treinta metros de eslora, y lanas de colores por valor de tres mil pesetas.

Enredos varios.

El único inconveniente tal vez lo encontrará usted en que mientras derriban varios tabiques para poder colocar el bastidor y se llevan a cabo otros menudos preparativos, puede llegar el verano, y el excesivo sol de la estación inflige tales modificaciones de color a las lanas, que a la segunda línea de puntos de la labor se va usted a ver precisada a abandonarla.

En esa circunstancia, podrá usted intentar algún bordado sobre mallas. Y, comoquiera que las mallas son tan enredosas, antes de llegar a la diagonal, debe usted interrumpirla, sin pensar siquiera en comenzar el bordado, que podría causarla *surmenage* y alteración nerviosa.

A fin de variar de objeto será oportuno que

se proponga otra alfombrita, en menor tamaño, para el pie de los escaños del despacho, por ejemplo, en tonos oscuros. Aunque nada me sorprendería que ese egoísmo de que la he hablado antes de ahora, compatible con el más acendrado amor paternal, surgiese de nuevo, y encontrase usted alguna rotunda negativa de su padre al solicitar de él las mil o mil quinientas pesetas para el bastidor y las lanas adecuadas al caso.

El deportista triunfador.

Crea que el mejor criterio sociológico por lo que a la actividad de una señorita se refiere, será aconsejarla el *sport*. El *tennis* es insustituible. Hacen tanta gracia las faldas blancas con rayas finas, los *jerseys* ceñidos y descotados, los sombrerillos, las tocas de marcado carácter inglés los zapatitos *ad hoc*... Predispone tan satisfactoriamente el ánimo de una señorita el tránsito por las calles manejando airoosamente la raqueta embalada... Y, aparte de que la cuota mensual y otros gastillos son insignificantes, es tan grato el *rendezvous* en el campo... y se presta de tal modo para que, en último caso, si las pelotas se ponen pesadas, como acostumbra, se haga entrar un sexteto de ciegos y se pasen las horas de valseo al ritmo de una danza argentina, dos valeses vieneses y tres chulaperías madrileñas...

Lo que viste y completa el té completo.

Añada usted que es de muy exquisito tono el hacerse servir en el campo por las doncellas llevadas de casa de cualquiera de los asociados, el té completo, y nada puede recomendarse como más higiénico. Hasta tal punto lo considero así, que

podría terminar esta carta afirmando que la actividad de una señorita en orden al objeto de su consulta, debe reducirse al *sport*, y dentro de la frecuentación de los campos de *sport*, a la satisfacción de esa apetencia elegantísima e insaciable del té completo.

Incluso es la mejor fórmula de evitar ciertos escrúpulos o fantásticos recordamientos a personas que sospechan tener creencias religiosas, pues si San Pablo dijo a los tesalonicenses que si alguno no quiere trabajar, no coma, una señorita puede comer, yo creo, hasta el exceso las chucherías del té completo, cuando dedica sus esfuerzos a los honrosos trabajos del *sport*.

Sí; podrá usted tomar el té completo en el campo del *tennis*; si luego va al tiro de pichón a presenciar los *poules*, no hay inconveniente en que repita la ingestión de otro té, siempre que sea completo.

Si se advierte ligeramente mareada, duerme con inquietud durante la noche y araña con los preciosos piececitos la tela de las sábanas, no le dé importancia: es la delicadeza moderna de su temperamento.

Es usted una nerviosuela, un poquito neurasténica.

Ahora bien, si continúa usted cuatro días del mismo modo y la cabeza se le parte de dolor, siéndola imposible soportar la sequedad de la boca, ni pensar en probar bocado..., llame usted al médico si quiere; pero yo la puedo decir en secreto lo que necesita.

Al oído.

—Necesita usted...

Es un poco molesto; pero seguro. Y la advierto que existe una preparación italiana sin sabor, ni olor, que también se vende en cápsulas.

Con un par de docenas de cápsulas de a onza es de presumir que se quede usted limpia completamente de todas esas molestias.

Carta a la Srta. Blanca Rosa Pintado y Dorado

SOBRE

EL AFEITE DEL ROSTRO

Srta. Blanca Rosa Pintado y Dorado:

Señorita: he leído con mucha contrariedad su encolerizada carta, lamentando tanto el disgusto que ha pasado usted como las injustificadas frases que me dirige.

Don Constante majadero.

Paciente como soy, entregado de continuo a los gravísimos quehaceres de mi profesión científica, no dejaré por esta vez de abandonar mis hábitos tranquilos y ajustar las cuentas al mamarracho de D. Constante Pasarón de la Calle, que tal indiscreción ha cometido. Siempre me pareció un simple, persona sin fundamento, y me avergüenzo de haberle dedicado alguna carta plena de sabia doctrina.

Efectivamente, en ella deslicé la indicación relativa al uso de los polvos o la pasta dentífricos para arrebolarse el rostro; pero no podrá decir el Sr. Pasarón ni nadie que yo me haya referido a la época actual, ni todavía menos que haya incurrido en la vulgaridad de abominar la incomparable costumbre de embadurnarse el semblante.

Hágase usted cargo de que D. Constante es li-

gero e insustancial, incapaz de comprender otra cosa que sus frivolidades; mi culpa queda reducida a las equivocaciones de haberle hablado con la profundidad sociológica que me caracteriza.

Distingamos las costumbres según los tiempos.

¡Cómo había yo de suponer que una señorita del día usaba los dentífricos para pintarse! Eso ~~era~~ hace cosa de ocho o diez años, cuando todavía había vergüenza o reminiscencias, a lo menos, de las pasadas preocupaciones reaccionarias. Hoy, la más humilde chavalita se pinta como... como el progreso manda: con todo el surtido necesario de menjurges y el instrumental conveniente. Pues ¡no faltaba más! Los padres, y especialmente las madres tienen idea más clara que antes de sus deberes.

En cuanto a abominar de la pintura del rostro, de los cabellos, de las manos, y de las venas, ¡cómo he de hacerlo yo! ¿Puede existir un aspecto más sociológico de la actividad femenina?

Universalidad.

Precisamente, la sociología, tal como la concebimos los materialistas, al observar la uniformidad con que las mujeres de todos los pueblos, razas y tiempos han practicado el estuco y la transformación de sus semblantes, no puede por menos de reconocer que hay algo genuinamente acertado en ese movimiento espontáneo y unánime de la hembra humana, alguna cosa que responde a sus más profundos instintos, y que sintetiza el fondo de sus ideaciones, de sus anhe-

los, de sus aptitudes y de sus virtudes animales desprovistas de cualquier clase de sugerencias teocráticas y espiritualistas.

*Virtudes
de las pin-
tadas.*

He aquí una contradicción más de las continuas en que incurre el trogloditismo místico y remilgado. Por dictados del pudor entiende que las señoritas deben cubrirse de pies a cabeza con vestidos sin ventilación de ninguna clase; y, en cambio, cuando tapándose completamente una mujercita, queda oculta debajo de las cataplasmas de pintura, roja, donde la piel es blanca, y blanca donde la piel es negra o amarilla, también maestras, su genio acedo y su protesta atrabiliaria...

¿Qué impudor puede haber en una mujer que sea toda invisible o escondida?

Y ¿no es modestia incontrovertible la de procurar embellecerse el rostro poniéndole de colores distintos y modificando cuanto se puede las facciones? ¿No es eso confesar el defecto de la naturaleza y la fealdad de quien se pinta?

Las virtudes son como las cerezas. No es sólo pudor, ni modestia, confesar que se tiene aspecto pocho y que se necesita ponerse otra cara; es también franqueza.

*Altos y
nobles ejem-
plos.*

Añádase que el ejemplo lo reciben las damitas de aquellas personas de su sexo más progresivas y avanzadas, horas de toda preocupación de vergüenza y de mojigatería; hembras sustraídas a las ergástulas de la maternidad y a las obs-

curidades del hogar familiar, para brillar como ornato público, escanciar el vino embriagador de la orgía desde el ánfora esculpida en el barro de su carne, y derramar la fragancia de la alegría despreocupada en la sociedad de los humanos, que no es un valle de lágrimas. digan lo que quieran algunos fanáticos.

Ahora bien; como todo lo que se usa se gasta, esas magnánimas mujeres en el ejercicio de su prostitución, que es bastante rudo, se destrozan rápidamente, y del alcohol, las comidas desordenadas, el trasnocheo continuo y la brutalidad de las pasiones, se quedan horribles, con la piel y las muecas desconcertadas.

Vea usted, señorita, si al copiarlas y pintarse como ellas, no viene a practicarse también la virtud de la compasión, procurando no hacerlas competentencia y que todas las caras sean unas.

Arte y muy útil.

Con lo dicho basta, en realidad, para justificar que no sólo supone práctica de virtudes, sino ejercicio de arte la pintura de las señoras.

Es arte, y difícil, el de la vieja aventurera que a diario se tapa los desconchados horribles de la vida irregular y... ya larga. Y un arte útil, porque le es indispensable para no repugnar a todo el mundo y encantar inclusive a las gentes frívolas y sin luces. Es una labor de anaquelaría y hasta de reclamo, como otra cualquiera, pero más ardua y delicada.

Filósofos psicólogos.

Tal vez, filósofos superficiales como Schopen-

haber, podrían creer que ese arte, como todas, las mujeres no eran capaces de practicarla más que para agradar a los hombres; pero la realidad y psicólogos muy certeros les desengañarían pronto.

“Si las mujeres no buscan más que estar bellas a sus propios ojos y agradarse entre sí, puede que tengan razón adornándose y componiéndose a su gusto y su capricho; pero si desean parecer bien a los hombres, si se acicalan y pintan para ellos, están equivocadas. Yo he recogido los votos de los hombres, y les advierto de parte de todos y de cada uno, que el blanco y el encarnado las pone horribles; que el encarnado sólo las envejece; que a todos disgusta verlas con el rostro embadurnado, como con dientes postizos en la boca; todos protestamos seriamente de esos artificios de que usan para tornarse feas.

Si las mujeres fuesen de veras lo que parecen, estarían inconsolables; si perdiesen de pronto la tersura de su tez y las quedara el rostro tan iluminado y asqueroso cual se lo ponen con sus diversas pinturas, serían dignas de lástima.”

Antes que Labrouyere presentase el precedente plebiscito, ya una mujer que sabía por vida más de lo que pudiera, y era bastante, por su parentesco con el diablo, participaba de la misma opinión. Me refiero a la señora doña Claudia de Astudillo y Quñones, educida a la publicidad, según parece, por Cervantes, y que, precisamente para alcanzar mejor estimación en el mercado de su fingida sobrina, la Esperanza, me vacilaba en someterla al más doloroso en-

Otra testimonio psicológico de una dama pariente del diablo.

tre diez mil y un ardides, a efectos de corroborar las apariencias de lozanía de aquel ángel en la calle, santa en la iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la casa y demonio en el secreto fin de tantos cuidados.

*Siempre la
contraria.*

Las mujeres practican el afeite de sus personas para demostrar que en las artes, como en todo, lejos de proponerse agradar a los hombres, las gusta llevarles la contraria; y a conciencia de que el anuncio es remunerador, hasta el extremo de que pintadas y desconocidas, llaman la atención de los hombres, quienes aun prefiriendo la real y verdadera belleza femenina, fácilmente se van detrás de un mascarón de proa llamativo, seguros de que una mujer vestida de máscara está siempre dispuesta a bailar al son que la toquen... como no sea música celestial, precisamente.

*¡Tan grie-
gol.*

Además de la laboriosidad que exige a las señoras, el arte de pintarse, en cuya operación deslían pacientemente todas las horas que no dedican a la exhibición o al sueño, tiene otro atractivo singular para las personas con fino sentido estético.

En efecto, ¿hay algo más griego que bañarse y pintarse!...

Tan griego es, tan propio de aquel pueblo exquisito y artista, que a personas rudas y toscas las conduce, contra sus naturales inclinaciones, a remedar los usos helénicos. Vea usted, señorita, en la triste historia que me refiere, en

esa anécdota de su incivil portera, sorprendiendo a su hija pintada, y después de afrentarla con estentóreas injurias, restregándola hasta arrancarle la piel con un estropajo; pues, ¿qué ha hecho esa zafia guardiana de su puerta, sino remedar el uso de la estrigila griega, ramera de bronce con la cual aparecen en las pinturas de la época, rascándose el barro formado por el polvo y el aceite de las uncciones, los personajes helenos en los baños? Ciertamente que los gladiadores vendían el barro que así se arrancaban a precios muy altos, por creérsele un remedio para muchas enfermedades; pero en cambio las pinturas le habrán costado buen dinero a la chica de su portera antes de ponérselas y hasta servido de satisfacción compensándola del ayuno a que para reunirlos se había sometido, y esa satisfacción quizá le haya hecho creer que la evitaba la anemia o que se la disfrazaba de buenos colores.

Porque yo no sé cómo hay quien dice de las mujeres pintadas que *¡vaya un descaro!*; al contrario, es mucho más caro que no pintarse, o por lo menos, doble caro, puesto que llevan una cara sobre otra. No hay descaro en ningún concepto.

No es descaro.

Es también práctica muy prudente. ¿Qué sería de la salud de muchas señoras y señoritas si a falta de ropas no se guareciesen detrás de las paredes de sus estucos y jalbegos!

Prudencia.

La pintura las abriga contra el frío el cuerpo y hasta contra cualesquiera accidente o emoción

incorrectos, el ánimo, puesto que el sonrojo las queda oculto en el subsuelo sin transparentarse.

*Valores
científicos.*

Notará usted que todo cuanto llevo dicho es, al fin y al cabo, consideración de mucho alcance psicológico, con lo cual queda demostrado que además de la virtud y del arte, la ciencia está también implicada en los afeites del mundo femenino.

Evidente es el influjo que a través de los tiempos han ejercido en las ciencias naturales y en el desarrollo de las industrias. ¿Qué tierras, qué plantas terrestres, fluviales o marítimas, qué alimañas, qué excrementos han quedado sin examinar y utilizar para componer la serie indefinida de los cosméticos, pomadas, tinturas, cremas, óleos, vinagres, extractos y lociones? ¿No parece cierto el hecho de que las minas de Almadén se hayan explotado durante siglos únicamente a fin de extraer el bermellón para las mejillas? ¿Qué desenvolvimiento de la dermatología, de la higiene y de la química, para llegar al eugabol, compuesto de *para-aminodifenilaminosulfonato sódico y orto aminofenolsulfonato sódico*, pudiéndose teñir evitando los eczemas? ¿Cuánto camino aún hasta conseguir la desaparición de toda clase de dolores, trastornos, envenenamientos y defunciones por el uso de los afeites!

*Ciencias
políticas y
sociales.*

En las ciencias sociales, el adelanto no es menor.

Observe usted que en el matrimonio con una mujer pintada, hay cierta simultaneidad de los

regímenes de exclusivismo y de variedad; una esposa que se pinta lleva al lecho nupcial un poquito de poligamia, y si bien es cierto que pueda ser, lo mismo que tantos otros asuntos de la vida, ocasión para el marido de un despertar desagradable, convengamos en que la variedad queda garantizada.

Es en otro orden de la ciencia social, sin embargo, donde la costumbre de pintarse ofrece perspectivas de extraordinario progreso. En el orden político, la igualdad democrática es el desiderátum de adelantamiento y de perfección; pues bien, la naturaleza, enemiga de la democracia, se entretiene en crear a todos los humanos diferentes. De ahí, dentro del derecho civil, las dificultades que para la relación de los sexos surgen, de una parte, con la versatilidad de algunos individuos de la especie, de otra, con la afección exclusivista y absorbente de otros: el resultado es la oposición entre lo que se llaman los males costumbres y la ley de la monogamia de tal modo arraigada en el corazón de las personas honradas en nuestras sociedades. Más aún, el problema hace utópico y absurdo el ideal materialista y socialista del amor libre.

Pues bien; todo eso quedará resuelto gracias a la pintura; la naturaleza será perfeccionada, o, mejor dicho, corregida, y una vez convenientemente pintadas todas las mujeres, habremos llegado al grado de progreso superior de la igualdad democrática de los rostros femeninos. La nivelación abolirá la fealdad esclavizada,

*La cara
única.*

embadurnando por igual con ella a todas las mujeres privilegiadamente hermosas sujetas a la prescripción legal de la cara única. Y quedará a la vez resuelta la oposición entre la monogamia, la poligamia y el amor libre en una síntesis admirable: todas las mujeres serán una y la misma; fórmula genuinamente socialista, democrática y panteísta.

*Detalles
de un arti-
culado.*

El Gobierno socialista deberá obligar a que todas las mujeres del mundo se idoren el pelo, expresando el anhelo supremo de sus ambiciones; que se pinten las pestañas y el borde de los párpados, para que sus ojos curiosos, donde no hay rincón escena ni espectáculo que no se refleje, no sean los únicos cuadros sin marco en una sociedad bien organizada; que se ribeteen con alguna especie de trencilla hoja los labios, para que no se les descosan las bocas; que se perfilen en almendra las uñas, se las pulan y sonrojen, para que tengan ocupación constante durante todo el día; que se marquen con lápiz azul las venas, puesto que al fin y postre las trampas aristocráticas son demasiadas ya hace siglos, y en la democracia todos seremos aristócratas; y que se revoquen todo el resto de las fachadas, para ornamentación, decoro y regularidad de la vida ciudadana.

Todos unos.

Vea usted, doña Blanca Rosa, cuán equivocada está usted al zaherirme suponiéndome enemigo de sus edobos colorecos.

Soy el primer apologista de esa costumbre, porque soy a la vez el más materialista de los sociólogos.

Desde los pueblos primitivos hasta hoy, pasando por todas las civilizaciones, no ha habido instante en que la mujer haya dejado de pintarse y de ser amada bajo el estrepitoso secreto de sus embadurnamientos.

Solamente lo reprueban como abyecta costumbre los cristianos, quienes, a través de la naturalidad de los rostros, aspiran a contemplar la eterna belleza del Espíritu Santo, reflejada en el fondo de las almas puras.

*Menos..
siempre los
mismos!*

Carta a la Srta. Angustias del Yerro

SOBRE

SUS AMARGURAS Y ESPERANZAS

Apreciable señorita del Yerro. Siento decir-
la que está usted equivocada. Yo soy un sabio;
pero no un paño de lágrimas. Todo lo que usted
me cuenta carece de interés científico y su esta-
do de ánimo es más propio para flojas resigna-
ciones y envenenadoras esperanzas pueriles que
para hacer uso adecuado, con el espíritu libérrimo
y renovador conveniente, de las exhortaciones
que yo pudiera enviarla.

Podía usted, por otra parte, haber elegido
un papel algo más presentable para escribirme;
si no tiene usted papel ni cultura, ¿quién la
manda dirigirse en consulta a un hombre de
ciencia?

Las personas pertenecientes a las clases infe-
riores del pueblo, tan ignorantes y faltas de or-
tografía, pueden acudir a los centros societarios
si alientan alguna sombra de anhelo progresi-
vo y reivindicatorio, o si, como usted, están im-
buídas de prejuicios ridículos religiosos y so-
ciales, a algún fraileco mogigato o a una de
esas señoras que pasan la vida de tugurio en
tugurio, pretendiendo poner puertas al campo
y remediar el dolor social por átomos. A mi los
mendigos de cualquier clase me modestan.

Y lo que usted quiere es que la digan frases
consoladoras y la suministren algún procedi-

miento seguro para casarse con ese hombre, como Dios manda; son sus palabras.

¡Para eso me escribe usted a mí!... ¡Qué ignorancia y qué atrevimiento! Siempre he dicho que el Africa está extendida por Europa.

Sepa usted para siempre que a mí me tienen sin cuidado todas esas historias de su debilidad y de los supuestos engaños de que dice haber sido víctima; cosas, por otra parte, que ocurren todos los días entre las personas de su clase.

Sería inútil hablarle a usted de la naturaleza y de la democracia comunista en orden a la propagación de la especie.

Y de cualquiera otra cosa; ¡quién la mete a usted en camisa de once varas!



P. S. Pobrecita doña Angustias. He leído su carta y se me han abrasado los ojos. Perdona usted la dureza con que la trata mi marido en las líneas anteriores; no crea usted que es mulo, él mismo dice muchas veces que es un melón, viendo cómo todo el mundo hace de él lo que le dá la gana; pero ya sabe usted lo que son los sabios... y ¡por escrito!

Mire usted; yo también creo que se ha equivocado. No es a un sabio a quien debía haberselo dirigido. La verdad que si la sociología y esas monsergas no sirven para que se parta el corazón leyendo sus cuitas y poder mandarle a usted atado de pies y manos como un criminal a ese hombre y no soltarlo hasta que les eche el

cura la bendición, yo no sé para lo que sirven. A mí no hay quien me saque de la cabeza, hija, que tienen que servir; pero estos hombres... Si no van a misa, qué corazón ni qué luces han de tener.

Yo la contestaría gustosa, aunque no sé sociología ni soy otra cosa que una pobre mujer como usted; un poco mejor vestida, un poco más leída; pero poco... ¡Si nosotras supiéramos!... cosas, cosas, tantas cosas que hace falta saber; pero con sencillez y sin la indigestión que les produce a los hombres...

Tiene usted razón y mucha razón; a los ocho años a la calle, al taller; aire a la imaginación y poco dinero; no poco trabajo, pero fuera del propio lugar para una mujer: total, trabajando y con defectos de holgazana. Y sin amparo de nadie.

Luego los chismes. ¡Todo el mundo se ha de meter a casar y a descasar, a facilitar que se le entre a una chica tal hombre por los ojos o a enchismar y poner dificultades e inconvenientes para que todo salga como una seda. ¡Me figure, como si lo viera, todo lo que la ha pasado a usted!

Y estoy llorando de rabia y de pena y sobre todo de indignación... ¡Usted qué ha de ser mala, criatura! Pues si todo el que tropieza no supiera andar... Todos pecamos de un modo o de otro y hay quien, como usted, por su poca edad y su desamparo, con más desgracia que la generalidad.

Pero cómo ha de ser usted mala, si no piensa usted más que en su honra, para llorarla en

lo que la ha destucido, y para conservarla con el decoro de su vida, y el amor a su hijo, y hasta a ese hombre...

Cuando usted piensa así, de verdad, y así lo viene haciendo, sin que el mal paso la haya soltado la rienda, sino recogido más que nunca y hecho guardar las risas de chicuela para entregarse a las preocupaciones de una mujer digna y desventurada; es que usted es buena.

Todavía lo diré a usted más; para que siendo así como es usted y teniendo la delicadeza de sentimientos que tiene, y su inclinación honrada y cristiana; para que siendo así, la haya ganado la voluntad ese hombre, segura estoy de que él, o es un monstruo de engaños, o tampoco es malo y se le parece a usted bastante: si la simpatía no existe entre buenos y malos, créame usted a mí.

No se aflija usted, hija mía, que todo tendrá remedio. Dios está en los Cielos, y, como todos incurrimos en culpas, cuando consiente que una pobre mujer, buena y digna como usted, padezca la torpeza de una culpa infamante y dolorosa, ¡quién sabe si será porque más se acuerda de ella, y más la quiere favorecer!

Los buenos, cuanto más angustiados, se hacen mejores; así como los malos, se hacen peores aún con las desventuras.

No pierda usted la confianza; pida usted a Dios y a la Virgen Santísima; ofrézcales sus mortificaciones, las mormuraciones de las gentes, las vergüenzas de su caso, y los anhelos sin aparentes esperanzas en que usted se consume y pasa

las noches de desconsuelo; ¡qué Padre y qué Madra. a quienes su hijo les pide pan, le darán una piedra!

Y sea usted más seria, más juiciosa, más humilde, más laboriosa, más digna que nunca; en las caricias de su hijo encontrará compensaciones; su conducta la formará una nueva fama de honradez, y hasta ese hombre que es joven, que es loco, como todos los hombres de corazón, que la quiere, puesto que no la abandona, que si se obstina en no casarse es porque tiene llena la cabeza de pataratas y de novelas y de teorías de los periódicos y de la política—hay que oír como yo oigo a mi marido—y, en fin, de cuentas, porque tampoco va a misa; ¡ya verá usted cómo se hace cada vez más esclavo de su buena conducta y acaba usted por meterlo en la Vicaría!

Créame usted, para aspirar al matrimonio con seguridades de alcanzarlo, en el caso de usted y en todos, no hay más que ser bueno. Y cuando no se es bueno, o no se tiene quien lo sea al lado, aunque se case uno, más le valiera ahorcarse. ¡Es algo muy grande! Por eso, las gentes andan siempre alrededor de todo probable casorio, entremetiéndose con un interés incomprendible; parece que son los ejércitos del mal y del bien, que luchan por los destinos de la humanidad. Matrimonio y mortaja...

Dispense usted a esta pobre mujer si también se entremete; no tome en cuenta las frases de mi pobre marido, porque es un sabio de esos del

progreso; y que Dios nuestro Señor la ilumine y la conceda todo lo que justamente desea como premio de sus buenos sentimientos y amargas lágrimas, y que luego de casarse pronto y ser feliz con ese hombre a quien acabará usted de hacer tan bueno como es usted buena, les dé mucha ventura y honra el amor y la prudencia de su hijito.

No deje de tenerme al corriente.

FIN

ERRATAS

Se han deslizado algunas en el texto que el buen sentido del lector subsanará. Solo advertiremos las siguientes:

En la página 26, línea final, dice: *corrección fraternal* y debe decir: *corrección fraterna*; en la página 27, línea segunda y tercera, dice: *contumena* y debe decir: *contumelia*; en la página 29, dice: *Cartas a don Felix* y debe decir: *Carta a don Felix*; en la 32, primer ladillo dice: *convenual* y debe decir: *conventual*; en la 125, segundo ladillo, dice: *Sipnosis* y debe decir: *Sinopsis*; en la 142, línea undécima, dice: *culminante de Pericles* y debe decir: *culminante, posterior a la muerte de Pericles*.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Noticias preliminares.....	5
Divagación sobre la sociología del humorismo.....	15
Carta a don Felix Casado, sobre las excelencias del matrimonio.....	29
Carta a la Srta. Prudencia Segura, sobre clasificación de pretendientes.....	61
Carta a la Srta. Cándida del Campo, sobre la emigración a las ciudades.....	85
Carta a don Constante Pasarón de la Calle, sobre la costumbre de flechar.....	93
Carta a la Srta. Gala Petronio, sobre la «moda» femenina.....	109
Carta a la Signorina Monna Vanna, inquirendo el concepto de la elegancia.....	137
Carta a la Srta. Virtudes Hornilla y Malla, sobre las labores más convenientes.....	151
Carta a la Srta. Blanca Rosa Pintado y Dorado, sobre el afeitte del Rostro.....	181
Carta a la Srta. Angustias del Yerro, sobre sus amarguras y esperanzas.....	195
Erratas.....	203

OTRAS OBRAS

Crítica política.—Cuestiones vascas.—Cine- matógrafo,	1 peseta
Catecismo a los ateos.—¿Qué son las escue- las laicas?—Romanones, ¡a la barra!....	1 »
¡Viva el Rey!—Psicología social y literaria . .	1,25 »
¿Democracia o Tradición? — Orientaciones sociales.....	3 »
Papá, ¡ministro!—sátira política represen- table.....	1,50 »

SE IMPRIMEN

Guía sociológica de pacientes del matrimonio.
Una campaña política. — Colección de artículos

3,50 PTAS.



||| PRIMERA SERIE ::
||| DIFORAMA FAMILIAR |||

~ GUIA SOCIOLOGICA DE ~
ASPIRANTES AL MATRIMONIO

||| CENTON ENCICLOPEDICO |||
||| :: VOLUMEN I :: |||